

SUSCRICION
EN
PROVINCIAS.

UN MES. . . 40 RS.
TRES MESES. 24
SEIS MESES. 48.

30 por 100 de indemnización en obras,
ó una rebaja de 10 y 15
por 100 en efectivo.

LA SEMANA

PERIODICO PINTORESCO UNIVERSAL.

SUSCRICION
EN
MADRID.

UN MES. . . 8 rs.
TRES MESES. 20
SEIS MESES. 40

30 por 100 de indemnización en obras,
ó una rebaja de 10 y 15
por 100 en efectivo.

SUMARIO.

Historia de la semana.—Revista de teatros.—Crítica literaria; Maria, corona poética de la Virgen.—Las plagas de Egipto en Madrid (costumbres).—Ruinas notables.—La Estrella del Sud, novela original, por don Alejandro Magariños de Cer-vantes (continuación).—Estudios históricos; El Tuzani.—Con-venio de Vergara (continuación).—Mosáico; efemérides espa-ñolas del siglo XIX.—Fabricación de cuerdas metálicas; Es-cenas de la vida positiva.—Logogrifo; solución del inserto en el número anterior.

Este número lleva once grabados.

HISTORIA DE LA SEMANA.

Exterior.—FRANCIA. El día 12 del actual y á las 7 de la mañana salió de París el presidente de la república francesa, acompañado de los ministros de la Guerra, del de Comercio y del de Obras públicas, y de una brillante comitiva, de la cual formaba parte el célebre novelista Dumas, el jefe de policía Carlier, el general Rubillot y todo el estado mayor del presidente. Con la salida de este y de la mayor parte de los ge-fes de los partidos políticos, ha desaparecido en París la especie de agitación que había constantemente en aquella capital; pero se nota cierta ansiedad, y todos discurren á su modo acerca del resultado del viaje del presidente.

Sin embargo los periódicos de París publican mi-nuciosas relaciones: en unos se lee que nunca se ha visto tanta espontaneidad y tanto entusiasmo, y en otros que el pueblo ha dado pruebas inequívocas de su adhesión al gobierno republicano y de su aversión á todo proyecto usurpador. En Chalons se vió el presidente rodeado de una infinidad de mu-geres que pedían la libertad de sus maridos con-denados por haber pertenecido á una sociedad se-creta; sus ruegos fueron escuchados, y las vocife-raciones de la multitud se convirtieron en vivas y señales gozo.

El alcalde de Mongi presentó á Luis Napoleon un acuerdo del ayuntamiento adoptado por unanimidad, pidiendo la reforma de la constitucion, principalmente en lo que concierne á la reeleccion del presidente de la república.

En París se habían recibido tres partes telegráficas de Lyon: el 1.º del 13 con los pormenores del re-cibimiento hecho al presidente de la república: el 2.º anunciando la llegada del general Lamarmora, envia-do extraordinario del rey de Cerdeña; y el 3.º ma-nifestando que el 17 por la mañana había salido el presidente de aquella ciudad.

El viaje del general Lamarmora parece que ha tenido por objeto cumplimentar al presidente de la república de parte del rey de Cerdeña.

Los periódicos de Londres anunciaron anticipada-mente que el 18 quedaria prorogado el parlamento, y que S. M. se proponia pronunciar por sí misma el discurso de clausura.

Con efecto, el día 13 asistió S. M. la reina acompa-ñada de su augusto esposo, á la ceremonia de la pró-rogas del parlamento. En su tránsito desde el palacio á la Cámara de los lores la dieron muchos vivas, suce-diendo lo mismo al entrar en el salon de la cámara. Sentada en el trono, la dirigió el presidente la feli-citacion de costumbre, y acto continuo recibió S. M. del lord canceller el discurso real, que leyó en alta voz.

Terminada la lectura del discurso, declaró el lord canceller, en nombre y de órden de la reina, que que-daba prorogado el parlamento hasta el 13 de octubre próximo. Seguidamente bajó S. M. del trono, y despues de saludar á todos los concurrentes, se retiró con el Principe Alberto y las personas de la comitiva.

S. M. la reina ha mandado comunicar á la Cámara de los lores el extracto de un despacho del conde de Westmoreland, que contiene el tratado de paz entre el rey de Prusia y el de Dinamarca, firmado en Berlin el 2 de julio, y la respuesta de lord Palmerston

Tomo II.

En Turin ha ocurrido un suceso lamentable, desde nuestra última revista. Hallándose próximo á la muer-te el señor Santa Rosa, ministro de Agricultura y Comercio de Cerdeña, manifestó que deseaba conse-arse; llamado su confesor, le significó la imprescindi-ble necesidad de una retractacion pública de las doc-trinas que se desprenden de las leyes Sicardi, por la parte que en su elaboracion había tomado. Titubeó un rato el ministro, manifestando luego que había obra-do con arreglo á las inspiraciones de su conciencia, y en la persuasion de no violar las leyes de la iglesia; mas insistiendo el confesor en que hiciese una re-trac-tacion escrita, y no creyendo que debía admitir la que por último le propuso Santa Rosa por estar concebida en términos ambiguos, cerca ya el momento supremo se confesó nuevamente, y declaró que condenaba todos los actos en que hubiese tomado parte, y fueren con-denados por la iglesia, queriendo morir como católico, apostólico, romano, sinceramente sometido al jefe de la iglesia, en virtud de lo cual recibió la absolucion de su confesor, pero no se le pudieron administrar los sa-cramentos. La insistencia del confesor en la retracta-cion indicada en cumplimiento de las instrucciones del diocesano, hizo que tanto la familia del ministro como otras muchas personas respetables, acudiesen al arzo-bispo para que levantara su censura, lo cual no llegó á obtenerse, negándose ademas á dar al cadáver se-pultura eclesiástica; circunstancia que ocasionó en Turin algunos síntomas de agitación, que obligaron á la autoridad á tomar precauciones extraordinarias, calmándose al fin con haber anunciado el vicario ge-neral que el arzobispo levantaba su censura con res-pecto á la sepultura eclesiástica. El entierro pudo, pues, verificarse con asistencia del clero.

Segun los periódicos del 8 de Turin, el arzobispo FRANSONI, que se encontraba en su casa de campo de Pianezza, fué arrestado y conducido en un coche es-cortado por un piquete de caballeria á la prision de estado de Fenestrelle. Los religiosos servitas, en cuyo convento está radicada la parroquia de San Cár-los, á la cual pertenecía el ministro SANTA ROSA, fue-ron tambien presos en número de quince, y sacados de Turin en dos ómnibus con escolta de tropa para ser conducidos diez de ellos á un convento de su reli-gion en Saluces, y los otros cinco á Alejandría.

La negativa del arzobispo á renunciar la silla me-tropolitana segun se lo pidió el gobierno, ha dado ocasion para que notifique este á la Santa Sede su re-solucion de que no vuelva el arzobispo á su diócesis. Al mismo tiempo ha prescrito al vicario eclesiástico que nombre un ecónomo para la parroquiade San Cár-los, por lo cual han protestado los padres servitas que la servian con jurisdiccion propia. Despues de es-tos sucesos, para cuyo relato nos atenemos á los pe-riódicos que pasan por mejor informados, no había ocurrido la menor novedad, si se exceptúa la inten-tona de algunos turbulentos que trataron de causar tropelias en un convento de religiosos, lo cual se evi-tó prontamente por las medidas que adoptó el go-bierno.

El rey de Cerdeña ha debido regresar á Turin el 14 ó el 15.

La cuestion de los Ducados no adelanta un paso, permaneciendo ambos ejércitos en las posiciones que tenían despues que los dinamarqueses pasaron el Ei-der y se apoderaron de la isla de Syld, de Frochr, y de toda la costa, fortificando las inmediaciones de Ecker-rufoerde.

En Alemania y en Italia se disfruta de la calma mas completa, á pesar de que no se haya resuelto aun de-finitivamente ninguna de las complicadas cuestiones pendientes en la primera.

Interior. Reina la mas completa tranquilidad en todas las provincias de la monarquía, ocupándose so-lo los pueblos de las próximas elecciones generales para diputados en las cortes que habrán de reunirse el 31 de octubre. A medida que estas se aproximan, crece el interés de las noticias y combinaciones electo-rales, aprestándose todos los partidos á depositar su voto en favor de las diferentes candidaturas acorda-das en las juntas y reuniones que, para tratar del asun-to, se han celebrado anticipadamente. Ocupada así la

atencion pública, puede decirse que en estos dias so-lo se piensa en el resultado que ofrecerán los escruti-nios electorales en los primeros de setiembre.

S. M. la reina recibió el miércoles último al nuncio de S. S. en esta corte acompañado del señor conde de Sevilla la Nueva, introductor de embajadores. Esta visita ha tenido por objeto poner en manos de S. M. ricamente encuadrada, la alocucion que el Santo Padre ha dirigido á todas las potencias que le presta-ron auxilios en su emigracion, firmada del puño y le-tra del Sumo Pontífice.

Aparte pues de las repetidas reuniones electorales de que diariamente dan cuenta los periódicos segun in-dicamos mas arriba, nada notable ha ocurrido en el interior desde nuestra última revista.

REVISTA DE TEATROS.

Teatro Real.—Obras, formacion.—Consideraciones.—Es-pañol.—Junta de autores, combinaciones.—Consideraciones.—Del Drama.—Proyectos, formacion.—De la Comedia.—Atrazo, porvenir.—Supernumerario de la Comedia, formacion monstruosa, presupuestos, abusos etc.—Cesantes teatrales.

Con la proximidad de setiembre ha renacido la actividad teatral, y aunque todavía se mantienen au-sentes algunas notabilidades artísticas, el interés de las formaciones palpita ya.

Es notable la contradiccion que existe entre las ningunas probabilidades que de bueno ni media-no éxito ofrece el porvenir teatral del próximo año cómico, y el movimiento de planes y proyectos que agita los círculos teatrales de esta coronada villa. Justo y laudable es que con tan enérgicos esfuerzos se procure reanimar el cuerpo de esa institucion próxima á la muerte por el marasmo que la corroe; pe-ro de nada servirán esos esfuerzos si dirigidos sin in-teligencia no tienden á paliar siquiera, ya que no á estirpar, los abusos que han de acabar con ella.

Tendrán solo el poder de devolverla por un ins-tante el brillo efímero de la llamarada pasajera de una lámpara que va á extinguirse. La ópera y baile extranjeros que, segun las indicaciones que se des-prenden del fin del año cómico pasado, contaban en este con un porvenir algo mas risueño que el del verso y baile nacionales, van á tener en el coloso del TEATRO REAL DE ORIENTE, el templo magnífico del apogeo de su gloria en España, y la tumba donde ha-brán de yacer dentro de poco hasta el remoto día de una nueva resurreccion. Mientras tanto las obras de este coliseo marchan rápidamente á su término. El lujo del decorado, y la multiplicidad y desahogo de sus accesorios le habrán de hacer muy recomendable como local de buen tono. Nótase sin embargo en la distribucion general del edificio un destartalamiento, hijo del tiempo en que fueron construidas las obras fundamentales y de fábrica de este Teatro, la sala queda alta y corta, lo cual si la perjudica de hecho en el sentido de la buena relacion de sus proporciones, puede ser conveniente en el de su aptitud armónica. El foso tambien es corto con relacion á su anchura. Hemos oido quejarse á algunas personas del escaso número de localidades secundarias que puedan repu-tarse como de la clase media, y nosotros por el con-trario nos lamentamos así de su excesivo número, como del precio á que han sido calculadas.

Un *Paraiso* que contiene de setecientas á ocho-cientas localidades de á cuatro reales, y las segundas y terceras filas de los palcos por asientos á ocho y seis, constituyen un número de mas de mil cuatro-cientas localidades de cuatro á ocho reales de precio, lo cual para un espectáculo extranjero es una bara-tura perjudicial en sumo grado á los espectáculos na-cionales, en una capital de poblacion tan escasa como Madrid. En otros paises el baile y ópera extranjeros tienen unas tarifas muy elevadas, de las cuales no pueden descender los especuladores, con el objeto que hemos indicado mas arriba. Toda la prensa se está ocupando de los ajustes que para su apertura ó des-pues de ella se celebran en el extranjero. La Alboni y la Frezzolini, la Cerito, Saint-Leon, y otros y otras

notabilidades de alta categoría musical y coreográfica, formarán parte de sus compañías, cuyo presupuesto monta á algunos millones. Pero resulta, según cálculo probable, que incluso el coste de la obra, el gobierno tiene que sacrificar á este momentáneo alarde de inusitada esplendidez, la respetable suma de doce á catorce millones de reales, contados los ingresos, y decimos momentáneo, porque no creemos que aun cuando esta suma se redujese en los años sucesivos á una cuarta parte, esté por sí dispuesto á sostener por mucho tiempo un espectáculo tan poco en armonía con las tendencias económicas de todo buen gobierno, y porque la especulación de un particular no podrá nunca conciliar en tal teatro la seguridad de sus intereses con el presupuesto necesario para abrirle con el decoro conveniente á la elevada categoría en que le van á colocar las circunstancias de su creación, y el fastuoso brillo de su primer año de existencia.

En cambio, el Teatro Español se agita y lucha, en vano tal vez, para no caer en el sepulcro donde tiene ya hundidos sus pies. Visto el pésimo resultado de sus anteriores administraciones, y después de haber llamado inútilmente algunas personas con el objeto de encargarse la salvación de ese instituto, tuvo á bien el gobierno de S. M. encomendarla á una junta especial de autores dramáticos que convocó al efecto. Aceptada por ellos tan espinosa comisión, aunque por la mayoría de un solo voto, hace ya cerca de dos meses que dieron principio á sus trabajos, sin que hasta el día hayan podido obtener un éxito determinado, ni abrigar siquiera la esperanza de alcanzarle lisonjero, puesto que en el día, lo más probable, lo casi seguro ya, es que tendrán que resignar en manos del gobierno las facultades que entonces les fueron conferidas.

He aquí en compendio la historia de sus actuaciones. El gobierno aseguraba á los autores dramáticos convocados, la percepción de la mitad de los arbitrios teatrales, valuado en quince á veinte mil duros, y los garantizaba por cada entrada diaria la suma de cuatro mil reales; todo lo cual venía á componer próximamente millon y medio de reales por ingreso probable en sus presupuestos.

Con la totalidad de los arbitrios, y un ingreso efectivo de seis mil y seiscientos diarios, ha resultado alcanzada la anterior administración en gruesas cantidades, merced á circunstancias que no son de este lugar: mas no por eso se arredró la junta convocada, y contrayendo sus presupuestos de gastos al de probables ingresos, creyó poder alcanzar un resultado satisfactorio. Redujo el personal á los más prudentes límites compatibles con el decoro del Teatro Español, acortó un tanto la temporada teatral y en su proporción los sueldos de aquel, teniendo cuidado de guardar con ligerísimas excepciones la igualdad proporcional con los del año anterior, á fin de no lastimar ninguna susceptibilidad. Suprimió el cuerpo de baile, haciendo en todo lo demás economías tales que redujeran sus gastos á lo puramente indispensable. Todo esto con el objeto de poner la institución á cubierto de las vacilaciones de la especulación; y aun así, aunque en corta cantidad, su presupuesto de gastos se sobreponía al de ingresos; escedente que era necesario cubrir con el escaso guarismo destinado á gastos imprevistos. Así las cosas: el inteligente y digno director nombrado por la junta, presentó la primera combinación del personal, y aprobada esta por los autores, se entablaron las negociaciones. Esta combinación, á cuyo frente se hallaban el señor Romea y la señora Díez, y en la cual figuraban la señora Lamadrid menor, y los señores Arjona, Guzmán, Calvo, Pizarroso y otros, no dió un resultado total satisfactorio: el señor Romea desestimó las proposiciones por sí y por su familia, y de todos los demás solo dos ó tres hubo que en definitiva se manifestaran dispuestos á aceptar. Caido la combinación Romea, presentóse la combinación Valero, en la que con el señor Latorre, la misma señora Lamadrid menor y el señor Arjona, con otros nuevos de órdenes inferiores, figuraban los restos no disidentes de la primera combinación. A pesar de las probabilidades que ofrecía este segundo conato, su resultado no ha sido más feliz que el del primero.

El señor Valero no ha aceptado tampoco; la señora Lamadrid no parece resuelta á aceptar si no se ajusta el señor Valero, y otros señores de los principales de la combinación han contestado al ultimatum que se les ha dirigido de un modo poco franco y nada explícito. En último resultado, el celo, el buen deseo de la junta de autores se ha estrellado y se estrella por do quiera con negativas, explícitas ó indirectas, con exigencias, si no irritantes unas, risibles otras, infundadas y minuciosas las mas, injustas todas: sueldos de seis, siete y ocho mil reales mensuales, esto es, sueldos de ministro constitucional, han sido reputados de insuficientes mezquindades, quien quiere ser solo, y hacer y

deshacer como en casa sin dueño; quien pide como niño mal criado, lo mismo que tenga el que mas, la mayoría arregla las suyas á las exigencias de otro, y de todo resulta una madeja inextricable, capaz de cansar la paciencia mas esquisita.

Queda ahora por cuestion, si con los restos de estas combinaciones abortadas podrá constituirse una compañía aceptable para lo que debe ser el teatro modelo; nosotros creemos que no. Esos restos no pueden tener á la cabeza mas que al señor Latorre, ó al señor Arjona, dado caso que á este se le concedan sus impertinentes exigencias; y no necesitaremos esforzarnos mucho en probar que el señor Latorre es un bello monumento artístico; pero no mas ya que un monumento. En cuanto al señor Arjona ¿qué importa que infatuado con las estemporáneas é inmerecidas alabanzas que por miras especiales le tributó una turba chillona, crea justificadas sus pretensiones? El señor Arjona no basta para llenar un puesto de primer actor, es muy limitado en su actitud para el trabajo, y no es ni será nunca mas que un buen actor especial. Y aun cuando la señora Lamadrid y el señor Calvo pudieran reforzar un tanto estos insuficientes restos, la compañía quedaba escasa, y la marcha del trabajo diario sería absolutamente imposible. No queda, pues, otro recurso á la junta de autores que resigna como hemos dicho sus facultades, ó abrir el Teatro Español con una compañía no correspondiente al lustre de la institución: verdad es que nunca tal culpa sería suya, pero no está el inconveniente en esta responsabilidad: el inconveniente es la cuestión de los intereses materiales, y esa no sería mas que la pérdida de un interés moral.

Entretanto el apreciable actor don Juan Lombía, poseedor de la autorización para formar compañía para el Drama, ha principiado y sigue su formación poquito á poco. Había hecho propuestas al señor Valero y á la señora Lamadrid, pero tenemos entendido que ni el uno ni la otra se han prestado á participación en los proyectos de dicho actor. El teatro de la Academia (los Basilio) es el local en que actuará la compañía que se está formando, y de la cual nada queremos decir, porque hasta ahora el personal contratado es todo secundario en expectativa, sin duda de que las disidencias de otras regiones lleven á aquel puerto algunos naufragos de otras combinaciones. ¡Quiera Dios que la reconocida experiencia de dicho señor, su inteligencia y su actividad, le den en su especulación toda la buena fortuna que nosotros le deseamos, pero que no creemos probable!

El mas atrasado en preparativos es el teatro de la Comedia: fallida, ó poco menos, la formación que su empresario el señor Dardalla, dejó apenas principiada antes de partir al veraneo en que tantos aplausos ha recogido, habrá tenido á su vuelta que dar principio á sus actuaciones para no encontrarse alcanzado por el tiempo. Como es probable que también por estos coliseos se hagan sentir las exigencias de los actores que en ellos pueden figurar, lo es también que el señor Dardalla, como empresario, se vea precisado á reducir todo lo posible su formación, y por consiguiente á recurrir como hasta aquí á su género salvador. Aunque enemigos natos de dicho género, protestamos, sin embargo, que si obligado entre tales dos extremos prefiriere el segundo, no merecerá por ello nuestra censura.

Dichoso él, si por ese medio, ó por otro cualquiera, logra vencer los tristes efectos de la penuria de estos tiempos, y sustraer su público especial de la gran absorción del coloso de Oriente.

En el teatro supernumerario de la Comedia, único tal vez que principiará en primeros del próximo mes, las compañías están ya completas y tan completas, que de esto vamos á hacer un cargo á sus formadores. Sobre la desventurada empresa de este teatro ha llovido una plaga de buscones teatrales, polilla de bastidores que la consume y la debora; presa en sus garras y gobernada en un todo por ellos, ha emprendido un camino que, como el del año cómico pasado, solo puede llevarla á pérdidas considerables sin esperanza de resarcimiento.

Actores (de último orden) algunos de ellos, si es que tal nombre han podido merecer nunca, principiaron por asignarse á sí mismos enormes sueldos, que ni han ganado en ningún otro teatro, ni merecen en conciencia bajo defecto alguno; de aquí la imposibilidad de negarse á las crecidas exigencias de los actores que han contratado, y de aquí el resultar la empresa sobrecargada con un presupuesto de gastos que, según tenemos entendido, superaría al de ingresos aun cuando el teatro se llenara diariamente. Su nuevo local, que después de todas las ponderaciones de magnitud y comodidad, viene en último resultado á tener una fila mas de lunetas que el del Instituto, es imposible que pueda sostener una compañía completa de ópera cómica con sueldos como el del señor Salas; otra de verso re-

forzada al doble con sueldos como el del señor Catalina, el de la señora Yanex, etc., y otra de baile con retribuciones como las de la señora Cámara, y el señor Ruiz. De lamentar es que cuando un capitalista de la buena fé del señor Gaona, con elementos y voluntad de arriesgar fuertes sumas en pos de una especulación que puede resultar en verdadero provecho de las artes y las letras, acomete un negocio que desconoce, caiga en manos de estos vampiros de teatro que no cuidan sino de convertir en provecho suyo y de sus paniaguados estos elementos, atando al carro de sus injustificadas ambiciones, esos hombres probos á quienes ellos en su Germania dan el significativo nombre de *caballos blancos*.

En este teatro, la zarzuela malamente llamada ópera cómica, tendía como hasta aquí un lugar preferente á pesar de lo malo del canto, de lo insípido de la mayor parte de la música y de lo estúpido de los libretos. Seguirá en importancia el baile nacional, y cuando sea buenamente posible trabajará la compañía de verso. Pensábase en principiar la temporada con la zarzuela *Colegiales y soldados*, letra del señor Pina, música del señor Hernando, cantada antiguamente en el Instituto; pero el no hallarse el señor Cortés completamente restablecido de sus dolencias, hará imposible sin la adquisición de otro barítono, la representación de dicha zarzuela; porque si bien está contratado el señor Fuentes que pudiera cantar esta parte, dicho señor no puede representar los recitados. Prepáranse también *El rinconete y cortadillo*, zarzuela, y la segunda parte del *Duende* (¡Dios nos libre!). De verso no tenemos noticias mas que de la presentación de una comedia del señor La Rosa, autor, entre otras, de la comedia *Con razón y sin razón* que tanto agradó en el pasado año cómico.

De los demás teatros, aunque sabemos de algunas obras que les serán destinadas para repertorio, como nada hay completo de formaciones en ellos todavía, nada queremos ni debemos decir. El año cómico se presenta sin embargo con síntomas de escasez de buenas obras originales.

No concluiremos este artículo sin hacer una referencia á la numerosa cesantía teatral de este año cómico; por nuestros cálculos fundados, en lo que cualquiera puede ver en el bolsín de ajustes del *café de Venecia*, y en noticias dignas de crédito, pasan de doscientas las familias que quedarán sin ajuste en esta temporada, ó por lo menos las que lo están en la actualidad. Achácase este triste resultado á la escasez y reducción de las formaciones á consecuencia de las fianzas que á los formadores exige el decreto de teatros: nosotros creemos que á un formador de buena ley no le opone traba ninguna el decreto, y que ese artículo que asegura á los contratados, el cumplimiento de sus escrituras ó la indemnización correspondiente, no puede ser la causa de tal fenómeno. La causa verdadera es otra, una formación que hace pocos años se hacía con un presupuesto módico arreglado en un todo á los sueldos consagrados para las formaciones dichas á partido, no puede en el día intentarse sin un capital veinte veces mayor; porque tal ha sido el alza de los sueldos teatrales en esta última década que nos parecen fábula los tiempos en que se decía, *galán y dama á cuarenta*, etc. ¡Y estas subvenciones que han recibido los Maíquez, y los Perez, y los Prieto, las Luna y las Rodríguez, indignarían hoy que el arte no es ni su sombra al mas estúpido parte-por-medio! De aquí la retirada de los especuladores, máxime cuando no se pueden acometer en falso estos negocios para poder quebrar *ad libitum* sin responsabilidad, y de aquí que los pocos que forman reducen sus compañías á la mínima expresión posible; porque entre uno ó dos medianos y otros pocos malos, les cuestan lo que hace diez, cinco años, les costaba una compañía triple.

Este pecado de ambición, de que son universalmente víctimas los actores, lleva necesariamente consigo la penitencia. He ahí la causa de esa horrorosa cesantía teatral, calamidad sensible, pero necesaria; ¡arrogantes Seydes del arte, miraos en ese espejo! he ahí vuestra obra!

== . . C. ==

CRITICA LITERARIA.

MARIA, CORONA POETICA DE LA VIRGEN.

POEMA RELIGIOSO POR DON JOSÉ ZORRILLA Y DON JOSÉ HERIBERTO GARCIA DE QUEVEDO.

¿Creeis en la historia de los Evangelistas? ¿Creeis en la redención del género humano? ¿Creeis en vosotros mismos, en vuestro amor, en vuestra esperanza, en lo infinito de vuestra inteligencia? Pues sin duda

creeréis entonces en *Maria*, madre del Verbo increado, *rosa mystica*, *refugium peccatorum*, *stella matutina*, faro de redención de los humanos.—Y si andando por el quebrado sendero de la vida os sentís fatigado, si oscila en vuestra mente la fé, si os sentís sedientos de pureza y de perfección debéis buscar á *Maria*, con los ojos, seguirla con el corazón á través de lo incomprendible, recitar su historia todos los días y recordarla en sueños y despierto, siempre que necesitéis consuelo y amparo.—No os faltarán compañeros en esto de adorar á *Maria*; porque el sencillo labrador de nuestros campos, tiene siempre en los labios su nombre, y el niño, que nada comprende del mundo sino el amor de su madre, la mira y ama como á madre propia; id al desierto y el infiel os hablará de ella debajo de su tienda; id á las academias de la orgullosa filosofía, y el ateo os dirá que es justo que la recordéis, porque ella es el símbolo y la ley del amor.—Muchas veces viajando por campos desiertos, vendrá á sorprenderos el sonido de la campana de un templo; si os acercáis á él no tardaréis en encontrar ya dentro, ya en el atrio, alguna losa ó columna con una inscripción, que diga como apareció la Santísima Virgen encima de unos laureles ó á la margen de un manantial que saltaba de la peña viva.—Cuando hay sequía, los labradores corren á tales santuarios por agua para sus mieses; cuando hay peste, las madres van allí por la salud de sus hijos; cuando el esposo y la esposa conocen que está próximo el fruto de su amor, no tardan en ir á ellos para buscarle una divina protectora.—No tiene el cristianismo nada mas sublime que *Maria*; no tienen nada los demás cultos antiguos y modernos que le llegue de muy lejos.—La historia de *Maria* es tal, que por mas que se repita nunca da hastío; ¡sus alabanzas por mucho que se multipliquen no cansan; nunca le darán sobrado culto los humanos, aunque vivan perpetuamente en su adoración y en sus altares.

Pero mucho nos vamos dilatando, y con ello van perdiendo nuestros lectores solaz y consuelo.—La historia de *Maria* está ya escrita; *Maria* ha sido celebrada si no como merecía, no por cierto con indignos cantares; los señores Zorrilla y Quevedo han comprendido que el cantar á *Maria* era un gran deber del pueblo castellano; puesto que en ninguna parte como en Castilla se adora su nombre; puesto que él fué grito de guerra durante siglos, y fué al propio tiempo patrona y amparo de los combatientes; puesto que el cristianismo no tiene en país alguno mayores ni mas profundas raíces.—Ellos mejor que nosotros saben quien es *Maria*, cómo y donde va, cuales son las flores que mas agradece y los aromas que son mas de su agrado.—Apenas comienza el poema, dice Zorrilla del nombre de *Maria*:

La tierra al despertarse le murmura
Percibiendo la luz del nuevo día:
Vaga en las nieblas de la noche oscura,
Reposa en un rincón del alma mía.
Yo le invoco en mis horas de amargura
Le bendigo en mis horas de alegría;
Tres veces cada sol mi fé cristiana
le oye del sacro templo en la campana.

Al oír ese nombre soberano
Satán huyendo amedrentado ruge
Y el alma suelta que apesó su mano:
El mar se aduerme, que soberbio muge.
Tórname el huracán aire liviano,
Espira el trueno que rodando cruge:
Se disipa en la atmósfera la peste
Y Dios aplaca su furor celeste.

Azucenas de abril, dad á mi aliento,
Al pronunciar su nombre vuestro aroma:
Auras de la arboleda, el suave acento
Dadme del ruiseñor y la paloma
En palabra al tornar mi pensamiento;
Plantas donde su miel la abeja toma,
Dadme de vuestros jugos la dulzura
Al hablar de su gloria y su hermosura.

Tú empero inspiración vendrás á darme
Para hablar de tu gloria soberana:
Tú me darás vigor para elevarme
Sobre el turbión de la impiedad mundana:
Tú vendrás con tu manto á cobijarme
Cuando al morir me den tumba cristiana,
Y yo á tus pies invocaré tu nombre
Libre al partir de la mansion del hombre.

Tal es la invocación y al propio tiempo la introducción del poema. El poeta describe en seguida la situación misérea de Jerusalén y entre otras estampa las siguientes estrofas:

Decoraban las águilas romanas
Sus puertas defendidas por soldados
Estrangeros; corría en sus mercados
La moneda del César, y ¡cuán vanas
Lágrimas de sus ojos desdichados!

El oro de sus ricos mercaderes
Iba á Roma con nombre de tributo
Para pagar del César los placeres;
Y daban de su amor al dar un fruto
Un soldado romano las mugeres.

Dejemos aparte los defectos de forma de estas bellísimas estrofas, puesto que luego hablaremos de ellos; y saludemos una vez mas al gran poeta. Es imposible pintar mejor la desolación de un pueblo en la esclavitud; el mismo Isaías no amenazó á la ciudad rebelde con mas duras penas que esas, que al decir del señor Zorrilla estaba sufriendo Jerusalén cuando nació la

Virgen *Maria*. Los vencidos tomaban por adorno de sus puertas el águila romana, insignia del vencedor; soldados extranjeros las guardaban, por cobardía sin duda de los propios; los tratos se hacían con moneda del nuevo señor, y en vano era el llanto, en vano como lo es siempre el de los desdichados; bien que la frase es lo mas bello en esta última exclamación del poeta. El oro que atesoraban los hijos de Jerusalén á costa de afanes, servía en Roma para pagar los placeres de los caudillos y la pereza del pueblo, y para consumirse en Farsalia y Filipos en funestas guerras de ambición y de codicia; y cuando las esposas pensaban dar á luz un hijo, fruto de sus amores, nacía de ellas un soldado romano. ¡Cuadro magnífico que tiene pocos modelos en la poesía de nuestros tiempos y puede competir con los mejores de la antigüedad! Pero el ángel misterioso del sueño viene á la casa de Ana y de Joaquín; trae consigo sueños é imágenes fantásticas, de las cuales dice con mucha originalidad el poeta:

Las que pasan nunca tornan:
De una vez se desvanecen,
Y ningunas se parecen
Aunque hermanas todas son;
Y si mas tenaz alguna
Otra vez cruza ó asoma
Un contorno nuevo toma,
Y otra faz y otra espresión.

El ángel anuncia á Ana estéril, é infamada por serlo según la costumbre hebrea, que iba á concebir, y al punto

Y á su soplo
Fecundado de Ana el seno
Concibió del germen lleno
De la esencia de *Miriam*;
Tornó el vuelo á alzar el ángel
Y con santo regocijo
Sonriendo le bendijo
En su tumba el viejo Adán.

Entonces se oyó aquel grito por Judea que anunciaba la nueva feliz.

¡Oíd vírgenes, madres y varones
Del pueblo preferido!
¡Oíd extrañas gentes y naciones,
La anciana ha concebido!

Llegado el momento predestinado del nacimiento de *Maria*;

Suspiró con suavísima dulzura
El aura matinal: de frescas flores
Se cubrió de los montes la espesura
Y el desierto erial: los ruiseñores,
Las palomas y tórtolas, la pura
Atmósfera encantarón, y en primores
Competiendo, ostentóse por do quiera
Del otoño á la par la primavera.

Mística flor de celestial frescura
Sembrada en el desierto de la vida.
Se abrió de su arenal al aura impura
Como silvestre flor desconocida.
Toscos pañales de grosera hechura
Ciñeron á la real recién nacida,
De cuyo seno virginal fecundo
Nacer debía el Redentor del mundo.

Zorrilla intenta pintar en seguida el dulce nombre de *Maria*, y desesperado de encontrar humanas fuerzas que alcancen á cantarlo debidamente esclama:

¿Cómo ofrecer al paladar del hombre
La miel que mana de su dulce nombre?

Por fin, se decide á imitar con los sonidos de su lira el sonido de aquellas sílabas celestiales que componen el nombre de *Maria*; solo Zorrilla es capaz de describir de esta manera.

¿Oísteis por ventura,
En la nocturna soledad serena
Cantar en la espesura
De la floresta amena
A la alegre y canora filomena?
¿La oísteis en el viento
Mezclar el suave acento
De su amoroso pio
Con el trémulo son de la onda pura
Con que el sonoro río
Fecunda de los olmos la verdura?...

¿Habeis prestado oído
Al hervoroso ruido
De la flotante espuma
Que deja en el arena,
Y que antes que se suma
Entre sus granos suena
Con bullidor murmullo?.....

Mas dulces que estos cantos de la floresta, y que estos sonidos de la ola del mar al romper y desvanecerse en la playa, dice el poeta que es el *delicísimo* nombre de *Maria*. Llega el día de la presentación en el templo, Ana y Joaquín van juntos á sacrificar el blanco corderillo al Dios de Israel; el poeta describe los tamos que cruzan por el camino, en tales versos como estos:

Ornan sus feracísimas riberas
Aromáticos cedros, y palmeras
Cimbradoras, y espesos abedules,
Tilos de flores cárdenas y azules,
Ricos viñedos y húmedas moreras.

Aquí parece que leemos á Balbuena; solo la *Grandeza Mexicana*, tan rica en poesía de primer orden, y tan desconocida, contiene una enumeración tan bien hecha. La niñez de la Virgen es descrita por el poeta con versos fáciles y armoniosos; allí le dice á *Maria* del hombre:

Sus ojos son de tierra,
Y en ellos luz no encierra
Para mirarte á tí.

Crece, cácase, hacen los esposos el voto solemne de vivir como hermanos, y con esto termina la primera parte de la obra, que es lo que pertenece al señor Zorrilla.

La segunda comienza con la venida del ángel, y el misterio de la Purísima Concepción; el señor Quevedo comienza en esta parte á cantar á la Virgen con no menos fortuna que Zorrilla. Lo primero es una pintura de la paz doméstica de los esposos, notable por su sencillez, donde encontramos estos versos que tienen sabor á Virgilio:

Al aspirar el día
Cuando la filomena su morada
Busca bajo la fértil enramada;
Colocaba *Maria*
Sobre una mesa limpia y reluciente
Los panes de blancura *refulgente*
Fábrica de sus manos acabada.

Luego llega el momento señalado por Dios para enviar á su hijo á la tierra á cumplir en ella el mas grande de los prodigios, y aun mas que el de la creación.

El poeta comienza de esta manera:

La hora sonó; el Altísimo
Calmado ya su encono,
Contra el humano, el fúlgido
Mirar desde su trono,
De inmenso amor fecundo
Sobre el terrestre mundo
Giró como relámpago
Nuncio de paz y amor.

El metro no parece mal á propósito para cantar la bajada del ángel, el autor tiene cierta facilidad en este género de versos que no es común en España; acaso la debe al frecuente estudio de la lengua italiana, y el trato con los modernos poetas de aquella nación. En sus odas á *Italia* nos dió ya muestras, á la verdad muy superiores á esta, de como sabia imitar y aun naturalizar en nuestra lengua los maravillosos tonos de *Manzoni*. *Maria* en casa de su prima Isabel permaneció treinta soles. Apenas hay en todo el libro versos tan bellos como los que dedica el señor Quevedo á pintar las horas de vida patriarcal de que gozaba aquella santa familia. Sirvan de muestra estos que copiamos:

En las plácidas noches del verano
Cuando sobre la luna que dormita
Y la tranquila mar la blanca luna
Sus dulces rayos amorosa vibra;
Por bajo de una higuera agigantada
O de un parral so la enramada umbría
Con sencillez servíase el banquete
De aquella ilustre patriarcal familia;
El tierno corderillo alimentado
Con la yerba aromática que crían
Aquellos altos montes; frescos peces
Cogidos de Sidon en las orillas
Y miel silvestre acaso disputada
Al tronco secular de alguna encina.....
..... *Miriam*, cual la avecilla
Que en medio á los racimos del otoño
Hace de un solo grano su comida,
De blancos laticinios y de frutas
Se alimentaba.

Verdaderamente no solo se nota facilidad inimitable en estos versos, sino que ha y en ellos una sencillez antigua, un sabor clásico y puro que parece bebido en las *Geórgicas* ó en los *idilios* de *Gesner*.—La última imagen sobre todo, pertenece á un género de bellezas que se siente y apenas puede explicarse; es imposible pintar mas poéticamente la sobriedad de *Maria*; ¡cuántas veces no hemos visto á la alegre avecilla picoteando el grano de uva que apenas acertaba á deshacer! ¡cuántos bellos recuerdos no despierta en el alma semejante comparación! ¡y qué personificación tan dulce y tan delicada no se nos presenta con ella á la mente! Eso es sin duda una belleza, pero belleza de primer orden en su género.—También es bella y muy poética la siguiente octava, donde describe á *Maria* que llevaba al hijo de Dios en su seno:

Tierno botón que en el jardín ameno
Del aura acariciado fresca y pura
De viva savia y de perfume lleno
Llega á la perfección de su hermosura;
Y sin abrir al roedor veneno
De reptil ponzoñoso ó de aura impura
El cáliz virginal de azul y oro,
De su aroma real guarda el tesoro.

Al llegar al nacimiento de *Jesus* el poeta se detiene y lanza una mirada lírica sobre su propio genio; en esta oda de alta y robusta entonación se encuentran no pocas estrofas buenas, de las cuales esta dará la muestra. Así le dice á su genio:

¿Do irás que no te canse
En breve la asperísima subida?

¿Do será que descanse
Tu fuerza enflaquecida
En lucha á tu vigor tan desmedida?
En el momento de nacer el Salvador se escapan á
la lira del señor Quevedo los siguientes versos.

Las auras de la noche suspiraron,
Mansas las olas de la mar gimieron,
Sus fuegos los volcanes apagaron,
Los prados de sus flores se vistieron:
Las estrellas del cielo se agitaron
Y con mas viva luz resplandecieron;
Y en himnos mil de júbilo triunfales,
Resonaron las harpas celestiales:

Si en ellos no hay novedad, porque era difícilísimo
que la hubiera, se notan sin embargo buenos giros
de locucion y en casi todas las octavas magníficos ver-
sos. La adoracion de los pastores, la *Purificacion* en
el templo, la *huida de Egipto*, la *vuelta á Nazareth el*
niño perdido y la *muerte de José*, son descritas luego
con bastante colorido y valentia de expresion. Las des-
cripciones salpican todos estos cantos del poeta no-
tándose muchas de ellas de indisputable belleza, como
esta que pinta el estado misero en que se hallaron los
esposos despues de la vuelta, su casa de Nazareth.

Y verdes enredaderas
Y morenas parietarias
En las celdas solitarias
Crecen frondosas al sol:
Y el humilde patiecillo
Cubren zarzas espinosas,
Y en sus paredes ruinosas
Busca asilo el caracol.

Al hablar de la predicacion del Evangelio, pinta de
este modo sencillez y delicado los frágiles principios
que tuvo el cristianismo:

Gota pequeña, cristalina y pura,
Apenas á la sed de un pajarillo
Bastante.

A tiempo en que:

Ya por su propio peso quebrantados
Vacilan los imperios conmovidos;
Sus prepotentes cetros respetados
Los tronos carcomidos
Caen en menudo polvo convertidos.

Maria al pie de la Cruz, es un romance donde hay
ternura y verdad; las estrofas á la Ascension conservan
un olor á Fr. Luis de Leon que no podemos menos de per-
judicarles; siendo como son buenas por lo general, no
pueden mantener comparacion alguna con aquellas de
sublime arranque lirico del maestro. De aqui á la
muerte de Maria solo quedan algunos cantos sin im-
portancia literaria, y el poema concluye con la Asun-
cion en estrofas como estas de dulce y melancólica en-
tonacion:

Es una noche plácida
Del abrasado estío,
El viento calla indómito
Se aduerme el mar bravío,
Y espira el blando céfiro
Entre una y otra flor.
Allí entre lienzo cándidos
Y delicadas flores
Bañado el rostro límpido
De espléndidos fulgores
La reina de las vírgenes,
Yace dormida en paz.

No sabemos si nuestros lectores se habrán fatigado
mucho al seguirnos en este paseo de mariposa que hemos
venido dando por el poema; á nosotros nos costaría
trabajo creerlo, puesto que les hemos dado tan bellas
estrofas de Zorrilla y del señor García de Quevedo para
aliviarles el camino. Hubiéramos querido trasladar á
este artículo todas las bellezas del libro; espacio y
tiempo nos ha faltado para ello. Pero creemos de to-
das suertes que lo que hemos citado no es sino de lo
mejor del poema. Ahora nos falta por llenar la peor
parte de nuestra tarea; preciso será que digamos algo
de los defectos, á la verdad no pequeños, que tiene
la obra.

Y en verdad que mirada bajo este aspecto, no hay
cosa mas desdichada que la critica de cuantas culti-
van hoy las letras españolas. Por lo mismo que son tan
altas las obligaciones de ella, son menores sus condi-
ciones de acierto y menores sus medios de predicacion;
fatalidad parece, pero es indudable lo que decimos. No
basta pedir amparo á los preceptistas porque nadie
los respeta ni les da crédito alguno; no basta tener
buena fé, porque á nadie se supone con ella; no basta,
en fin, agotar en el lenguaje todas las formas y ma-
neras de cortesía, porque como suelen pedirse enco-
mios, allí donde no los hay aparecen ofensas graves é
inmerecidas injurias. Así, lejos de tomarse á extrañeza
el silencio que guarda por lo regular la verdadera crí-
tica, debe contarse por maravilla el que habla de cuan-
do en cuando y alguna vez que otra proclame abiertamente
la verdad. Nadie recuerda en estos tiempos
aquellos sabidos versos de Horacio:

Vir bonus, et prudens versus reprehendit inertes,
Culpavit duos, incommis allinet atrum
Transverso calamo signum, ambitiosa recidet
Ornamenta parum claris lucem dare coget,
Arguet ambigue dictum, mutanda notabit,
Fiet Aristarchus: nec dicet, cur ego amicum
Offendam in nugis?

Por nuestra parte antes nos sentimos inclinados
á imitar el ejemplo de aquel Quintilio, citado por el
preceptista latino, cuyo parecer era sabido solamente
de los dóciles y sensatos, que no á pasar entre las gen-
tes por envidiosos, intolerantes y atrabiliarios; califi-
caciones propias de semejante oficio en los tiempos
que corremos. Y si hoy quebrantamos el silencio es
para hablar de una obra cuyos autores saben y pueden
sufrir la critica; de ser otra cosa ni la mentariamos
siquiera, ni ella ocuparia nuestra atencion un solo
punto. Con el poema de *Maria* no sabrá cegarnos la
amistad, ni consideracion alguna podrá obligarnos á
enmudecer; el prólogo de este libro dice solo mas que
cuanto pudiera espresar nuestra palabra, y autoriza
cumplidamente la escepcion que de él hacemos.

Era sin duda alta empresa la que acometieron los
autores al proponerse escribir en versos la historia de la
Virgen Maria; de cuantos géneros puede cultivar el
arte, ninguno nos parece tan difícil ni tan peligroso
como el sagrado; y de las cosas sagradas no hay otra
de tanto tamaño para el arte como el carácter de Ma-
ria madre de Dios. Los secretos mas recónditos de
nuestro dogma, las ideas mas altas y mas puras del
cristianismo se encuentran revueltas en esa historia
que allí comienza donde

Nazareth entre los huertos
Donde su ambiente se aroma
Duerme como una paloma
Que se anida en un rosál,

Segun la expresion feliz de Zorrilla y concluye
con aquellos versos tan bellos del señor García de
Quevedo donde describe la muerte de Maria.

A medio abrir los bellos labios, rojos,
Cual si en el seno del amor durmiera
Sin fuerza ni dolor, voló su alma
A las regiones de perenne calma.

Maria, madre de Cristo, es mas que una muger
santa y entre todas escogida, es una idea generada-
ra, un *archetipo*, una aspiracion eterna del género hu-
mano; es el amor en su expresion mas íntima y mas
grande. Ella está puesta en el centro de las edades en-
tre el mundo antiguo y el mundo moderno, entre el
dia del Paraíso y el dia del juicio final, entre Eva,
nuestra primera madre, y Ofelia, nuestro último en-
seño y nuestra ilusion postrera; entre la muger sen-
sual y la muger espíritu; entre aquella que se pier-
de por alcanzar el fruto de un árbol, y aquella otra
que muere por buscar un amor imposible; Milton y
Shakespeare han alcanzado los dos tipos humanos, entre
los cuales está asentado en la historia el tipo de la
muger divina, la estrella de redencion de los hombres;
otro Milton y otro Shakespeare era necesario en ver-
dad para traer semejante creacion á la poesia. Pero
allí donde al ingenio humano le faltan fuerzas para le-
vantarse á la altura de su objeto, comienza el choque
de ideas y de principios, y la metafísica anubla la
claridad y aparecen contrapuestos fantasmas en la
mente. La Virgen Maria no ha tenido aun quien la
cante como Eva fué cantada, y por eso es comun en los
poemas donde aparece un lujo de metafísica que empa-
laga, ó una carencia de colorido que desconsuela;
nadie, decimos, nadie la ha comprendido en su es-
píritu, en su símbolo, en su carácter divino, en el
principio generador y eterno de su ser. Zorrilla y Gar-
cía de Quevedo han tropezado como tantos otros
ante lo temerario de su empresa.—Su poema de la
Virgen es mas bien una biografía que un poema; mas
bien un devocionario que una alta inspiracion religio-
sa. El hombre devoto hallará placer sin duda al ho-
jear semejante libro; el creyente, no por instinto, sino por
inspiracion; no por costumbre, sino por razon, apenas
hallará cosa alguna con que halagar á su espíritu.
Y contamos esto por defecto á causa de las pretensio-
nes verdaderamente exageradas con que están escritos
el prólogo y los primeros versos del poema; la ver-
dad es que teníamos una magnífica historia de la Vir-
gen, escrita en prosa por el abate Orsini, y que ahora
tenemos otra en buenos versos escrita por Zorrilla y
García de Quevedo.

Si de la concepcion del carácter divino de Maria,
pasamos á la reparticion de la obra, encontraremos
una cosa que pudiera contarse por nuevo defecto, á
no depender del que antes dejamos señalado; toda
biografía en verso lo tiene, y no puede menos de te-
nerlo.—Allí la cronología ahoga á la poesia, las fechas
detienen la inspiracion poética, el libro llega á pa-
recer pesado cuando se le considera en conjunto.—Pero
aun no es este el defecto mas grande de la obra; lo
que en ella mas hemos encontrado que nos desconsue-
le, es la incorreccion lamentable con que está escrita.
Achaque fué siempre de Zorrilla despreciar el lenguaje
poético, y mezclar todo género de palabras en sus
versos; el señor Quevedo sigue su ejemplo, y no hay
palabra por baja y enrevesada que parezca, que no
pueda encontrarse en los momentos de mas inspira-
cion y los mejores trozos del poema.—Luego el pro-
saismo de muchos versos mata el oído menos exigen-
te, y el escritor menos purista no podria tolerar cier-
tos giros y locuciones sintácticas.—En las estrofas que
hemos ido contando como de las mejores del poema,
hallará el lector sobradas pruebas de nuestros aser-
tos.—Zorrilla en aquellas magníficas estrofas á Jeru-
salen, que son dignas del primer poeta del mundo,
dice que estaban

Sus puertas defendidas por soldados
extrangeros, corria en sus mercados, etc.

Es imposible pasar de un verso á otro con la frase
de peor y mas prosaica manera; el uso de la palabra
extrangeros que ya subrayamos tambien al citarla en
el principio de este artículo es indisculpable en esa
ocasion tal como está colocada.—El señor García de
Quevedo, dice en la primera de sus estrofas que he-
mos citado como buena:

Sobre una mesa limpia y reluciente.
Los panes de blancura resplendente.

Díganos el señor Quevedo francamente, si puede
darse peor descuido; tan grave es este, que no lo atri-
buimos sino á la precipitacion con que está escrita la
obra. Otra cosa debia esperarse de sus conocimientos
lengüísticos, y particularmente en el idioma latino, de
donde nos han venido aquellas dos palabras de idé-
ntico significado.—Zorrilla dice en una estrofa:

Era el ángel misterioso
Del sueño: al rumor sonoro
De sus alas los de oro,
Los de hierro hace brotar.

En esta locucion falta completamente la sintaxis;
la poesia no puede dar libertad para tanto; y el señor
García de Quevedo dice de Jesus en la primera estrofa
á la Ascension:

Las últimas miradas
Fijas aun en los que atras se deja
Las manos levantadas
Bendice y aconseja
La amada multitud de que se aleja.

¿Quién aconseja? ¿Jesus á la multitud amada, ó la
amada multitud á Jesus?—La estrofa no lo dice aun-
que se entienda lo que quiere decir, porque falta para
ello la preposicion *a*; aconseja á la multitud es como
puede decirse en castellano.—En medio de una od-
pindárica hallamos esta enrevesada y prosaica frase:
túrbido mareo; en lugar desentido encontramos *sensu*,
imitacion latina de muy mal gusto. ¿Y á qué poner
mas pruebas de lo que decimos?—El libro entero es-
tá lleno de semejantes defectos; pero ya no es
tiempo de decir como Quintilio *corrige sodes hoc*
et hoc.—Lo que importa es que el señor Zorri-
lla y el señor Quevedo se persuadan á un tiempo
de que el público no pide solamente que se le de-
muestre ingenio y talento, dando por señal quince ó
veinte estrofas soberbias ó una docena de páginas
bien escritas; obras acabadas pide, obras donde las
partes correspondan al todo, la ejecucion al pensa-
miento y el arte á las inspiraciones del genio.

Aristóteles sentó aquel famoso principio que será
norma de todos los siglos: «Lo bello consiste en la
grandeza y el orden. Un animal ó cualquier cosa hu-
mana que sea compuesta de diversas partes no sola-
mente debe tenerlas bien ordenadas y compuestas,
sino tambien en congruente grandeza.» De aqui sacó
Horacio aquello de *humano capiti*, y Martínez de la
Rosa dijo tambien imitándolo:

No aplacen las bellezas dislocadas
En el total deforme y monstruoso.

Esto aconsejamos, que no olviden á los señores
Zorrilla y García de Quevedo; esto quisiéramos que
tuvieran presente todos nuestros poetas contempo-
ráneos.

ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO.

LAS PLAGAS DE EGIPTO EN MADRID.

(Continuacion.)

PLAGA NOVENA.

TINIEBLAS,

O SEA EL POLIORAMA Y EL CROMOTROP.

(CAPRICHOS FANTASMAGÓRICOS.)

«Et factæ sunt tenebræ
horribiles in universa ter-
ra Ægyptæ.

I.

Anfitrión y mártir.

Mis amigos improvisados habian querido dirigirse
al café de la Esmeralda, pero yo me empeñé en que
habíamos de ir al del Iris. Allí me conocian, y aunque
me encontrase mas desplumado que un gallo, gracias
á mi crédito, podia retribuirles su fineza con otra igual.
Indignábame á la sola idea de que me tuviesen por un
petardista ó un mezuquino, mucho mas despues de los
elogios que me habia prodigado don Severo. Así, pues,
aunque nada abundante de metálico iba dispuesto á
obsequiarlos con régia magnificencia, á gastar hasta
doce cuartos en agua y azucarillos para los tres, con al-
gunas gotas (muy pocas) de ron; refresco el mas sen-
cillo, el mas aristocrático, el mas limpio y saludable
que se conoce, y que muchos prefieren á los otros
(cuando van acompañados y les toca pagar).

Pero estaba decretado en los impenetrables juicios
del Altísimo, que en aquel dia y en aquella noche fatal
había yo de ser víctima inocente sacrificada al egois-
mo, á la charlatanería y á la voracidad de Pimienta. A
los muchos chascos que habia sufrido, tuve que añadir
otro pecuniario, el mas terrible para mí y para mis lec-
tores, por cuanto me arruinó completamente, obli-
gándome despues á dar á los *PLAGAS* una estension
inaudita, *megatérica*, á fin de subsanarme de los que-
brantos y pérdidas consiguientes á semejante despil-
farro.

¡Desventurado de mí!... sin saber á quien convidaba, me apresuré á llamar al mozo, y les dije sonriéndome:

—Señores, pidan vds. lo que gusten, y nadie pague porque me incomodaré.

Hize una seña de inteligencia al fámulo, y aguardé á que contestasen que cualquier cosa, para mandar traer los tres susodichos vasos de agua con los tres consabidos azucarillos.

—Querrán vds. creer que el paseo me ha abierto las ganas de comer, dijo don Severo, irguiendo la cabeza y relamiéndose los labios con un aire tan gastronómico y enhambrado, que me herizó los cabellos, como si me encontrase á orillas del *Arapey* (1) con un tigre frente á frente.

—En canal te mandaría abrir!... dije yo para mí;— ¡infame viejo, que si como hablas tragas, ya estoy fresco!... En un año no pago mi deuda.

—Tomaremos algo flambre, contestó Alegrete.

—Sublimado corrosivo sería lo mejor, murmuré yo entre dientes.

—Oiga vd., mozo, añadió el famélico viejo, traiga vd. por lo pronto un poco de salchichon y jamon dulce.

—¡Cielos!... ¡doce reales!... suspiré yo.

—Un par de pollas asadas....

—¡Ufs! ¡ciento setenta cuartos! repetí revolviéndome sobre mi silla, como si estuviese sentado en un hormiguero.

—Dulces en conserva y dos botellas de Champagne.

—Santa Bárbara! ¡dos mil doscientos maravedises! yo empecé á dar diente con diente, no sé si de frío, de gusto ó de coraje.

—Y un boll de ponche quemado y cigarros habanos, dijo por último el asesino.

Aquí no pude mas, y me dejé caer de golpe sobre el respaldo de mi asiento, como un hombre que acaba de recibir una puñalada mortal, próximo á rendir el postrer suspiro.

—¿Qué tiene vd.? me preguntaron con fingido sobresalto los dos antropófagos tendiéndome la mano para que me incorporase.

—Nada.... un vahido.... les respondí, haciendo inútiles esfuerzos para poner un semblante menos descolorido.

Aquel pánico, aquel parasismo duró un minuto; la reflexión vino en mi ayuda, y animado de súbita energía, sacando fuerzas de flaqueza, me preparé á hacerles los honores de Anfitrión con toda la amabilidad y desenfado de buen tono que de mí podía esperarse.

Trageron los manjares y los dos convidados (no por mí, sino por sí mismos) empezaron, no á comer, sino á devorar; y confieso que yo no me quedaba atrás. ¡Es tan contagioso el mal ejemplo!... De lo perdido algo recogido, me decía para consolarme, y continuaba tragando y bebiendo como ellos, es decir, como un buitre.

Fué preciso traer otras dos botellas de *Sillery mousseux*: luego vino el ponche y copa tras copa, nos pusimos todos algo mas que alegres. El catalán tomó la palabra, y figúrense mis lectores cómo nos pondría la cabeza, electrizado con los vapores del champagne y del coñac, aquel formidable hablador á quien era imposible soportar en el pleno ejercicio de su razon.

Esto unido á las violentas emociones y al cansancio del viaje, al calor, al humo de los cigarros, á la multitud y al rumor de las gentes que llenaban los espaciosos salones del Iris, acabó por sumergirme en una especie de catalepsis físico-moral, en un lento y dulce letargo que me iba adormeciendo por grados, sin privarme completamente del uso de mis facultades intelectuales....

II.

Sonambulismo.

En esta situación noté ó parecióme notar que las luces del café palidecían, se amortiguaban, y por último se apagaban unas tras otras. Probablemente se habría interrumpido por alguna circunstancia casual ó intencional la circulación del gas, como ha acaecido mas de una vez en ese y otros establecimientos alumbrados del mismo modo, y pagábamos nosotros el descuido ó el capricho de la empresa. También pudo suceder que fuese ilusión mia. En Madrid no hay que admirarse de nada. Pero cómo quiera que fuese, ilusión ó realidad, efecto del vino ó de la falta de luz, ello es que mis amigos y yo nos quedamos á oscuras por largo rato, sumergidos en las mas profundas tinieblas.

Encontrábame yo en la misma situación de una persona que no está dormida ni despierta, en un estado intermedio entre la vigilia y el reposo. Quería conservar los ojos abiertos, y apenas los entreabría, una mano invisible me los cerraba otra vez; quería conciliar el sueño, y el mas leve rumor agitaba todas las fibras de mi cerebro, y hacia brotar dentro de él un millar de chispas refulgentes que se apagaban al encenderse; mil ideas inconexas, vagas, confusas, contradictorias, muertas al nacer, como las primeras ondulaciones de un lago, que espíran al dilatarse chocando contra la triple hifera de góndolas que dividen sus aguas de orilla á orilla, en direccion opuesta á la corriente.

Imágen del caos antes que el soplo del Eterno se parase la noche del día, el fango del aire, el agua del fuego, confundíase en mi imaginación la luz con la sombra, las postreras vibraciones del piano con el murmullo de la muchedumbre, las voces y recelosas pisadas de los que huían, con las carcajadas de los que se divertían en aumentar su pavor, el choque de los vasos, con el crugido de las sillas, y acaso el suave estallido de un regalado beso, con el agrio son de una bofetada.

Luego todo quedaba en un silencio sepulcral, todos callaban, todos prestaban el oído, y era tan grande el silencio, que se oía el imperceptible rumor producido por las alas de un insecto. A poco, las sordas imprecaciones, los gritos, las carcajadas comenzaban otra vez, y seguía el confuso clamoreo, el crugir de los vasos y de las sillas, las pisadas aceleradas y la interminable algarabía de los circunstantes. Indefinible confusión de palabras y sonidos que iba en aumento como un *crescendo* infernal, como las desacordes notas de una sinfonia diabólica, como los bramidos del huracán, penetrando por las hendiduras de un viejo castillo y arrancando á pedazos sus carcomidas almenas.

Un vértigo se apoderó de mí.... Extrañas visiones cruzaban por delante de mis ojos.... Visiones de aspecto multiforme, que tan pronto revestían la bellísima fisonomía de un ángel, como el semblante horrible de un condenado. Giraban en torno de mí frente al son de una música, ora apacible, melancólica y divina como una aria de Beethoven, ora lúgubre, estridente y pavorosa como el eco de la funérea trompa con que Lucifer convoca á los sabáticos festines á las brujas y hechiceros; y al girar alrededor mio, ya embalsamaban el aire con el aroma que traspiran los querubines; ya exhalaban melfíticas emanaciones, mas letales y mortíferas que las que arroja envueltas en su sombra, el *guao* (1), de las selvas americanas. Tendía la mano para coger la punta de sus alas ó los pliegues flotantes de su vestido, y escurríanse entre los dedos, dejándome unas veces las palmas tachonadas de oro y luciente pedrería, y otras ¡ay! de lodo y de ceniza. Para disipar mi enojo, ofrecíanme luego en canastillos de flores peregrinos frutos, y al ir á probarlos, tan pronto los encontraba frescos y dulces como la ambrosía, tan pronto ácidos, fétidos y amargos como la cicuta....

Entonces la poca razon que me quedaba acabó de abandonarme: perdíme en conjeturas; sucedióme poco mas ó menos, lo que durante los primeros dias de mi llegada á Madrid: todo era *tinieblas* para mí; quería, como la mayor parte de los que vienen por vez primera á la corte, saberlo todo, y no acertaba con nada; preguntaba el por qué de cuanto veía, y nadie me explicaba el *quid*; y las cosas, los sucesos, los hombres (y tambien las mugeres), eran para mí un logogrifo indecifrabable, un píelago de dudas y contradicciones, donde vagaba sin brújula, un torbellino que me arrebatava en su carrera, como arrebatava el bramador torrente al débil arbusto que encuentra en su camino.

Todos estos recuerdos se me agolpaban á la imaginación, y no sé lo que pasaba en mi interior, ni tampoco podria daros de ello una idea exacta. El idioma no tiene palabras bastante enérgicas para explicar todos los matices del pensamiento, todos los íntimos dolores y alegrías del alma, todas las gradaciones y combinaciones del sentimiento; pero era una cosa como fiebre, aturdimiento, delirio, anhelo de gozar, de confundirme con los dichosos convidados de aquel banquete de felicidad.... y luego, indecision, angustia, malestar, hastío y cansancio prematuro de lo mismo que anhelaba. Veja en Madrid al lado de lo mas grande que habia idealizado mi mente de poeta, lo mas abyecto y despreciable que puede engendrar la depravacion humana; los diamantes confundidos con la escoria; las rosas con los abrojos; el frescor y la belleza de la juventud, con la fealdad y hediondez de los cadáveres.... *tinieblas*, en una palabra.

No recuerdo mas ¡oh asendreados lectores y simpáticas lectoras! sino que mientras me abandonaba á estas filosóficas reflexiones, sentí bambolear mi cabeza, que se inclinó lentamente hasta tocar el frío mármol de la mesa; alzóla dos ó tres veces, y dos ó tres veces cayó en la misma direccion. No estoy bien cierto si cerré los ojos y puse el brazo por almohada, pero estoy segurísimo que á la tercera me quedé profundamente dormido.

Entonces, no puedo asegurar si el ponche ó mis elucubraciones anteriores, ocasionaronme uno de los sueños mas extravagantes que jamas se le han ocurrido á un ente irracional, como vais á ver si teneis paciencia para seguirme hasta el término de mi escursion por las egipcias plagas, y no desmayar al fin de la jornada.

III.

La cámara oscura.

De repente, por una de esas rápidas transiciones, tan comunes en los sueños, encontréme trasportado del café al salon del Poliorama, que como no ignoran mis lectores madrileños, está situado en el propio lo-

(1) Arbol de las regiones tropicales que ocasiona desvanecimientos y aun la muerte á los que se acuestan á su sombra.

cal, en la misma sala donde estuvo el ambigü duran-

te los bailes de Carnaval.

Pero como en el sueño generalmente todo es disparatado é inconexo, la primera cosa que me llamó la atención fué el extraordinario acrecentamiento que habia recibido aquel estrecho recinto, y la innumerable muchedumbre que lo llenaba: tendria lo menos dos leguas de circunferencia, y me pareció que allí estaba reunida toda la heterogénea poblacion de Madrid, ¡la friolera de 233,000 habitantes!

Antes de confundirme con aquel Océano de carne humana, me detuve en el umbral y eché una mirada indagadora á mi alrededor.

Me sorpresa subió de punto al notar el profundo silencio y el órden admirable con que estaban escalonados los diferentes grupos, ó llámense ondas, que lo componian. Aquí los políticos, allí los militares, allá los aristócratas, mas allá los literatos, acullá la gente comercial, millonaria y ochavera (como quien dice banqueros y vendedores de fósforos), un poco mas lejos los farsantes, etc.

Ignoro cómo pude verlos estando á oscuras, y cómo á lo mejor me encontré sentado al lado de Alegrete en una pequeña tribuna en medio del salon; y menos quien me colgó de cada oreja una maravillosa tromba acústica, por medio de las cuales percibia clara y distintamente los sonidos mas diversos, aunque hablasen todos á la vez, y hasta las palabras que se decian al oído, por mas retirados que estuviesen los circunstantes.

Cosas tan raras solo se ven en los sueños, donde todo se trastueca y confunde: el tiempo, los lugares, los sucesos, las personas y los objetos, como que la imaginación sin el freno de la voluntad sacude con sus alas todas las fibras del cerebro á la vez, y lo mismo salva las distancias, nos traslada en un abrir y cerrar de ojos de la Australia á la China, como evoca hechos acaecidos ahora cien años, y los aplica á las personas y acontecimientos del día; ó bien altera y cambia la forma de las cosas, y las combina de la manera mas extraña y singular.

La ciencia fisiológica todavía no ha podido dar una explicación satisfactoria de este fenómeno, y seria temeridad en mí pretender aclararlo. Seguiré, pues, contando lo que ví ó creí ver sin meterme en mas honduras, y ruego á mis leyentes que no den á mis palabras otro crédito que el que merecen los despropósitos de un sonámbulo. Seríame muy sensible que me atribuyesen intenciones que no tengo.

Empezaba el público á impacientarse, cuando ví aparecer en el fondo del Poliorama, entre una aureola de sulfúreos resplandores, á nuestro buen amigo Pimentón.... ¡Pero cuán desfigurado estaba!... ¿Han visto vds. cómo pintan al diablo?... Tenia rabo, cuernos, alas de murciélago, y garras en los pies y en las manos. Sus ojos lanzaban un fuego sombrío, y en la diestra blandía una varita mágica de hierro candente. Apartóse á un lado, y por via de exordio gritó con voz de trueno:

Señores y señoras: va á empezar la función titulada las TINIEBLAS, famosa coleccion de vistas diorámicas, en las que las figuras representadas por medio de la magia hablan y obran como la gente. Espectáculo nuevo en esta corte.

En seguida tendió su varita, y la primera vista se dibujó en el movable lienzo.

IV.

Primera vista. Tumbouctu.

—Aquí tienen vds., señores, dijo el demonio que hacia de *Cicerone*, la heroica y coronada villa imperial de Tumbouctu, ciudad misteriosa, que hace siglos ocupa la atención de los sabios, situada en la Nigricia Central, y capital del reino de su nombre, notable por mas de un concepto.

Singular y notable era en efecto la ciudad aquella: tan pronto ostentaba espaciosas calles, casi tiradas á cordel, semejantes á una hilera de árboles gigantes plantados en línea recta, como dejaba ver de perfil otras desiguales, lóbregas y escabrosas, como la serpiente de Ronda. Magníficos edificios, orgullo y prez de la moderna arquitectura, levantábanse al lado de casucas mezquinas, cuyos cimientos y exótica amazon daban sin duda del siglo XV, y si habia anchas plazas, no faltaban plazuelas que semejabán corrales de cerdos. Alrededor del cinto de piedra berroqueña que abrumaba su cintura, veíanse puertas con honores de arcos triunfales, y portillos resguardados por tablonas tan injuriados por el tiempo, que parecían reirse de su vejez y lastimoso estado al través de sus agujeros. Allí, hacia el Oriente, se estaba edificando un soberbio coliseo, pero no habia en todo Tumbouctu una mezquita, pagoda ó catedral, digna de la metrópoli de una nacion religiosa por excelencia. Finalmente, el terreno sobre el cual estaba edificada la ciudad, era una tierra árida, pedregosa é ingrata, que nada producía, en la que solo á fuerza de riego podia conservarse alguna vegetacion artificial, raquítica y mezquina, como los exigüos raudales que la alimentaban.

No habia comercio en la acepción legítima de esta palabra, no habia fábricas, no habia manufacturas, y sin embargo, allí venia á consumirse el oro, la sangre y la inteligencia de toda la nacion. Todas las provincias contribuían con sus mas preciados frutos á cubrir sus mas urgentes necesidades y á sostener su facticia opulencia. Aguila rampante que solo tendria

alientos para remontarse, mientras el sol de la corte la sostuviese en la altura con el calor de sus rayos. Liorna de aventureros; Jauja de empleados; purgatorio de los justos; cuartel general de una tercera parte del ejército; hormiguero de pretendientes; merienda de negros intrigantes; *rendez-vous* de opulentos holgazanes, que en nada tenían que ocuparse mas que en malgastar alegremente su salud, su tiempo y su dinero.... ¡eso era Tumbouctú!

Penetrando en su interior, perdíase la vista en las infinitas vueltas y revueltas, recodos y circumbalaciones, ángulos y triángulos, polígonos y pentágonos de sus numerosas calles. Largas estas como las horas de una cita de amor, cortas aquellas como los instantes pasados en la felicidad: estrechas, mal empedradas, sombrías, sucias y horripilantes unas, como las exigencias de una sesentena tan rica como fea, enamorada de un rapazuelo tan bien dotado en gracias corporales como desprovisto de cualidades metálicas: límpidas otras, radiantes, espléndidas, como las primeras impresiones de una virgen sorprendida prematuramente por el amor entre la infancia y la pubertad.

Los nombres de la mayor parte de estas calles, al par que revelaban el gran cariño que los antiguos tumbouctúenses debieron profesar á los cuadrúpedos y á otros objetos anti-poéticos, acusaban la indolencia y pésimo gusto de los modernos por mas que aleguen razones de conveniencia pública, que yo, tal vez por ignorancia, considero de escásimo valor, pues no alcanzo por qué no se ha de poder hacer allí lo que se ha hecho en otras partes y aun allí mismo en pequeña escala.

—¿Cree vd., pregunté yo á Alegrete señalándole al lienzo, que son muy bonitos y que despiertan ideas mas agradables, los *perros* y los *gatos*, los *osos* y los *gardenios*, los *burros* y los *lobos*, los *cuervos* y las *sierpes*? —Cree vd. que la *lechuga*, el *aguardiente*, el *carbon*, los *candiles* y las *espadas*, merecen dar nombre á las calles de una gran ciudad, cuando hay en su historia tantos hechos gloriosos, tantos nombres ilustres sepultados en el olvido?

—Amigo, contestóme el madrileño, vd. está en Babilonia, vd. olvida que esa ciudad pertenece á Africa, donde probablemente vivirán las gentes como perros y gatos, haciendo muchos de osos y otros de gardenios, sin que falten ciudadanos que devoren como los lobos, rebuznen como los burros, graznen como los cuervos, ó se arrastren como las serpientes. Estarán acuartelados por barrios, y en eso consistirá que se haya aplicado su nombre á las calles que habitan.

—Pero aun admitiendo la hipótesis de vd., añadí yo, ¿cómo se explican los otros nombres que nada tienen que ver con los instintos de esos animales?

—Muy fácilmente: por concomitancia, como dice Breton. La lechuga significará su afición al verde (emblema de la esperanza); el aguardiente su devoción á Baco; el carbon, el estado de su conciencia; los candiles, la pobreza de su espíritu; y las espadas, lo que siempre han significado, el reinado pacífico de la libertad, apoyada en el orden (de las tumbas), y en las garantías individuales (suspendidas).

El diablo ciceroni, como si hubiese querido aumentar nuestra confusion, estendió su varita, y las esquinas de las calles, y principalmente las paredes de cierto edificio bastante parecido al de Correos de esta corte, comenzaron á llenarse de anuncios escritos en tiras de papel, á cual mas peregrino por su lenguaje, por su ortografía y por las especies que contenían. Hé aquí algunos de los que se me han quedado grabados en la memoria.

«Una señora jóven y viuda que vive en Puerta-Cerrada, desea encontrar dos ó tres caballeros que la ayuden á pagar la casa. Se advierte que no es casa de huéspedes»

—Será de negocio á puerta cerrada, dijo uno de los espectadores.

«En la calle del Amor de Dios baja, en la de la Ventosa, en la plazuela de Aflijidos, etc., se da dinero....»

—Esta villa debe ser muy rica y filantrópica, añadió otro; todo el mundo ofrece dinero. No se ven mas que anuncios como ese en todas las esquinas.

«Memorialista y escribiente.»

—¡Demonio! ¿cómo vive esa gente? sentí murmurar á mi derecha; hay tres ó cuatro en cada calle. Tumbouctú tiene cien mandatarios para cada mandante, y quinientos escritores para cada lector. ¿Cómo se las entienden?...»

«Por tres riales diarreos en la costilla de los Desamparados, sea establecido una caza de guespedos donde se da de come vien, cama con dos colchones, senar agualus, y a muelso con un cuarto indepué dientes.»

—¡Ave María Purísima! exclamó persignándose una vieja, que á cien leguas traspasaba á ánima del Purgatorio (1), no haría yo esas iniquidades con mis pobres huéspedes, no les daría por todo el oro del Potosí, cuanto mas por tres reales, caza flautulenta, comida de colchones, agualus (sabe Dios qué clase de agua será esa) para cenar, y un cuarto de huesos para almuerzo. Asimismo no comprendo cómo esas brujas pueden realizar semejantes prodigios.

«Se vende aceite, jabon, velas, y otros comestibles.»

—¡Canario! repitió un médico; allí deben tener el estómago organizado de muy distinto modo que nosotros. El jabon y las velas figuran entre sus manjares.

(1) Ved en la Plaga de los truenos, Capuletti ed Montechi

«Se necesita una doncella para casa de un señor marqués; su precio, cuarenta reales.»

—Por Jesucristo, que la aristocracia ó el estado honesto andan muy baratos por aquellas tierras, salvajes al fin, se apresuraron á decirse varias personas, entre las que creí distinguir algunos flamantes Esculentísimos, y algunas urracas de las que el grave Quevedo llamaba zurcidoras de gustos y algebristas de voluntades desconcertadas.

«En la calle del Toro, número.... hace falta un matrimonio para servir á otro.»

—¿Cómo y bajo qué condiciones?... se preguntaron á un tiempo varias Evas y Adanes, que cansados recíprocamente de sus respectivos cónyuges, y siempre en guerra, encontraban bastante seductora la idea de vivir en paz octaviana, por medio de un contrato bilateral (ó mejor dicho cuadrilateral), que les habilitase para aceptar los buenos oficios de un tercero ó tercera en discordia. ¡Oh delirio de los juicios humanos! lisongeábanse que el susodicho ó susodicha por el mero hecho de ser voluntario ó voluntaria, les ayudaría á llevar con mas resignación la cruz del matrimonio por el calvario del hastío, de la indiferencia ó del odio.

«Doña Dolores Fuertes de Barriga, planchadora, que vivía en la calle del Molino de Viento, se ha mudado á la de Aunquespese, número.... piso 4.º cuarto 2.º de la izquierda. Tiene la entrada por detras.»

—¡Santa Bárbara! exclamaron algunos calaveras soltando una carejada homérica.

—No hay que reírse, señores, repuso gravemente un viejo pedante muy versado en clínica patológica, según aseguraba él; esas son anomalías, caprichos, fenómenos de la naturaleza. *Nihil novum sub sole*, dijo el sabio. En 1807....

No tanto las bromas de sus bulliciosos compañeros le obligaron á guardarse sus citas para otro día, como la algazara y picarescas observaciones á que daba origen otro de los letreros de la inmortal Tumbouctú.

EDUCACION DE SEÑORITAS.

ASEGURADA DE INCENDIOS.

—Yo me voy á casar á Tumbouctú, decía un chusco. —Allí lo entienden, contestaba otro, de nada vale una buena educacion, si las personas no están aseguradas de incendios.

—Bonitos tiempos alcanzamos para que nadie se fie ni aun de sí mismo, añadía este.

—Cuanto mas de sus mugeres, hermanas, hijas ó sobrinas, replicaba aquel.

—Si Eva hubiese estado asegurada, otro gallo nos cantara, murmuraba un monaguillo.

—El hombre es yesca,
La muger estopa,
Viene el diablo y sopla....

tarareaba un compositor de romances para los ciegos. Y todos, unos de chanza y otros de veras:

—¡ATumbouctú! ¡ATumbouctú! gritaban, allí únicamente se encuentran mugeres aseguradas de incendios, ó pueden asegurarse las que uno ya posee.

—Pero señor, ¿qué significan estos quid-pro-quos? ¿Esos anuncios y esos letreros tan originales? ¿es ilusión mía, ó hay en efecto en el mundo ciudades donde diariamente se disfruta gratis la lectura de cosas tan curiosas? ¿Estoy dormido ó despierto? ¿es esto verdad ó mentira?... decía yo dirigiéndome á Alegrete é interrogando con los ojos á Pimienta-demonio.

El ángel malo por toda respuesta, hirió con su varilla el aire, y la palabra *tinieblas*, cual súbito relámpago, brotó en letras de fuego en medio de la oscuridad. Cerré los ojos deslumbrados por su brillo, y cuando los abrí.... ya Tumbouctú había desaparecido....

V.

Segunda vista. La nave.

En su lugar veíase una velera y hermosa nave de enhiesta proa y elegante arboladura, hendiendo las tempestuosas ondas del mar irritado.

Combatida por contrarios vientos, ora avanzaba con ímpetu irresistible, ora retrocedía envuelta en densos torbellinos de hervidora espuma. Silbaba el huracán en las antenas, crugían los altos mastiles, retemblaban los cables y las jarcias, y dilatábanse las anchas velas, cual los turgentes globos de una jóven madre, henchidos del humor vital que ya no pueden contener.

El oscuro azul de Prusia del firmamento contrastaba con el azul-pizarra del mar; y la furia del rayo que se desataba en ardientes espirales, dividiendo la bóveda celeste como una espada de fuego, pronta á caer sobre la cerviz de la altanera nave; el fragor de los truenos que con su voz gigante parecían entonar el himno de su muerte, apenas igualaban la saña y el estrépito de las embravecidas olas, estrellándose en la popa, en la proa y en los costados del aligero bajel.

Cubierto con las níveas tocas de su flotante vestidura, surgiendo en medio del Océano, cuando las ondas lo elevaban hasta el cielo, antojábase el ge-

nio de las tempestades, de pie sobre un cabo gigantesco, marcando á los vientos desencadenados el rumbo que debían seguir; cuando descendía y se ocultaba entre las profundas ondulaciones de la líquida montaña que le sirvió de pedestal, creía yo ver una roca enorme ó una isla que se hundía, minadas en su base por la acción lenta de los años; si una ráfaga impetuosa lo tumbaba de costado, y dejaba al descubierto la negra superficie de la férrea quilla, orlada de una cinta roja, figurábame que veía el dorso ensangrentado de una ballena, herida por el harpon de sus alevos cuanto audaces y codiciosos enemigos; y no bien la arrogante nave se erguía potente y victoriosa, y desplegando sus blancas alas como un pájaro marino, deslizábase, no, corría, saltaba de ola en ola mas rápida que un pez volador, comparábala yo con el potro salvaje de los bosques del Chaco (1), cuando sorprendido al pie del arroyo donde ha ido á apagar su sed, revienta el lazo, el primero que ha aprisionado su cuello, sacude sus ondeantes crines, esconde la cabeza en los encuentros, y exhalando un prolongado alarido, semejante al metálico son de una barra de acero que rebota de peñasco en peñasco, lánzase á todo el ímpetu de su carrera, y siempre á escape,

¡Traspasa la alta sierra, el monte, el llano,

y corre, corre anhelante, desbocado, ciego, encontrando á veces la muerte en el seno de la libertad!

Así vagaba aquella hermosa nave á merced de la tormenta, sin norte ni rumbo fijo, perdida en la vasta inmensidad de los mares, al través de los escollos que por todas partes la rodeaban. La vista contemplaba con espanto los arrecifes, las vorágines, los remolinos, los bancos á flor de agua, que á derecha é izquierda, al frente y á retaguardia, abrian su enorme boca como esperando su presa. Sin duda la invisible mano de la Providencia dirigía al pobre bajel, y un soplo de sus labios paternales lo desviaba en el momento crítico del borde del abismo; porque á pesar de la imprevisión, ignorancia ó torpeza de los nauceros, él, aunque con lentitud, avanzaba despreciando el furor de los elementos, incontrastable y confiado en su destino, como un valiente campeón que en lo mas reñido de la pelea, se adelanta impávido y sereno entre el humo y las balas, resuelto á vencer ó morir.

Todos seguíamos con los ojos á la pobre nave, la acompañábamos con nuestros votos, y en la penosa incertidumbre con que reluchábamos, ansiosos de rasgar el oscuro velo que ocultaba su porvenir, hubiéramos querido tener allí á alguno que nos dijese su nombre, su procedencia, quienes la dirigían, adonde se encaminaba, si llegaría al término de su viage, ó sería víctima de las ondas.

El diablo tendió su varita y el mar quedó en calma, la nave viró de bordo y nos presentó su gallarda popa. Tumbouctú, leímos entre una orla de azabache mas negra que las *tinieblas*: ¡Tumbouctú! el poderoso reino cuya capital acabábamos de ver, estaba simbolizado en aquella nave.

Muy tristes ideas me asaltaron entonces.... aunque yo no habia nacido en aquel grande y desventurado pueblo, sentía correr su sangre por mis venas, y un impulso de secreto orgullo mas bien que la reflexion, me hizo comprender que no era á la muerte sino á su resurrección á lo que caminaba; que todavía Dios le reservaba para grandes cosas, y por eso cubría con un velo impenetrable su presente y su futuro. A los que él no ampara, no les envía como á los israelitas una columna de fuego que los dirija é ilumine la noche de su infortunio; á los que han terminado su mision, á los pueblos degenerados y envilecidos, no les presta aliento para despedazarse años enteros y luchar después de la derrota con doble fortaleza; ni cuando parecen estar mas abatidos, les lanza, como á David, un gigante do quiera vencedor, para probar su heroísmo y les grita: ¡abatidle! y cae el gigante derribado por su hercúleo brazo.

VI.

Tercera vista. Los enanos.

He dicho que al girar el Lucifer su encantada varita, el buque viró de bordo, presentándonos la popa. Entonces un espectáculo muy singular se ofreció á nuestras ávidas miradas.

Los pilotos, galafates y marineros que tripulaban la nave, todos eran enanos. Su estatura no llegaba á veinte pulgadas: apenas habia uno que otro que alcanzase á tres pies. Estos pasaban por gigantes entre sus compañeros.

Todos corrían de un lado para otro, ocupados en reparar los estragos de la tormenta; pero con tal precipitación, con tal anarquía y poco tino, que mientras uno clavaba un tablon, otro arrancaba cuatro; remendaba este una vela con gran trabajo, y en seguida aquel la suprimía por inútil; quien proponía acortar las vergas y la botavara, quien mandaba levantar los focos y contrafoques, y todos empeñados en llevar á cabo alguna reforma importante por distinto camino del que habian seguido sus predecesores, á menudo destruyendo la obra de estos por espíritu de contradicción, nada útil ni grande ejecutaban.

La falta de sistema neutralizaba sus mutuos es-

(1) Desierto de la provincia de Santa Fé en la república Argentina.

fuerzos; y como si esta pérdida de tiempo y materiales que podían aprovecharse mejor no fuese bastante, sus desatinados ensayos y encontradas maniobras destruían el aparejo del buque, entorpecían su marcha, y lo dejaban mas espuesto que antes al furor de los elementos.

Algunos de los espectadores se reían á carcajada tendida al contemplar el afán y estéril trabajo, los gestos y contorsiones de los enanos. Otros (y yo pertenecía á este número) lamentábanse de que se abandonara un bajel tan hermoso y de tan vastas dimensiones á los débiles brazos de semejantes pigmeos. He aquí, nos decíamos, la causa de sus repetidos descalabros y del desconcierto con que navegaba. Pretender que tales gentes lo dirijan bien, es lo mismo que exigir á un niño de tres años que domine, sujete y encamine á su albedrío á un robusto é indómito caballo padre.

Poco tiempo duró nuestro error: el puerto de Tumbouctu apareció á lo lejos y vimos dirigirse hacia el buque, sin duda para tomar el mando de él, á otros hombres, que en vez de ser enanos, parecían de talla patagónica; pero ¡oh fatalidad! ¡no bien pusieron los pies en el puente, no bien se apoderaron del timón, empezaron á disminuir de estatura de un modo tan visible, á encogerse y á achicarse tanto, que era preciso valerse de microscopio para distinguirlos de los demás enanos!

Los espectadores, incluso yo, abríamos tamaña boca soltando unos ¡¡¡Ah!!! y unos ¡¡¡Oh!!! mas grandes que todos los edificios donde están situados los diferentes ministerios de esta corte, y sin saber lo que significaban aquellas singularísimas metamorfosis, maquinalmente repetíamos en coro: ¡cosas de Tumbouctu! ¡cosas de Tumbouctu!...

¡Ay! no eran solamente cosas de Tumbouctu: una voz infernal salida del fondo del Poliorama nos contestaba: ¡Tinieblas!

VII.

Vista cuarta. La mesa revuelta.

Tornó el diablo á agitar su caduceo, y la nave se trasformó en una mesa, y los enanos en un montón de papeles impresos, que se me antojaron periódicos.

Como estaban revueltos y confundidos unos con otros no podía distinguirlos bien; pero si leer algunos fragmentos de los artículos que contenían, y voy á dar á mis lectores un *petit échantillon* de ellos, lo suficiente para que por la muestra conozcan el paño.

He aquí como se espesaban los susodichos:

«El *Calador*, secundando el *Clamor* de los pueblos, proclama el progreso indefinido.... (aquí había la punta de otro periódico y se interrumpía la oración: luego continuaba) y nos sobran motivos para creer que la nación está con nosotros.»

«La *Caña* (y no de pescar) solo aspira á hermanar la libertad con el orden, á huir de los extremos, á mantenerse en el justo medio, y obra así porque ese es hoy el sentimiento dominante en la *España*.... (1) todos los hombres sensatos opinan como nosotros.»

«La *Pauta*, al defender los principios conservadores, defiende los sacrosantos fueros de la *Patria*.... persecución.... violencias.... San Martín!.... no importa!... ¡detrás de nuestra bandera está el país entero!»

«La *Nación* disiente en la forma, pero no en el fondo en algunas cuestiones que nuestro apreciable colega el *Calador*.... si, no hay que hacerse ilusiones, nuestra opinión es la opinión general de la *Nación*.»

«El *Aguinaldo* (ministerólogo) acepta el progreso; pero aleccionado en la dura escuela de la experiencia.... y lo decimos con orgullo, nuestro periódico es el intérprete, el *Heraldo* de los verdaderos sentimientos y deseos de todos los españoles.»

«La *Espuela-lanza* repite y repetirá que no hay salvación para las sociedades modernas, mientras el trono y el altar no recobren su antiguo esplendor. Esa consoladora *Esperanza* la sostiene, y los fervidos votos de catorce millones de españoles que marchan en pos de ella.»

El *Pipilo* no vacila en declarar con Fourier, Chateaubriand, Napoleon, y Garrido (don Fernando), que la democracia está destinada en el porvenir.... El *Pipilo* cuenta con las simpatías de la parte mas sana é inteligente del *Pueblo* ibero; y por la fuerza inevitable de las cosas, tiene ya á su favor á la mayoría inmensa de la nación.»

Casi eclipsados entre las anchas columnas de sus colegas, asomaban á intervalos su vespertina faz, el *Boxeador*, la *Polka*, el *Vapular* y el *Carótico*. En los retazos que la vista alcanzaba, se leía con algunas variantes la misma cantilena de sus hermanos mayores. Todos representaban las tendencias, el espíritu, la opinión del país. El *Boxeador*, á fuer de *Observador* imparcial; la *Polka*, inculcando sobre las necesidades de la *Epoca*; el *Vapular*, pretendiendo ser el órgano mas *Popular* (de la situación); y el *Carótico* parapetándose en el dogma *Católico* y en los intereses del clero.

Nosotros ni mas ni menos
Nosotros somos los buenos.

(1) Los puntos suspensivos significan interceptación, por interposición ó superfetación de otro periódico.

Alrededor de la mesa veíanse algunos miles de ciudadanos, con aire de recelosa desconfianza, entre confusos, mohinos y fastidiados, ocupados en pasear la vista por encima de los periódicos, al son de una música celestial, compuesta exprofeso para ellos ¡ingratos! que al oír la alzábanse de hombros, se deshacían á muecas, toleraban que las narices se les dilatasen extraordinariamente hasta descansar en el suelo, y tocándose los dientes con la uña, se sacaban la lengua unos á otros, como para cerciorarse del estado de su salud, atendido el efecto de las píldoras que acababan de tragar.

Apuradillo se vería el pintor que intentase trasladar al lienzo el variado cuadro que presentaba la elocuente fisonomía de aquellos hombres; y dudo que el mismo Bellini, con todo su talento, acertase á espresar de un modo satisfactorio el himno joco-serio, el *Hossanna-miserere*, que parecían entonar sin entreabrir sus labios. Aquella grotesca cántiga, aquella indefinible salmodia podía interpretarse, pero no traducirse; porque era á la vez una apoteosis y una sátira, un grito de entusiasmo y otro de ira, un voto de gracias y una maldición....

Por fortuna, he olvidado cuanto allí se dijo con este motivo, y me alegro en el alma, porque se creían alusiones personales y se daría una interpretación torcida á mi inocentísimo sueño; y sé por experiencia que no conviene embravecer al valiente cuanto inexorable dogo, que el vulgo llama prensa. ¡Ay de aquel en cuyo individuo ó en cuyos escritos haga presa! Ya puede romper su pluma, esconderse como si estuviese atacado del mal de San Lázaro, ó bien.... (Esto no se dice, se hace cuando llega la ocasión.)

Deseoso, empero, de aclarar mis dudas, interrogué con el gesto y la mirada al enemigo de las *Plagas*.... mas ¡ay! por única respuesta colocó él sus afiladas garras sobre la mesa, y los periódicos comenzaron á liquidarse en una masa informe, negra y brillante como la tinta de imprimir. Al deshacerse cada periódico formaba una letra, y del conjunto de todas resultaba la palabra *tinieblas* repetida varias veces. Volví la cabeza entristecido; Pimienta sopló encima y cambióse la decoración.

VIII.

Quinta vista. San Hieronim.

La mesa y las letras desaparecieron lentamente de la oscura superficie, y una elegante y anchurosa llanura con dos hileras de árboles y una reja idéntica á la del Prado de Madrid, ocupó su lugar.

—San Hieronim, murmuró el diablo, paseo principal de Tumbouctu.

A un lado y otro había sillas y bancos de piedra, ocupados por una numerosa y escogida concurrencia. La que llenaba el fondo del salón y se paseaba de un extremo á otro, no era menos brillante.

A favor de mis dos trompas acústicas oí varios diálogos pronunciados en voz baja á un mismo tiempo á mi derecha é izquierda, no sé si por las figuras del Poliorama, ó por las personas que me rodeaban. ¿No quereis que os cuente algo nos?—¿Si? Pues allá van. Habíase detenido en la mitad del paseo una muger jóven, al parecer bellísima, con ánimo de sentarse, y decían simultáneamente:

Á MI DERECHA.

Encantadora, divina, graciosa, *espiritual*; reúne todas las perfecciones imaginables.

Tan virtuosa como bella: ha resistido al duque de *** al conde de *** y á otros mil. Su esposo, excelente jóven, leal y pundonoroso caballero, es digno de ella, y la idolatra.

Pasaba un ex-ministro y decían:

Á MI IZQUIERDA.

¡Gran cabeza! Dejó voluntariamente el puesto con dignidad, por no plegarse á ridículas exigencias.

Ha envejecido en el servicio de la nación siempre pobre y honrado.

A su lado iba un diputado; hé aquí lo que murmuraban.

Á MI DERECHA.

Su popularidad es inmensa, y prodigiosa su elocuencia. Se le oye horas enteras con el mayor

Á MI IZQUIERDA.

Tonta, sin gracia, fea, y de un feo tan subido, que raya en escandaloso é indecente.

Su vida es una novela en acción; tiene cada semana un amante; ha perdido todo, hasta la vergüenza, lo mismo que su marido, que es un verdadero filósofo, lo cual no obsta para que frecuentemente la festeje con algunos solfeos (vulgo palizas).

Á MI DERECHA.

¡Pobre diablo! Fué echado á puntapiés por imbécil, y hubo que sacarle la barra de turron de la traquiarteria con unas tenazas.

Tiene el defecto de no cortarse nunca las uñas, y las gasta siempre muy largas.

Á MI IZQUIERDA.

Cuando sube á la tribuna, la cámara entera coge el sombrero y echa á correr como si hubiese

placer, y generalmente sus discursos deciden las cuestiones mas borrascosas y difíciles.

La libertad es su ídolo; el honor su Dios; ejemplar en sus costumbres, sobrio, modesto, desinteresado, independiente, verdadero patriota; jamás ha renegado de sus principios. Es un excelente amigo.

Detrás de estos marchaba un general, y le colgaban los siguientes milagros:

Á MI IZQUIERDA.

Ha ganado la faja haciendo saluciones en ante-salas y bailes. Es un gallina, que se asusta hasta de su propia sombra.

Á MI DERECHA.

De simple soldado llegó á general, merced á su valor únicamente. En *** rindió con una compañía á todo un batallón.

Y á este tenor seguían los diálogos: de esta manera se ensalzaba ó deprimía á la vez, en el célebre paseo de Tumbouctu, la belleza, la virtud, la capacidad, el honor, el talento, la honradez, el patriotismo ó el valor de las personas. De vez en cuando algunos de los espectadores gritaban ¡calumnia! mientras otros aplaudían con frenesí. Yo por mi parte continuaba oyendo impasible aquellos juicios apasionados con la sonrisa del escepticismo, porque ignoraba quien decía verdad y quien mentira, y mis ojos no eran sobrado penetrantes para rasgar el tenebroso manto que circundaba la frente de los reos y de sus jueces, de los ídolos y de sus adoradores. ¡Alrededor suyo solo había *tinieblas*, *tinieblas* impenetrables, en las que se embotaba la vista mas perspicaz!...

IX.

Vista sexta. Los Bifaces.

El diablo agitó su talisman, y sin variar el lugar de la escena nos hizo ver á los que llenaban el pasco, bajo una nueva faz.

La mayor parte tenían entre el cerebelo y el cervigullo otra cara que hacia lo contrario de la que tenían delante, razan por la que los llamaban *bifaces* en el país.

Así vimos que felicitaban á uno con la delantera y le maldecían con la posterior; prometían su apoyo, su intercesión, su bolsillo y hasta su persona con aquella, y se reían del simple que los creía con esta.

No obstante, desempeñaban su papel con tanta perfección, que aun mirándolos por delante y por detrás dudaba uno si eran la misma persona. Todos gastaban una sonrisa tan afectuosa y unas palabras tan melifluas y corteses, que era imposible resistir á su encanto. Las mugeres en particular, distinguíanse por su gracia y volubilidad. Tanto ellos como ellas comprometíanse á todo con la mejor voluntad del mundo, se informaban de los menores detalles, allanaban con un gesto, con un ademán, con un *pues*, con un *ya*, con un *veremos* ó otra interjección equivalente, las mayores dificultades, dándose tal aire de importancia, de amigos ó protectores, que por poco dispuesto que uno estuviese á creerlos dejábase envolver entre sus pérfidas redes y admiraba su amabilidad, sus buenos sentimientos y desinterés, cuando muchos quisieran para sí muchas de las cosas que ofrecían.

Farsantes consumados y egoístas por costumbre, tenían siempre un arsenal de mentiras para salir airoso de sus compromisos, y lo peor de todo era que todavía sus pobres víctimas, defraudadas en sus esperanzas, les agradecían sus burlas, engaños y decepciones como verdaderos favores, atribuyendo á otros la causa de su mala fortuna.

Los forasteros que venían á Tumbouctu eran los que mas á menudo sufrían este bárbaro suplicio, condenados á vagar de Herodes á Pilatos, mártires de los traidores *bifaces*, hasta que se les agotaba la paciencia ó el dinero, y se marchaban á sus pueblos vomitando pestes, echando venablos, y renegando de los amables, políticos y oficiosos amigos ó protectores de dos caras, muy buenos segun se explicaban los agravios, para hacer con ellos un auto de fé, ó lo que viene á ser lo mismo, para reunirlos á todos, machos y hembras, viejos y jóvenes, á sus allegados y descendientes hasta la tercera generación, en un local á propósito, en el hipódromo, por ejemplo, y pegarles fuego por los cuatro costados, como á la mala yerba que crece en un campo inculto, ó como se hace en el continente americano con selvas enteras cuando se quiere dedicar al cultivo los terrenos que ocupan....

Repugnancia y disgusto invencible me causaban los bifaces, y volví los ojos á otra parte para no verlos. Un momento despues, la cavernosa voz del espíritu maligno me anunció que habían desaparecido de la escena.

(Se continuará.)

ALEX MAGARIÑOS CERVANTES.

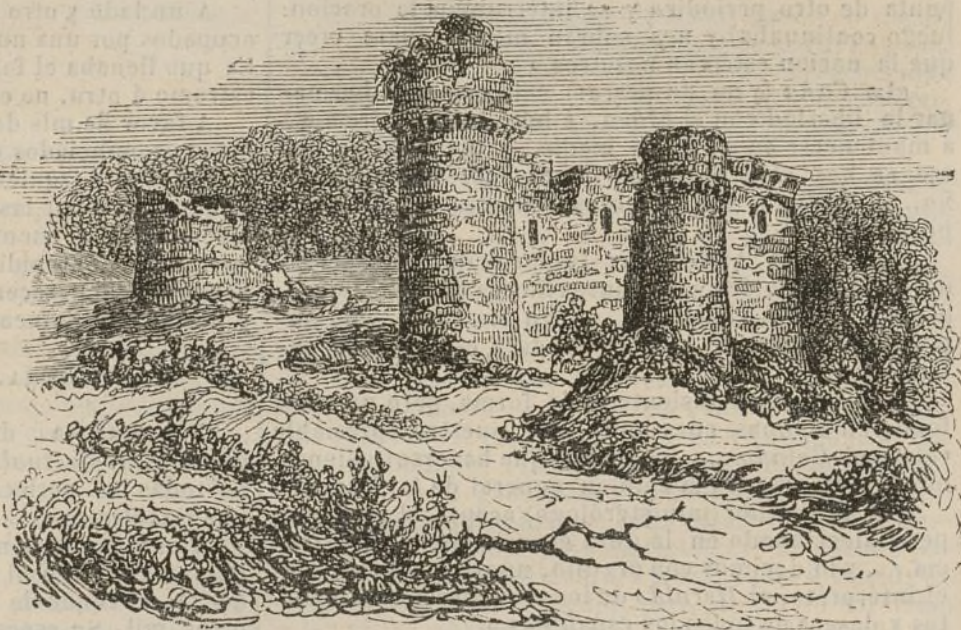
RUINAS NOTABLES.



Ruinas de Tiro.



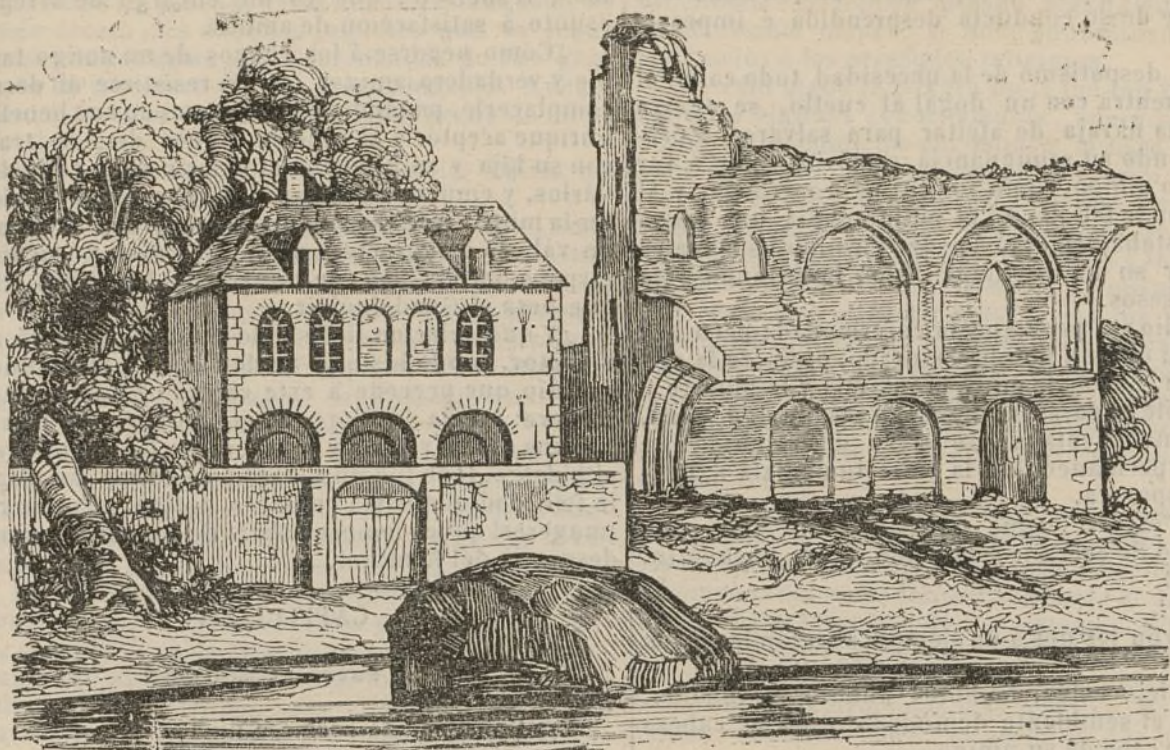
Ruinas de Burgos.



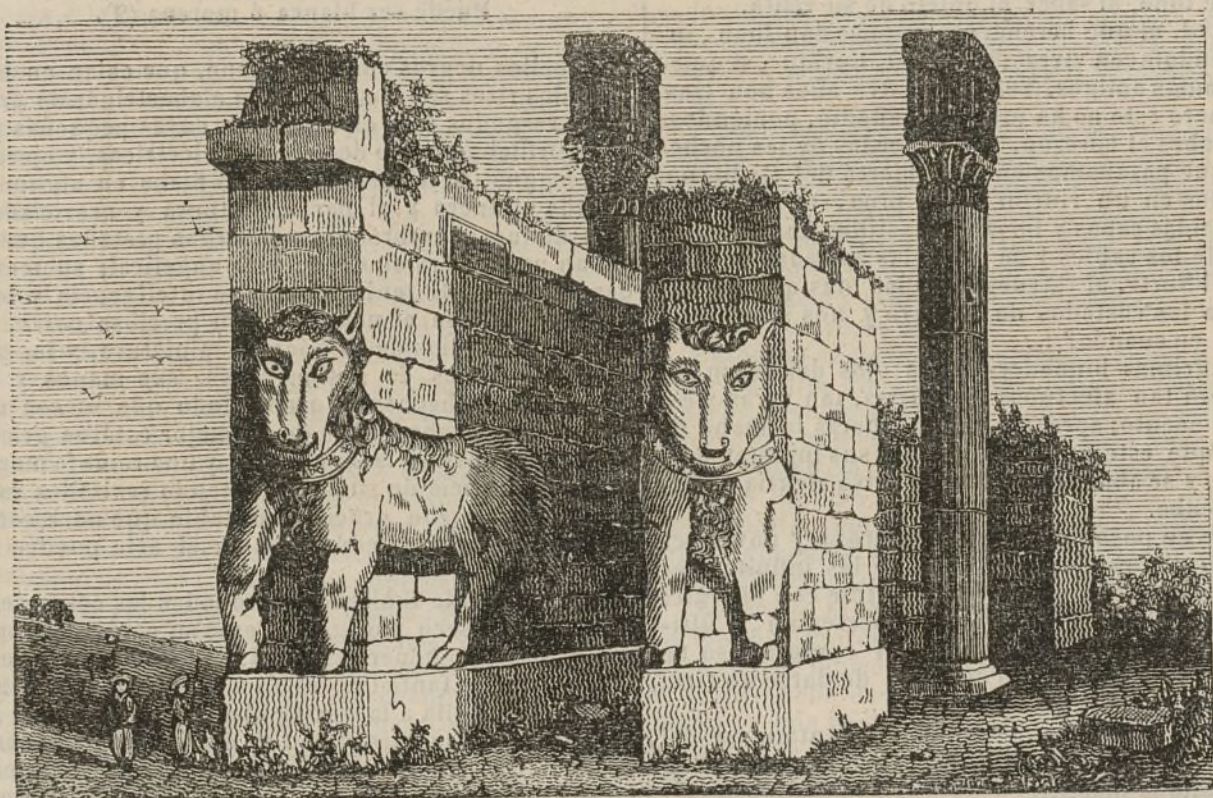
Ruinas del castillo de Crequi.



Ruinas de la abadía de Mortemer.



Ruinas de la antigua metrópoli de Cambrai.



Ruinas de Persépolis.



Ruinas del anfiteatro de Arlés.



Ruinas de Car'ago.

LA ESTRELLA DEL SUD.

NOVELA ORIGINAL.

POR DON ALEJANDRO MAGARIÑOS CERVANTES.

(Continuación.)

CAPITULO III.

Antiguas relaciones.

Logró Enrique acomodarse, y pasó diez años en Trujillo vegetando, hasta que se le proporcionó un buen acomodo en Lima: el cargo de cajero en una de las primeras casas de comercio de aquella populosa y floreciente ciudad, la primera de Sud-América entonces.

Pero alguna fatalidad le perseguía: á los dos meses de estar acomodado, sucedióle, no sé como, que se le estraviaron el mismo día de su vencimiento unas letras valor de 12,000 duros; y cuando fué á prevenir que las detuviesen, caso que las presentasen, se encontró con que ya hacia tres horas que habían sido satisfechas.

La suma era respetable, y entre justificar que realmente se le habían perdido, y pasar por ladrón ó pagarlo, no cabía alternativa. Felizmente nadie lo sabía. Enrique abrigó por un momento la esperanza de conseguir, por medio de préstamos parciales antes de las cuatro de la tarde del siguiente día, hora en que debía entregar el dinero, acudiendo á sus amigos, la suma necesaria para librarse del grave compromiso que pesaba sobre su honor.

Los amigos?... ¡Bah!... Buenos médicos para el bolsillo cuando se ve acometido súbitamente de algun ataque esperlático con ínfulas de trueno.... ¿sabeis lo que os recetan? un escrípulo de *nones*, dos onzas de *jarabe de pigo* y un sinapismo de *Dios guarde á usted muchos años*. Siguen el método homeopático: *Similia similibus curantur*. ¿Careceis de dinero y acudís al de ellos?... ¡Desatino!... ¿No veis que para curaros radicalmente es preciso que perdais hasta la esperanza de que os lo ofrezcan, siquiera por política? ¿No veis que la gana de comer se quita con el hambre, la escasez con la miseria, y un ligero escozor, con una irritación general que os eche á la sepultura en veinte y cuatro horas? ¿No veis que al que está suspenso de una cuerda, lo mejor es tirarle de los pies para que se esté quieto y no patalee tanto ni haga contorsiones y visages, que sino causan lástima, siempre desfiguran el rostro, y la caridad bien entendida manda socorrer al prójimo? ¿No veis que no dar nada al que nada tiene, es el bello ideal del referido método, porque *similia similibus curantur*?... Leed al padre de la homeopatía, Hahnemann, y á Schleider, y á Wohlfahrt y á Wolfsohn, y á Knorre, y á Kramer, y á Elwert, y á Fielitz y á otros mil todos ho-mé-patas distinguidos, cuyos nombres imitan ó se acercan al relincho de los caballos, al gruñido de los cerdos, al aullar de los lobos y al mahullido de los gatos, y hallareis confirmadas las verdades que acabo de esponer.

Los amigos de Enrique, ardientes partidarios del sistema de las *dosis infinitesimales*, se informaban muy despacio para no errar en su diagnóstico, se condolían del fracaso, prodigaban las frases de costumbre: ¡vaya un desastre! ¡Quién lo diría! ¡si cuando uno menos piensa!... ¡ah! resignación, lo que no tiene remedio.... ect.; pero todos se alzaban de hombros en cuanto oían que se trataba de aliojar trescientos ó quinientos *patacones* (duros) por vía de préstamo, cuyo reintegro tenía las mismas probabilidades de verificarse que los sacativos voluntarios que hace diariamente el gobierno (1), y con palabras muy urbanas y gestos de intensa pena le insinuaban que las circunstancias críticas en que se encontraban no les permitían servirle, como desearan con todas las veras de su corazón, añadiendo para mayor consuelo de tripas:

—Vd. sabe que se le quiere y aprecia: en otra cualquier cosa puede vd. ocuparme, con la plena confianza de que será atendido en el acto.

Lo que me trae á la memoria la costumbre de cierto acaudalado comerciante gallego, residente en *Paysandú* (2), que lo primero que dice á sus recomendados y á los que conoce van á pedirle algun favor, es: para ahurrar tiempo y acurtar razones, prevenga á vd. non siendu diñeiro nin cusa que lu valga, poede vd. que ucuparme en lu que justare (gustare.)

Alguno mas caritativo ó truhan, le citó á varios que se hallaban en el caso de servirle, y entre estos nombró á don Juan de Serelar, excelente sugeto, muy bondadoso y amigo de hacer obras de caridad.

Ir á su casa era lo de menos, pero la dificultad consistía en que Flores no le había vuelto á ver desde que se desembarcaron la vez primera que estuvo en Lima, porque se hallaba en Venezuela, y la presente, porque se figuró que, á pesar de cuanto oía decir acerca de su bondad, las riquezas le habrían infatuado, y no quería que se figurase iba á pedirle algun favor. Tal vez el amor propio entraba por mucho en

estos cálculos; pues la prosperidad de don Juan era un reproche de su conducta desprendida é imprevisora.

Ante el despotismo de la necesidad todo calla: el que se encuentra con un dogal al cuello, se agarra hasta de una navaja de afeitar para salvarse. Enrique, venciendo su repugnancia, resolvióse á ir á ver á su antiguo amigo, como su última esperanza, y si esta también le fallaba, si él no le tendía una mano salvadora estaba decidido á poner término á sus males y rehabilitar su honor mancillado, levantándose la tapa de los sesos.

El remedio era peor que la enfermedad; pero hay ocasiones en que un hombre honrado, presa de la desesperación, no vacila entre la infamia y la muerte.

Latiéndole el corazón, llegó á casa de don Juan, que casualmente estaba solo en su despacho; hizo anunciar, y permaneció en la pieza inmediata aguardando la respuesta.

—¿Dónde está?... ¿que pase adelante? gritó don Juan dejando de escribir y saliendo á su encuentro.

—¡Flores!

—¡Serelar!

Esclamaron los dos á un tiempo abrazándose con efusión.

—¿Qué viejo estás, hombre! añadió el hidalgo, fijándose en el semblante demudado y en la cabeza enteramente cana de su amigo.

—Si vd. supiera.... respondió él mas confundido por tan inesperado recibimiento, y temeroso de que mudase de tono, al saber el objeto de su visita.

—¿Qué vd. ni qué berengenas! repuso don Juan, interrumpiéndole con viveza; tú por tú, Enrique, si quieres que seamos amigos. Veintey cuatro años han trascurrido; pero este no ha mudado. añadió, poniéndose la mano sobre el corazón. ¿Te acuerdas de las noches de luna que pasábamos en la cubierta del Gaditano, acurrucados en un rincón de la proa, envueltos en nuestras raidas capas y forjando castillos en el aire, al zumbido de los cables y de las velas agitadas por los vientos del Norte, al estruendo de las olas que chocaban contra los costados de la nave y nos salpicaban de cuando en cuando?...

Las lágrimas humedecían los ojos del buen hidalgo, y era tan afectuosa su sonrisa, tan veraz y expresivo su acento; apretaba con tal fuerza la mano de Enrique, que este hubo de deponer sus injustas prevenciones, y se abandonó á la expansiva alegría que él le comunicaba.

Contóle en pocas palabras su azarosa y novelesca historia; hizo una rápida reseña de las infinitas penalidades por que había pasado; pintóle con enérgica vehemencia el hado adverso que le perseguía, y últimamente, acabó por manifestarle el compromiso en que se veía y su resolución decidida de darse un tiro, si le faltaba su última esperanza.

—¿Estás loco? esclamó don Juan levantándose del sofá donde se habían sentado, y tocando la campanilla; ¡pues no faltaba mas!...

Un dependiente se presentó.

—Diga vd. al señor Rodriguez que venga al instante; está en los almacenes, añadió el patron, frotándose las manos con visibles señales de alegría, y volviéndose á Flores, que esperaba con silenciosa ansiedad una respuesta categórica, díjole sonriendo:

—Enrique, eso no vale nada.... quisiera que fuese cien veces mas, para que probases hasta dónde llega el aprecio y cariño que te profeso.

Su amigo le tomó la mano y se la apretó fuertemente sin poder hablar, inundados los ojos de lágrimas.

—Si algun dia puedes, y no te hace falta, y yo me veo reducido á la pobreza, me devolverás el dinero que te presto, repuso don Juan con intencion, deseando no humillarle y tener que sostener un acalorado debate para hacerle aceptar directamente como lo que era en realidad, como una limosna; cuando por medios indirectos y sin mortificar su amor propio, podía conseguir el mismo resultado, es decir, despues que hubiese Enrique dispuesto del dinero, persuadirle que él, don Juan, no había hecho mas que pagar una deuda de amistad; y que no pensase en pagarle, porque era demasiado rico para necesitar tan insignificante cantidad.

La presencia de Rodriguez, que era el cajero, evitó el entrar en mas discusiones. Dióle Serelar la orden de que pusiese á disposicion de Flores, en la forma y plazo que tuviese este á bien, la suma espresada antes.

El cajero hizo una reverencia y desapareció.

Siguieron hablando los dos amigos largo rato, recordando los felices tiempos de su juventud y los episodios mas notables de su existencia. Y despues de haber satisfecho su mútua curiosidad, don Juan propuso á Enrique si quería venirse á vivir á su lado, desempeñando el destino del sugeto que acababa de marcharse.

Escusóse Flores diciendo que, aunque recibiría en ello gran merced y satisfaccion, no le gustaba perjudicar á nadie; y que si estaba contento de la actividad y celo de Rodriguez, no le parecia justo despojarle para ocuparle á él, que por su edad y sus achaques, no podría acaso sustituirle dignamente.

—Es en efecto, un apreciable sugeto, contestó don Juan, pero ha mucho tiempo que me está importunando para que le envíe á Sevilla donde tiene su familia, interesándole en los cargamentos de frutos coloniales, que envió todos los años á aquel punto. Con que, va-

mos, resuélvete, que yo me encargo de arreglar el asunto á satisfaccion de ambos.

¿Cómo negarse á los ruegos de un amigo tan noble y verdadero amigo? ¿Cómo resistirse al deseo de complacerle, pagándole de algun modo sus beneficios? Enrique aceptó, y al cabo de quince dias se trasladó con su hija y su hermana al palacio de la calle de San Carlos, y empezó á desempeñar sus nuevas funciones. En la misma mañana su antecesor, loco de alegría, con un valioso cargamento de cacao, añil y cochinilla, zarpaba del Pacífico con direccion á las bellas riberas que besa el Guadalquivir.

¿Y qué relacion tiene todo esto, preguntará acaso el lector, con la historia de don Juan y el gerundiano exordio que precede á este capítulo? Casi nada, una friolera: la hija de Flores no era muger, sino una sirena, una diosa; y verla y enamorarse locamente de ella el hidalgo, todo fué uno. Perdió su calma, su alegría y la felicidad que hasta entonces gozara. ¡Ah, mugeres! ¡mugeres! ¡que siempre habeis de causar la ruina y la desgracia del hombre!... (1).

CAPITULO IV.

La estrella del sud.

Era Emirene una hermosa niña,

De tez purísima y fresca,

Que puesta á distintas luces

Puede ser blanca ó morena (2).

de cabellos negros como el ébano, que caían en perfumados rizos sobre su espalda alabastrina; de grandes y rasgados ojos de azabache, cuyas pequeñas pupilas brillaban como dos chispas eléctricas, y ejercían una magnética influencia cuando fijaba en alguno su mirada altanera y al par voluptuosa y acariciadora: ojos divinos, sombreados por largas pestañas que les daban una espresion de dulzura angelical; su tersa y despejada frente tenía un aire de inteligencia y bondad en perfecta armonía con su preciosa nariz, los sonrosados labios de su boca en miniatura, y los graciosos hoyuelos de sus mejillas: sus manos y sus pies parecían hechos á torno: dudo que fuesen mas pequeños y acabados los de la mejor estatua griega: una sílfide envidiaría su cintura, y una reina la magestad y arrogancia de su porte; estando realizadas estas dotes por aquella gracia inimitable que nace con la persona, y que ni la educacion ni el arte pueden suplir.

La belleza de Emirene, como todas las cosas de un mérito intrínseco y original, tenía su carácter propio, pertenecía á un género especial: por eso causaba desde la vez primera tanta impresion á los que la veían. Predominaba en ella á la vez el idealismo del Norte, la hermosura de su pais, y el tipo árabe mezclado con el español, tipo que no se encuentra sino en Andalucía y en sus bellas descendientes del otro lado del Océano.

A la belleza física que fascina y seduce, reunía Emirene esa aureola de juventud, pureza é inocencia, que no siempre corona una frente virginal:

«Rosa de amor, dentro de sí embebida
«Con su candor y perfumada esencia;» (3)

las inflexiones de su voz argentina y melodiosa penetraban dulcemente en el alma, vibrando como una música celestial. Reflejábanse en su semblante, con la velocidad del rayo, sus menores impresiones. Leíanse en sus ojos alternativamente el deseo, la ternura, la piedad, la ira, el despecho, la impaciencia ó la indignacion; al mismo tiempo que se coloreaban, palidaban, ó dilataba una sonrisa irresistible sus mejillas de clavel. Sabia mandar sin desplegar los labios, y conseguir lo que quería con una palabra afectuosa ó una mirada de cariño.

Al formarla quiso sin duda la naturaleza hacer una obra perfecta, añadiendo á sus gracias corporales, para realizar mas sus hechizos, una inteligencia privilegiada, una sensibilidad exquisita, una imaginacion de fuego, y un corazón noble, tierno y generoso.

Nada me quedará que añadir si recuerdo que en todos tiempos las mugeres hermosas de Lima, han tenido fama de ser lo que realmente son: encantadoras, divinas: y que Emirene, al aparecer por vez primera en la sociedad, despues de su matrimonio, fué proclamada «La Estrella del Sud,» queriendo significar con el nombre de la mas bella y magnífica constelacion de nuestro cielo, su preeminencia sobre todas las bellezas de su tiempo (4).

Emirene era buena por instinto; hacia el bien sin reflexionar, obedeciendo á una necesidad de su alma simpática. La vista de las miserias ajenas la condolía en extremo. Desde pequeña encontraba un gran placer en pedir á su *tata cuartillitos* (5) para darlos á los pobres. Se llenaba de tristeza cuando veía acercarse á su ventana á alguna desgraciada madre con tres ó cuatro niños como ella, que le decían que no

(1) Ruinas y desgracias ocasionadas por las mugeres. (3)

(2) Zorrilla, Margarita la Tornera.

(3) Martinez de Aguilar. Laida.

(4) Relacion de la belleza física con la moral. (6)

(5) Pequeñas monedas de plata del valor de medio real de vellón, ó sean 25 reis nuestros. Hoy apenas se encuentra una; han desaparecido asi como la plata y oro cortado. En tiempo del gobierno español eran muy abundantes.

habían comido; y muchas veces cuando estaba sola, no teniendo dinero, les daba los juguetes que la regalaban los amigos de su padre, prendados de sus gracias y de la travesura de su precoz ingenio. Luego, cuando su tía le preguntaba qué había hecho de ellos, contestaba muy seria:

—Se me rompieron y los tiré á la calle; ó bien, los dejé en la ventana y se los han llevado.

La tía se incomodaba y la reñía ágridamente, Emirene bajaba la cabeza y se echaba á llorar. La solterona se enternecía entonces, la abrazaba, y la hacía callar á fuerza de besos y caricias. La sumisión y mansedumbre de su sobrina la desarmaban al punto; la picarilla lo conocía, y en cuanto la veía enojada, inclinaba los ojos, suspiraba y se deshacía en llanto.

La señora doña Manuela (pues me parece un sacrilegio llamar señorita, como acostumbra los franceses, á una mujer de cuarenta y ocho años, magüer estuviese condenada á ser enterrada con palma); aunque muy pedante y amiga de dominar á todos en la casa, empezando por su hermano, tenía un fondo escelente. Lástima grande que las buenas cualidades de su corazón estuviesen oscurecidas por los malos hábitos, contraindidos en la descolorida y monótona existencia, á que su mala suerte nada más, la había condenado. No nació para ser soltera, hubiera sido una buena esposa, tierna amante, y mejor madre de familia.

Aunque el principio de la predestinación es absurdo, antisocial, y no puede admitirse, porque conduce á la impiedad, y entonces no habría una razón de premios y castigos; la inteligencia sería un sarcasmo, el alma un contrasentido; el bien ó el mal indiferentes, y la creación una burla cruel y estúpida; parto de no sé qué potencia maléfica que se gozase en los padecimientos, lágrimas y miserias de la especie humana, es indudable, á pesar que no lo comprendamos, que existen personas que nacen con una suerte loca, y otras por el contrario, que parecen predestinadas al infortunio desde que abren sus ojos á la luz. Diríase que una fatalidad ciega las persigue desde la cuna: para ellas la vida es un páramo desierto, donde no se encuentra una sola flor. Las pasiones se desenvuelven en su pecho con actividad matadora: precoces en todo, buscan con demasiada premura la realización de sus esperanzas, y cada año, cada mes, cada día que pasa, ven marchitarse al soplo de la desgracia, una ilusión querida que abrigaba su mente.

Doña Manuela pertenecía á este número, y diré que había nacido con mala estrella, en la imposibilidad de valerme de otro término que espese la idea de ser desgraciada sin culpa, cuando buena, hermosa, sensible, instruida, porque la pedantería vino después, virtuosa, y en una decente medianía, siempre fué desgraciada en sus amores, y marchando de desencanto en desencanto se encontró sin merecerlo á los treinta años, con su juventud agostada, llena de canas la cabeza y de pesares el corazón.

Obligada á renunciar al amor, á esa esperanza, que como ha dicho perfectamente Mad. de Staël, es la única felicidad de la mujer, entregóse á su inclinación favorita, la lectura; y dió en la manía peor en que puede dar una persona de su sexo, cuando no la acompañe un gran talento que justifique sus pretensiones, y borrar en cierto modo el ridículo con que la sociedad, justa ó injusta (es cuestión que está por resolver), castiga á la que trata de salirse de la esfera en que su fallo soberano, y acaso el de la naturaleza la colocan. Doña Manuela sabía el francés é italiano, y se dedicó con gran fervor al latín y al inglés, para poder leer los autores originales: dejó á un lado las novelas, y se enfrascó en los volúmenes en 4.º mayor de la biblioteca de su padre, que, como buen abogado y hombre de talento y profunda instrucción, tenía muchas y selectas obras. Leyó sin tino ni discernimiento, y sin tener las nociones necesarias para apreciarlos en su justo valor, cuantos libros le parecieron dignos de fijar su atención; se llenó la cabeza de un farrago de ideas falsas, opuestas, contradictorias y repulsivas: contrajo el hábito de considerar las cosas bajo un punto de vista esclusivo, y la irritante manía de las generalizaciones; y confundiendo el oropel con el oro, admitió como verdades inconcusas hasta los sofismas que no comprendía (1).

La hermana de Enrique sintió vacilar su fé y debilitarse sus creencias religiosas. Una negra melancolía se apoderó de ella, y creyéndose poseída de algún espíritu maligno, volvió á deponer sus cuitas al pie del confesonario.

Quiso su buena suerte que el sacerdote á quien se dirigió, fuese un hombre instruido, conocedor del corazón humano, y lleno de tolerancia y piedad. Aconsejóla que dejase de leer aquellos libros, y los sustituyese por otros mas adecuados á su estado; manifestóla que nunca debía separarse de la religión en que había nacido; y acabó por convencerla de que, sin verdaderas y sólidas creencias, es imposible ser feliz en el mundo.

Era tal la fuerza y unción de sus palabras, hicieron tal impresión en su ánimo, que en las primeras semanas, no volvió á leer ningún tratado de filosofía. A fuerza de pensar en las razones del ilustrado sacerdote, grabáronse en su mente las sublimes verdades que la revelara, y en ellas inculcó á su sobrina desde que abrió sus ojos á la razón.

Sin embargo, los malos hábitos una vez contraindidos,

difícilmente se vencen; pasado algún tiempo volvió á su detestable manía, si bien subordinando siempre sus juicios á los principios religiosos.

De este modo la lectura no le fué tan infructuosa: adquirió algunos conocimientos, anárquicos por supuesto, é incompletos por faltarle la base en que debían apoyarse; pero, depurándose poco á poco sus ideas en el crisol de la fé, llegó al fin á comprender y á analizar perfectamente aquella parte de la filosofía que pertenece á la moral, y se refiere á las relaciones del hombre con la divinidad: y lo mismo en otros puntos en que el sentimiento y esa luz natural que Dios nos ha infundido con la razón, bastan para que hallemos en nosotros mismos, cuando meditamos, libre el ánimo de preocupaciones y de orgullosos pensamientos, una respuesta mas satisfactoria á las dudas que nos asaltan, que en las interminables disputas de los sabios.

Pero cuando pretendía internarse en los problemas psicológicos é ideológicos, es decir, en el exámen de las facultades intelectuales y en el conocimiento de los fenómenos del entendimiento; cuando se lanzaba en el enmarañado laberinto de los sistemas filosóficos, de las abstracciones, generalizaciones y cuestiones metafísicas, era insoportable. Confundía todas las doctrinas y hasta los principios mas sencillos, hablaba horas enteras sin decir nada, ni permitir que la interrumpiesen, con una ceguera y un calor, propios del mas insignificante ergotista; y no contenta con esto, creyendo que la humanidad podía reportar algún fruto de su ser meditabundo púsose á escribir un extenso «Tratado-crítico-apologético-razonado-y-científico, sobre la influencia y utilidad del estudio de la filosofía en las mujeres.»

Felizmente no encontró un librero que ni de valde quisiera imprimirsele: ya por su brevedad (quiere tomos en folio), ya por la sublimidad del estilo, claridad y método que lo hacían ininteligible.

Doña Manuela no se desanimó por eso, y como todos los autores despreciados, se contentó con atribuir á la ignorancia y avaricia de los editores lo que era efecto de su propia nulidad.

Entonces se dedicó á la amena literatura, y empezó un poemita en 150 cantos, número hasta el cual pensaba Byron estender su don Juan, si el ala de la muerte no hubiese apagado la colosal hoguera de su genio: titulábase (el de la Poetisa granadina, no el de el Bardo inglés): «La carne y el espíritu,» y hubo de suspenderlo, porque al tratar de publicar el primer tomo, encontró las mismas dificultades que en el «Tratado-crítico-apologético-razonado-y-científico.»

Tal era la mujer á quien estuvo confiada la educación de Emirene, desde la tierna edad de cuatro años en que murió la que le dió el ser; y en honor de la verdad debo decir, que fué para ella una verdadera madre, y que hasta sus mismos defectos refluían en beneficio de su educanda. A los ocho años la había enseñado á escribir, á leer y bordar. A los doce años Emirene el italiano, el francés y el inglés; y deseando su tía que fuese completa su educación, le tomó de sus ahorros un maestro de dibujo que tambien la enseñó á retratar en miniatura, y no pudiendo hacer lo mismo por la escasez de recursos, con los de baile, música y canto, se empeñó con dos de sus amigas, profesoras en el ramo, que se prestaron muy gustosas á acabar de pulir aquel diamante en bruto, como decia la señora doña Manuela.

El continuo desvelo de esta, la superior inteligencia de Emirene, la docilidad de su carácter, sabiéndolo manejar, el aislamiento en que vivía á causa de la pobreza de su padre, el sincero deseo de corresponder por su parte al cariño de su mentora, y á la bondad de las personas extrañas que se prestaban á servirla solo por hacerla un favor: y sobre todo, la satisfacción de merecer los elogios y alabanzas con que todos la abrumaban, la sirvieron de estímulo para dedicarse al estudio con un ahínco y perseverancia rarísimos en su edad. Y como era tan inteligente como hermosa, como ponía toda su atención en lo que la decían, y cuando no comprendía ó no podía hacer alguna cosa hasta quedar satisfecha, se obstinaba en no pasar adelante, y hasta lloraba de despecho, si después que se la explicaban varias veces no la entendía ó comprendía bien, sus facultades intelectuales se desarrollaron en una progresión relativa á la buena disposición recibida de la naturaleza, á los esfuerzos particulares del individuo, al interés y ciencia de los maestros.

A los catorce años sabía Emirene cuatro idiomas, bordar, retratar, bailar, la música, el canto, y sobre todo, leer y escribir bien; cosa no muy común entre las personas del sexo encantador, que, cuando leen un libro en ayunas ó antes de comer, ni almuerzan ni comen: ¿y por qué?... algunas maldicientes aseguran que para que no se les redondee la cintura (1); ¡pero, qué!... el verdadero motivo es porque leyendo se han embaulado, como quien echa cartas al correo, una dosis muy decente de letras, puntos y comas, así como cuando escriben sus billetes en papel satinado de color de rosa, muy perfumados de azahar y doblados en forma de corazón ó triángulo, acostumbran suprimir los signos ortográficos por insustanciales y redundantes, y trazan ciertos caracteres *sui generis*, que ni los mismos hierofantes egipcios serían capaces de descifrar.

(1) Explicaré esta frase, para que no la interprete maliciosamente la malicia de los maliciosos maldicientes: por no engordar.

frar. Tengo en mi poder uno de estos geroglíficos, dirigido á un amigo mio por una de las damas mas bellas y elegantes de.... (las alusiones personales siempre son peligrosas é inmorales: callaré por lo tanto el nombre de la ciudad), el cual empieza (se ha procurado, gastando un dineral, la friolera de 100,000 duros, tirar el *fac-simile* de este precioso documento: las planchas se han mandado hacer á Inglaterra, etc.): empieza así:

Mi ago carago q'et es un caballo (1).

Lo mismo podría decir de las que pretenden saber algún idioma, y cuando uno les habla contestan á todo: *jouii, ouii, trèsbien! ¡yes, very good!* y otro tanto de las dengosas, que se hacen rogar dos horas y media para cantar ó tocar, y despues de mil excusas, á cual mas impertinentes, concluyen por despedazarnos el tímpano con algún wals churrigueresco, ó con una canción capaz de asustar al mismo Midas, á quien, según la fábula, le nacieron orejas de asno por haber negado á Apolo el premio de la armonía. Sin embargo, nada diré sobre el particular, porque no lo tomarían á bien algunas de mis lectoras que tienen esta recomendable costumbre y me limitaré á suplicarlas humildemente, que la abandonen cuanto antes, sino quieren que descargue sobre sus delicados hombros el varapalo de mi justa crítica, ya que no me sea dado ni me agrade convertirme en modista y hacerles un buen regalo (un vestido de rica *felpa v. gr.*) tomándoles la medida desde el occiput á los talones, con otra cosa que con una leve cinta.

Emirene, pues, poseía á los diez y seis años, época en que empieza á figurar en esta historia, una instrucción sólida y todos los conocimientos que pueden adornar á una jóven aprovechada á esa edad. Lo que no parecerá extraño, si se considera que en América, el desarrollo de la inteligencia es mas precoz que en Europa, y que en ella concurrían circunstancias especiales, que se aunaron para facilitar el camino. Privada de diversiones, reconcentrada en su hogar, obedeciendo á sus naturales inclinaciones, sin mas sociedad casi que la de su tía y la de su padre, oyendo decir continuamente á estos que debía estudiar y aprender mucho, porque no tendría mas dote que su educación, fuerza era que la necesidad de emplear todo su tiempo en instruirse, y su orgullo y vanidad de mujer, excitados por las alabanzas y la perspectiva de un brillante enlace, produjesen maravillosos resultados.

Su tía, por otra parte, no desperdiciaba ninguna ocasión de hacerla comprender la influencia que ejerce sobre los hombres el talento unido á la gracia y hermosura, y Emirene con su admirable instinto, se aprovechaba y ponía en planta todos sus consejos.

No se engañaba la solterona. Todo lo que contribuía á poner en relieve las gracias naturales, las multiplicaba. (2)

Con tan recomendables dotes, encontrará el lector muy natural que Emirene, con verdadero mérito y tan adulada por propios y extraños, tuviese una alta opinión de su belleza y de su valer, y una predisposición á la coquetería muy marcada. A fuerza de oír repetir: Preciosa hija tiene vd., don Enrique: qué linda es su sobrina, señora doña Manuela: á fuerza de ver que la seguían los hombres cuando iba á misa los domingos con su tía, y que mas de un atrevido doncel rondaba sus rejas, llegóse á figurar que era la octava maravilla.

Las casas en América son generalmente de un piso, y todas tienen espaciosas ventanas, donde es costumbre sentarse, al caer la tarde, para ver pasar la gente ó tomar el fresco: costumbre diabólica, porque suele acontecer que va uno de prisa, y aunque se haga el distraído y no salude para no pararse, le llaman, y no hay mas remedio que estarse de planton media horita, respondiendo á una especie de interrogatorio inquisitorial, concebido poco mas ó menos, en los términos que podrá ver el curioso lector en el fragmento marcado en el *mosaico* con el número 9.

Emirene, siguiendo esta laudable costumbre, solía sentarse en la ventana todas las tardes con un libro en la mano fingiendo leer; pero en realidad, para ver mejor á los amartelados galanes que desempedaban la calle, ansiosos de fijar sus miradas. Al pasar cerca de ella, algunos de los mas atrevidos la decían en voz baja: ¡Adios, perla! adios, ¡reina! Ella levantaba los ojos del libro y los miraba; si le gustaban, se sonreía maliciosamente, sino volvía la cabeza con un gesto de desprecio. Si alguno tenía la audacia de pararse y requebrarla, se ponía de pie, y con mucha gracia se dirigía á la puerta que comunicaba con las piezas interiores, la abría y gritaba:

—Mi tía, un caballero quiere hablar con vd.

El galán, que de fama ó de vista conocía el templo avinagrado de la literata, apretaba el paso, renunciando de todas las viejas pasadas, presentes y futuras, y no caía en la tentación de admirar de cerca los hechizos de la bellísima criolla.

Nunca Emirene tomó ningún billete de los muchos que la enviaron, ni dió pié á ningún hombre para que se propasase á palabras mayores; pero sin admitir sus obsequios abiertamente, los alentaba con tiernas miradas, se sonreía cuando la llamaban diosa, sol, serafín, emperatriz; y alguna vez, cuando el pretendien-

(1) Traducción. Me hago cargo que vd. es un caballero.

(2) Impresión que causa la hermosura reunida á la gracia y al talento. (8)

(1) Efecto de las lecturas filosóficas en los ignorantes (7).

te era de fuste y gastaba caballo, dejaba caer el libro, para tener el gusto de verle descender de su montura, mas rápido que una saeta.

A esta predisposición, ingénita en ella, uníase una afición extrema á las novelas, de las que tenía la solterona un abundante repertorio, compuesto la mayor parte de obras francesas é italianas. Con el objeto de que se ejercitase en la traducción, empezó á ponerlas en sus manos desde muy temprano; y la imaginación viva é impresionable de Emirene, y su carácter irreflexivo, amgo de las cosas extraordinarias y de idealizarlo todo, mirando el mundo al través del prisma encantador que le reflejaba su virgen fantasía, encontraron nuevo pábulo para abandonarse á sus instintos y forjarse engañosas y quiméricas ilusiones, que, en la vida real, debían costarle muy caras.

La lectura de ciertos libros produce un efecto fatal en las inteligencias jóvenes que, como la cera, afectan fácilmente la forma, y conservan la impresión del molde que las comprime. Del mismo modo que los alimentos se transustancian en sangre y humores, las ideas bebidas en ellos se infunden é incorporan con el pensamiento.

También se le había pegado algo de la afición de la tía á escribir letrillas y romances; hizo los primeros versos por curiosidad, y deseosa de ensayar sus fuerzas en la única prueba á que no la había sujetado su mentora, tal vez creyéndola incapaz de dedicarse á una cosa tan grave, difícil y portentosa, atendido su humor festivo, y la ninguna atención que la prestaba, cuando trataba de explicarle algun punto fisiológico en breves palabras, que duraban de tres á cuatro horas.

Una vez fingió Emirene dormirse, y como era de noche, y estaba cubierta la luz con una pantalla, su tía no lo apercibió hasta que, cansada de gesticular, accionar y decir desatinos, seca la boca y penosa la respiración, le mandó que la trajera un vaso de agua. Viendo que no se movía y permanecía en la misma postura, apoyada la cabeza en la mano, descansando el brazo en el extremo del sofá, sospechó que estaba dormida, y levantándose muy despacio, se caló los anteojos, tomó la luz, y se acercó á ella.

Renunció á pintar su cólera y despecho, y el espantoso visaje que hizo al mirarla dormida. El que haya tenido el celestial placer de verse en algun espejo, colocado por casualidad frente á él, un momento despues que le han arrancado por equivocacion un par de muelas sanas, con un pequeño aditamento, ó sea parte de quijada, ese se formará una idea exacta de la horrenda catadura de la ofendida literata.

En el primer impulso, ciega de ira, levantó la mano para dárle una bofetada, la primera que habría llevado Emirene; pero esta, que adivinó intuitivamente su intencion, abrió de repente los ojos, y estremeciéndose toda paseó en derredor sus miradas despavoridas, diciendo:

—¡Jesus!... ¡qué sueño tan horroroso!... ¡Ah! mi querida tía, ¿pues no soñaba que vd. estaba muy mala y se moría?...

Y levantándose velozmente se arrojó á su cuello, abrazándola y besándola con el mayor cariño y amorosa inquietud.

No solo desvaneció su enojo con este ardid, sino que consiguió que ni una palabra la dijese acerca de su imperdonable falta; pero desde entonces doña Manuela, en castigo, no volvió á explicarle mas temas filosóficos, y se persuadió que su sobrina tenía un gran talento para aprender idiomas, cantar, bailar, y demas puerilidades propias de su sexo, pero que tocante á las ciencias exactas, no había que contar con ella.

Este fué el motivo por que no la enseñó á hacer versos, y cuando Emirene tomaba algun libro de poesías se lo quitaba, regañándola:

—¡No malgastes el tiempo, tontuela! no se ha hecho la miel para la boca del asno: lee novelas; de estas cosas no entiendes, ni se han escrito para tí. Eres muy loquilla y desatenta para fijarte en las bellezas que contienen y comprenderlas.

Exasperada ella por este language y por espíritu de contradicción, leía á escondidas cuantos poemas podía escatimarle sin que lo notase, y componia en secreto versos, cien veces mejores que los suyos.

Seria cosa de nunca acabar, si tratase de encerrar en los estrechos límites de un capítulo, todos los rasgos del carácter verdaderamente original de Emirene, el cual acabará de conocer el lector á medida que se vaya revelando por sí mismo, en el enlace y desarrollo general de los sucesos que formarán el complemento de esta interesantísima historia, tan verídica como otra cualquiera.

Cúmpleme ahora inculcar sobre un punto esencialísimo, y que ruego se tenga muy presente, pues de lo contrario parecería paradójica la conducta de nuestra heroína. Hablo de la nobleza de su corazón y de la convicción íntima, profunda, incontrastable, de las creencias religiosas en que había sido imbuida por su tía desde la infancia. Y como considero útiles los principios en que se apoyaba esta, los dejaré brevemente consignados en el mosaico, para que los mediten los lectores á quienes no desagrada encontrar en las novelas, algo mas que un rato de pasatiempo: los que no pertenecen á este número, pueden correr una hoja y pasar á otra materia (1).

(1) Dios-su-esencia-el alma-la religion (9).

CAPITULO V.

Abyssus abyssum invocat.

Hemos visto en el capítulo antepenúltimo, como se deslizaban los plácidos días del opulento capitalista, entregado enteramente á sus negocios y á la dulce satisfacción de hacer cuanto bien estaba en su mano.

El continuo manejo de los libros de partida doble, las prosáicas ocupaciones del comercio que á cierta edad, metalizan, numerizan y embotan las fibras amorosas del corazón, y sobre todo la uniformidad de su vida, le habían hasta entonces mantenido libre de las travesuras del Niño-Dios. Está probado desde remotos tiempos, que el tener una ocupacion constante que absorba nuestro pensamiento es el mejor medio para precaverse del amor, que, segun un fisiólogo moderno, no es mas que lujo de la civilización, que nace y se nutre con la ociosidad y la mentira (1).

Sea esto cierto ó no, yo por mi parte estoy muy lejos de adoptar la opinion de este amable caballero, que al fin había de ser inglés para no ser estravagante. Pero en cuanto á que el trabajo es el mejor antidoto contra las perversas sugerencias del espíritu maligno, no hay mas que recordar aquella célebre manzanita de marras, que la ciudadana Eva hizo traer al ciudadano Adán, cuando en dulce far niente descansaban en los floridos vergeles del Eden, siendo por ende condenados in æterno, ellos y nosotros, á comer el pan con el sudor de nuestra frente, es decir, á trabajar como ganapanes para tener mejores pensamientos, y aprender á vivir ó vegetar, que en último analisis viene ser lo mismo.

Volviendo á nuestro héroe, ¿se admirará nadie que viendo todos los días á una joven hechicera, donosa y llena de atractivos, viviendo bajo el mismo techo, tal vez incitado incautamente por ella, que al fin había de querer congraciarse con el protector de su papá, sintiese que existía una felicidad mas verdadera y real que el sonido de sus talegas, la satisfacción de una atrevida especulación mercantil coronada de un éxito brillante, ó el ansia con que se recibían en todas las plazas, nacionales y extranjeras, sus letradas y pagarés por dinero contante?

La impresion que le causó Emirene, fué en efecto desde el primer día extraordinaria. Sono i vezzi esca d'amore, dice el Tasso, y don Juan al verla se sintió agradablemente conmovido. Llamóle al punto la atención la delicadeza de sus facciones, su esbelta figura y su aire candoroso; oyóla en seguida hablar y darle las gracias por la bondad que había tenido con su tata, y encontró en su acento una dulzura y melodía mas armoniosas que un wals de Straus. Todas las fibras de su pecho vibraron agitadas al impulso de aquella voz angelica, y quedose estático contemplándola con el embeleso de una joven madre á su primer hijo, sin hacer caso de la algaravía de la solterona, que le espetaba en términos cultos y altisonantes un largo discurso filosófico-apologético-laudatorio sobre la gratitud que abrigaría hasta la tumba por el hombre generoso y noble que había salvado á su hermano de la ignominia y tal vez de la muerte.

Emirene en tanto, apercibiéndose del vivo interés con que don Juan la contemplaba, como si desease esquivar sus continuas miradas, se dirigió á un extremo del gabinete, y se apoyó en la ventana, acaso para que él se fijase en su aérea cintura, en sus espaldas de alabastro, en sus mórbidas formas, en su elegante peinado, ó... ¿qué sé yo?... iba á decir un desatino.

Entonces el hidalgo volvióse á doña Manuela, y por única respuesta á su interminable perorata, le propuso ir á dar una vuelta por el jardín.

—Ya sé que sois hombre de gusto, señor don Juan, contestó ella disfraando su enojo al verse interrumpida;—¿con que os agradan las flores, eh?

—¡Mucho! respondió él ofreciéndola el brazo que la vieja se apresuró á tomar, echando una ojeada á Emirene para que se acercase.

—¿No viene vd., señorita? le preguntó don Juan suavizando la voz.

—¡Pues no ha de venir! repuso su tía, si se muere por las flores. ¡Jesus! es locura: sobre todo por las violetas. Cuando estábamos en el Cuzco...

No pudo continuar, porque se acercó Emirene, apoyó su tornátil y delicada mano en el brazo izquierdo de don Juan, dirigiéndole este al instante la palabra, ansioso de entablar conversacion con ella.

Semejante rasgo de impolitica chocó á la solterona, y ya estuvo en un tris de alejar á su sobrina con cualquier pretexto.

No sé como Emirene colocaría su brazo en el de su ad latere, pero ello es que está no pudo menos de notar que la mano de aquel brazo era tan mona como su dueño; y al subir la escalinata del jardín reparó por casualidad que su compañera tenía un piccecito que envidiaría una andaluza... (2)

Hablando sobre las flores, admirando las preciosidades que contenía el jardín, recayó la conversacion sobre la afición de Emirene á las violetas; y el castellano, que estaba de chispa, aprovechó la coyuntura para hacer un elogio de esta flor humilde, símbolo de

(1) Séneca dice:
Amor est juvenia gignitur, luxu, otio
Nutritur; inter læta fortunæ bona.
Y el Petrarca.
El naque de otio e di lascivia humana.
(2) Picadura de la tarántula. (10).

la modestia, que parece ocultarse ruborosa entre sus hojas,

... cual Virgen amorosa
En el seno materno, palpitante,
Hunde su rostro tímido, anhelante,
Que embellece suavísimo pudor (1).

La señora doña Manuela citó á propósito, una preciosa octava del príncipe de los poetas lusitanos, en la que se halla este endecasílabo,

«As violas da cor dos amadores.» (2)

deplorando que tan hermoso verso fuese una imitación de Ovidio; y á renglon seguido, emprendió una disertacion patológica sobre el influjo de los perfumes en el organismo animal; pero por tercera vez tuvo que callarse, viendo que don Juan, en vez de escucharla, seguía hablando con su sobrina.

La afición de Emirene era en verdad bien estrañña, pues ella de todo tenía menos de modesta, aunque ocultaba su vanidad para tener el gusto de ser alabada dos veces; (asi califica Larochefoucauld la modestia); y solo se explica por esa inclinacion que solemos abrigar á lo que nos es mas opuesto, ó á las cualidades de que carecemos. Asi se ven hombres de pequeña estatura aficionados á mugeres, que podrían servir de granaderas en caso de necesidad, y llevarlos en brazos como nodrizas: gordos partidarios de las flacas, y vice versa: viejos gastados y cadavéricos, amigos de bailes, bromas y francachelas: literatos profundos, escritores de mérito, condenándose voluntariamente á la oscuridad y al ócio: necios de todo calibre, ansiosos de parecer ingeniosos: animales en dos pies, empeñados contra viento y marea en pasar por estadistas, oradores, periodistas, poetas, críticos, pintores y músicos: asesinos y ladrones que se comprometen á estafar ó á dar de puñaladas á alguno bajo su palabra de honor: gentes sin un maravedí echándola de ricos: ricos haciéndose pobres y llorando miserias; usureros sin conciencia, frecuentando las iglesias y confesándose todos los meses: coquetas que caen en la manía de ser constantes: matrimonios sin hijos, envidiando la felicidad de los que los tienen: padres sobrecargados de factura propia y ajena, reñegando de su estrella, etc., etc.

¿Aquel día, con diferentes pretextos, subió don Juan cinco ó seis veces á las habitaciones del ex-cajero, donde se habían instalado sus nuevas amigas. Sentóse al bufete, y por la vez primera de su vida, abrió los libros de partida doble con repugnancia; leía una página, y á los pocos renglones tenía que volver á empezar: quería escribir, y las ideas rebeldes no acudían á satisfacer su deseo; su imaginacion estaba en otra parte. Veía á Emirene con su vestido blanco y su cabellera de ébano, que caía en flotantes rizos sobre su espalda, corriendo tras las mariposas del jardín, sonriendo é inclinándose para coger las flores que él la ofrecía: escuchaba su voz armónica, y le parecía sentir aun en su brazo la suave impresion del suyo.

¿Era aquello amor?... Difícil seria negarlo, y muy fácil probar con hechos incontestables, á despecho de los que afirman lo contrario, que siendo este afecto una modificación del alma, puede desenvolverse en pocas horas, é impresionarla hasta el extremo de producir una revolucion súbita en las ideas y sentimientos del individuo.

No es lo comun que asi suceda; pero suele suceder, y sucede diariamente en escala menor, y en impresiones de diverso género. ¿Quién, al ver un objeto cualquiera que le preocupe fuertemente el ánimo, no ha sentido una sensacion de dolor ó placer mas ó menos intensa, que ha impreso su imagen en su mente con tal fuerza, que á cada minuto la memoria se la recordaba contra su voluntad?...

La prudencia aconseja en casos tales no aumentar la impresion recibida con otras sobreexcitaciones voluntarias, y combatir al enemigo huyendo de él, como los parthos; pero don Juan, que sabía ganar millones, no entendía una palabra de ideología ni de historia, y tal vez por no tener presentes estas dos circunstancias, las sobreexcitaciones y los salvajes llamados parthos, siguió por instinto buscando las ocasiones de hacer mas profunda y ancha la herida, que habían abierto en su pecho los hechiceros ojos de la encantadora limeña.

Todas las tardes, á pretexto de jugar una partida de ajedrez, bajaba á sus habitaciones y no salía hasta las once. Pasaba la tarde en hacerla cantar, en ver sus dibujos, en oirla leer sus traducciones, y en otras simplezas por el estilo. Luego, cuando caía la noche, empezaba la partida, ó mejor diré, las partidas; y aunque Emirene era de una fuerza muy mediana, y su adversario un excelente jugador, ganaba ella todos los juegos. ¿Perdía don Juan intencionalmente?... Al principio sí, despues no. Estaba alelado, tonto; en vez de atender al juego y seguir la marcha de las piezas de su contraria, se estasiaba admirando la tersura de su piel, el brillo diamantino de sus vivaces pupilas, el carmin de sus labios, la nitidez de sus uñas sonrosadas, el perfil de su graciosa nariz, la respiracion suave é igual de su seno,

With several others things Which I forget,
Or Which, at least, need not mention yet (3).

(1) Bermudez de Castro. A la noche.
(2) Camoens—Os Lusíadas—canto IX.
(3) Byron. Don Juan.

esos que comprenderá el lector si alguna vez ha estado enamorado de alguna cruel, capaz de volver el juicio á un cenobita de la Tebaida.

A veces Emirene hacia su jugada, levantaba los ojos y miraba á don Juan, que bajaba al punto la vista, y parecía quedarse absorto en sus meditaciones. Pasaba un rato, y viendo ella que no alzaba la cabeza, impaciente le pinchaba la mano con un peon, diciéndole con dulzura:

—¿Es tan poco amable mi compañía, que le da á vd. sueño?

—¡Sueño! contestaba él jugando al acaso la primera pieza que se le presentaba; sepa vd. que yo calculo mucho mis jugadas y....

—¡Hombre!... que le cómo á vd. ese alfil, exclamaba Emirene dando golpecitos en el tablero.

—Cómalo vd., respondía él sin alterarse: me conviene que vd. lo coma. ¡Vaya!... como que tengo previsto....

—Pues ya que vd. se empeña, replicaba la engreída niña, haciendo una ligera mueca llena de gracia, mordiendo el labio inferior y meneando la cabeza; por terco y desagradecido, le voy á tomar el alfil, á darle jaque doble y en seguida mate. ¿Ha oído vd?....

—¡Mate!... y de yerba paraguaya, como á vd. le gusta.

—Corriente: contestaba el buen castellano divirtiéndose con la vivacidad é impaciencia de su maestra, casi tentado de humillar su vanidad, ganándole la partida, asimismo desarbolado como estaba.

Doña Manuela en tanto atizaba el fuego, y apenas le veía mal parado, comenzaba á darle chaguara (1).

—¡Jesús! don Juan, hoy no ve vd. nada, nadita.

—¡Ave María purísima! eso es no tener ojos....

—C'est effrayant! Mon dieu!

—Niña, pon esa pieza en su lugar; señor don Juan, vuelva á jugar.

—Emirene, es preciso que le des una torre....

—Eso son golpes *ab irato*, mi amigo, si vd. no se hubiese dejado comer el caballo, no perdería ahora la reina....

—¿Qué bien dijo el salmista! *Abyssus abyssum invocat*.

Así se vengaba de su abrumante indiferencia y de su falta de urbanidad y política, todas las veces que emprendía entrar con él en plena discusión sobre puntos científicos.

Al conducirse de este modo no obraba impulsada por ningún sentimiento rencoroso; ya he dicho que sacándola del terreno de la metafísica era una excelente mujer; apreciaba además á don Juan, y cuando estaba sola no desperdiciaba ocasión de hacer notar á su sobrina las raras cualidades que le recomendaban; pero está en la naturaleza humana el revelarse involuntariamente contra todo lo que tiende á ajar nuestro amor propio. Hasta las mejores madres sienten un movimiento de despecho, al ver á sus hijos acariciando á otra mujer en su presencia; hasta los mejores amigos se resentían, si mientras nos dirigían la palabra conocen en nuestras miradas distraídas, gestos de impaciencia y preguntas estemporáneas, que no les escuchamos, ó les escuchamos de mala gana.

Lo único que en concepto de doña Manuela disculpaba al grosero hidalgo, era su pasión á Emirene, que la veterana comprendió desde el segundo día; y como el cariño que profesaba á aquella rayaba en delirio, y creía que no existía en todo el universo una mujer mas hermosa, parecía muy natural que don Juan perdiese la cabeza, y no tuviese ojos ni oídos mas que para su ídolo. Sin embargo, absolviéndole generosamente, divertíase en contrariarle en cuantas ocasiones se presentaban.

¿Tenía razón doña Manuela, ó la conducta tan poco diplomática del castellano era efecto de su mala educación?....

No: la señora acertaba, si bien su vanidad no la permitía comprender que su cháchara cargante y fastidiosa para un hombre indiferente, debía ser insostenible para otro que, de los cinco sentidos, tuviese seis á componer (2).

A pretexto de alentar su afición al dibujo, regaló don Juan á Emirene, el día de su santo, un magnífico álbum, y aprovechando las ocasiones de congraciarse con ella, la obligó á aceptar el mejor de sus caballos. Presente inapreciable para una americana, y una prueba inequívoca del cariño del que se desprendía de lo que mas estima, desde que á su amada le place. Por todo el oro del mundo no se hubiera don Juan deshecho de su hermoso *Tupac-Amáru* (3), arrogante corcel chileno con una estrella blanca en la frente, negro como las nubes que se levantan de la Pampa, y oscurecen el brillo del sol en tiempo de sequía; *parejero* sin igual que había vencido á los mas afamados bridos de doscientas leguas á la redonda; pero Emirene exclamó al verle:

—¡Ay! ¡qué bonito caballo!... ¡cuánto me gusta!...

Y él la contestó al instante, frotándose las manos de gozo:

—Tiene muy buen andar, y lo he hecho venir expresamente para ofrecérselo á vd.

(1) Cuerda-guita.

(2) Metamorfosis del amor (11).

(3) Nombre del último descendiente de los Incas, que en 1780 se alzó contra España en la provincia de Tinta (Bajo peru), reuniendo bajo sus banderas mas de cincuenta mil rebeldes. Vencido en Tungasaca por el mariscal Valle, y hecho prisionero, fué condenado á ser descuartizado vivo por cuatro caballos, después de azotarle, cortarle la lengua, etc., sentenciado á un castigo que se ejecutó al pie de la letra.

¡Mentira! lo había hecho venir para montarlo él; mas leyó en el rostro de la caprichosa niña un vago deseo, expresado por las palabras involuntarias que se le escaparon, y recogióndolas al vuelo, se conceptuó feliz de tener algo que llamase su atención y de poder satisfacerla, aunque le costase un gran sacrificio. El verdadero amor siempre se conduce de ese modo.

(Se continuará.)

ESTUDIOS HISTÓRICOS.

El-Tuzani.

I.

Era el año de 1570, cuando los feroces moriscos de las Alpujarras y demas serranías del reino de Granada, negando la obediencia al poderoso rey Felipe II, y enarbolado su rebelde pendón, esparcían el terror por todos los pueblos de las comarcas granadinas. No es de este lugar analizar las causas mas ó menos justas que pudieran impulsar á aquellos rebeldes á acometer tantas atrocidades. La mano tiembla al escribirlas y la razón se niega á creerlas. Todos los pueblos de las Alpujarras, de las sierras de *Filabris* y *Tahall*, con los de las riberas de los rios *Almería* y *Almanzora* fueron saqueados y destruidos; cuantos cristianos habia en ellos fueron despedazados, atenzados ó quemados, sin exceptuar niños, ancianos y mugeres. Puede asegurarse que aquella es una de las mas sangrientas guerras que nos presenta la historia y una de las páginas que mas abundan en rasgos heroicos. El referir uno de estos, el mas heroico quizá de cuantos nos trasmite la tradición de aquella época, es lo que da lugar á la presente narración.

Galera, villa fortísima entonces, perteneciente en diezmo á los nobles duques de Alba, habia tomado con empeñada decisión el partido de los rebeldes. Aunque situada por su posición topográfica en el territorio de los cristianos, habia enarbolado el pendón de rebeldía, confiada en los auxilios de los moros de Huescar y otras ciudades y pueblos comarcanos, y mas particularmente en las fuerzas del Maléh, famoso

dicho contra las peñas; pues la naturaleza la habia cercado de una defensa natural é inespugnable. Se fabricaron trincheras, se la dieron dos mortíferos asaltos.... todo fué en vano. Después tuvo el despechado don Juan que apelar á la mina, que entonces empezó á usarse, lo mismo que la artillería á brazo. Con aquel ingenio se consiguió abrir una brecha. Los moros, un tanto asustados con aquellas ofensas que desconocían, dejaron abandonado el boquete de una de las minas, y por la curiosidad y resolución de un soldado que se atrevió solo y furtivamente á subir hasta allí, se supo el abandono de aquella parte. Dispuso inmediatamente don Juan un vigoroso asalto, y penetró en la villa la mayor parte del ejército. Todo el día se peleó: murieron muchos cristianos; pero faltos de provisiones de boca y municiones, se dejaron pasar á cuchillo tres mil hombres de guerra, y cuantos niños, mugeres y ancianos habia en Galera, á escepcion de unos cuantos, á quienes después de tantas horas de degüello mandó don Juan perdonar, con la precisa condición de que no habian de llegar á la edad de cinco años, quedando esclavos á merced de quien los cogiese. Este fué el fin de aquella memorable villa, que luego, de orden del mismo don Juan, fué entregada á las llamas, para que ni aun quedase vestigio de su existencia, y sirviera de escarmiento á todos los pueblos rebeldes. La conquista de Galera costó al ejército de don Juan la pérdida de diez y siete gefes y capitanes muertos, y cuarenta y dos heridos, entre ellos el valeroso marqués de la Fabara, y el maestre de campo don Pedro de Padilla, con mas de tres mil muertos, sargentos y soldados. Mandóse derribar al otro día la muralla con lo demas que hubiese quedado en pie y dar sepultura á los muertos; pero fué tal la lluvia y nieve que empezó á caer, que tuvieron que diferirlo hasta que el tiempo se serenase. El ejército siguió ocupando sus tiendas en los atrincheramientos y el pueblo abandonado. Sus silenciosas calles desiertas envolvían entre los pellones de nieve que las obstruían mil cadáveres mutilados ó despedazados. Las antes opulentas casas de galanas azoteas y patios arbolados no eran ya mas que negros paredones que en sus recintos solo guardaban cadáveres entre nieve y cenizas, que detenidas en los elegantes aleros y cornisas de sus amenos corredores, humeaban todavía. Ni una alma conmovida se llegaba á llorar sobre su rui-



La caballería castellana persigue á los fugitivos de Tijola.

general de los insurgentes, que con buen golpe de los suyos ocupaba á la sazón la próxima villa de Purchena. Esten efecto socorrió con alguna gente á Galera, y resueltos los de la ciudad, robaron los frutos del diezmo que allí se guardaban al duque de Alba, prendieron y mataron á los cristianos que habitaban la villa, y empezaron á hacer atrevidas correrías talando y quemando todos los pueblos y frutos de aquel litoral.

En vano el marqués de los Velez con la buena gente que sacó de Lorca los cercó, minó y asaltó; pues no obtuvo mas consecuencia que perder bastantes de los suyos, y entre ellos á su predilecto capitán Fernando de Leon, á los dos de las compañías de Lorca, Martín de Lorita y Adrian Leonés, y otros muchos alféreces y sargentos de su ejército.

Los moros por esta razón y por ser la villa de posición muy fuerte, pusieron en ella su mejor esperanza y la hicieron centro de sus operaciones para avanzar y comunicarse con los insurgentes de las riberas del Almanzora. Don Juan de Austria, el gran general, que allí habia sido enviado por el rey para poner término á tantos desastres, previó esto mismo, y de Huescar en donde se hallaba, movió su ejército sobre la inespugnable villa. Esto fué en el mes de enero y la estación era rigurosísima. Después de mil trabajos y escaramuzas pudo trasportarse el bagaje y artillería y presentar delante de los muros un ejército de doce mil hombres lucidísimos, puesto que le componían en gran parte los tercios veteranos de Nápoles, la gente de las compañías de Lorca, y ochocientos caballos, toda gente muy aguerrida. La numerosa artillería tronó contra los muros de la villa, á mejor

na. ¡Ejemplo pavoroso de matanza y escarmiento! Algunos perros hambrientos y despavoridos recorrían las calles mezclando sus doloridos ayes con el silbido del viento y el rugido del trueno, que en aquellos días se desencadenaron. Algunos, acosados del hambre, escarbaban la nieve para desenterrar el alimento que hasta á ellos les negaba el odio insaciable de los cristianos. ¡Galera! ¡Triste Galera! Desde entonces no volvió á ser.... sus mugeres murieron para siempre, sus guerreros se sepultaron y sus esbeltos botareles hundieron sus enormes sillares en el abismo del olvido! Allí se veía el cadáver del hijo que quiso morir antes de presenciar la muerte de su anciano padre; la hermosa doncella prometida, muerta al lado de su amante, cuyo amparo buscara en vano; el niño degollado entre los brazos de su madre cadáver; porque al morir los estendiera hácia él para estrecharle la postrera vez. Aquello era un horrible panteón.

Habia en las cercanías de Galera, como en casi todos los pueblos moriscos, algunas cuevas practicable solo á los naturales, que por tradición las conocían. La densa oscuridad que en ellas reinaba, y los hondos pozos que obstruían sus pavimentos, imposibilitaban su reconocimiento á los cristianos. Una de estas cuevas desembocaba muy cerca de Galera. Apenas cerró la noche, en medio de tanta soledad se vió salir á un hombre por esta cueva y dirigirse recatado á la arruinada villa. Aquel hombre era de noble postura, su traje era una mezcla sencilla de árabe y cristiano, y llevaba espada larga y arcabuz. Atravesó algunas calles no sin derramar gruesas y silenciosas lágrimas ante el horrible aspecto de tanta ruina. Llegó á una casa desmantelada como las demás, penetró en el que habia sido pa-

tio de ella, y reconoció con prolija atención uno por uno los cadáveres menos enterrados. Pasó sin detenerse algunos; pero al llegar al de una mujer se inclinó y la besó. Era aquel el cadáver de una hermosa doncella que no debía pasar de quince años. Estaba todavía hermosa; y tanto, que aun pudiera prestar modelo á un buen pintor para una Virgen de los Dolores. Eran sus formas delicadas, su tez ligaba de tal modo la blancura con la nieve, que acaso no se la hubiese podido distinguir de ella á alguna distancia. Tenia los ojos entreabiertos aun, y el desconocido se los cerró con una expresión indefinible de profundo amor. Un resto de túnica de seda verde cubría su cuerpo, único tributo que acaso lograra su belleza de la estupidez de su asesino. El desconocido permaneció algun rato al parecer orando é inclinado hacia ella. Mucho debió sentir cuando, sin que en su abatida fisonomía se notase una sola congoja, dejó caer una gruesa lágrima que cayó sobre los labios inanimados de la muerta.

Poco después se levantó aquel recién llegado, desnudó una puntiaguda gúmba que ocultaban los pliegues de su ropaje en la cintura, cavó un hoyo en el pavimento de un soportal libre de nieve, puso allí el cadáver, arrancó un pedazo de la túnica verde que le cubría guardándole en su pecho y acabó de darle sepultura. Luego cogió un carbon de los que entre las ruinas quemadas abundaban, y en la pared que era blanca, escribió lo siguiente:

AQUI YACE

LA HERMOSA MALEHA, HERMANA DEL GRAN MALÉH.
YO, EL-TUZANI, LA DI SEPULTURA.
¡AY DEL CRISTIANO QUE LA MATÓ!

Aquel hombre huyó de allí á paso apresurado, atravesó las calles pisando la horrible alfombra que formaban tantos cadáveres, llegó á la boca de la cueva, y allí desapareció. Media hora después se le vió subir marineando la garganta de la cordillera, á cuyo pie campaba don Juan con sus soldados. Al amanecer llegó á Orce. Allí le detuvo una banda de monjes (1); que operaban sobre la ribera del Almanzora, mostrándole un salvo-conducto que sacó del pecho, y habiéndole dado paso los monjes, se metió en el pueblo y abrió con una llave, que llevaba, la puerta de una casa desierta. Allí nada había mas que un caballo, le ensilló él mismo, y á todo escape subió todo lo largo del Almanzora hasta el crucero de Purchena. Allí tomó la ruta de esta rebelde villa, y caminó hasta divisar la riscosa Peña que la domina. Entonces, y á la distancia que le restaba de una legua poco mas ó menos, le salió al encuentro, gine en un buen rosillo cordobés, un moro bien portado, que llevaba alforja, gúmba á la cintura, y largo arcabuz á la espalda.

—¿Qué hay? dijo el aparecido al verle. —¡Muerte y venganza, Malé! respondió El-Tuzani, volvió grupas, metióse á escape en la sierra, y no se le vió mas.

Algun tiempo después dijeron todos que el Tuzani había muerto.

II.

Arrasada Galera y aterrados con tan lúgubre escarmiento, muchos pueblos y fortalezas de la comarca se rindieron atemorizados al victorioso ejército de don Juan. Algunos sin embargo osaron todavía oponer obstinada resistencia. Uno de estos fué la villa de Tijola, tan fuerte acaso como Galera, y mas por su inexpugnable castillo situado sobre una breñosa cumbre de difícilísimo acceso. Algunos diashacia que la mortífera artillería de don Juan Manrique vomitaba la muerte sobre aquellos infortunados fanáticos de la rebelión. La gente de Zamora que se había ofrecido á subirla á brazo á las baterías de brecha, fué derrotada con gran pérdida por los feroces insurgentes, y solo á la bizarría y pujanza de aquellos veteranos se debió el buen éxito de la empresa.

Mandaba en la plaza un moro de la secta judía llamado *Jumainit*, que empeñado en su resolución, había reunido los moros de Almuya y otros pueblos cercanos, y los había sabido entusiasmar hasta la superstición.

Era una noche de Jueves Santo, oscura y muy fría, y el agua de nieve que el recio viento arrebatada, ponía grande obstáculo á la vigilancia; pues los centinelas no podían sufrir el rigor del frío que coagulaba la sangre en las venas. Sin embargo, como las rondas vigilaban mas que nunca, el campo dormía bien custodiado. Sabíase que los moros sitiados buscaban una ocasión favorable para huir con sus mujeres y haciendas y salvar la vida; pues el cerco, que cada día se estrechaba mas, les quitaba la poca esperanza que les iba quedando. En el puesto avanzado de Santa María había cuatro escuchas alrededor de una hoguera, á cuya llama tres de ellos se calentaban y el otro hacía centinela. Eran las once.

—Figueroa, dijo uno de los que se hallaban sentados.

—¡Hola! respondió el centinela.

—¿Con que dices que me harás voluntariamente el segundo cuarto de la modorra?

—Sí.... dormid todos, que si hay algo os llamaré; pues ya sabéis que yo soy muy avisado.

Dicho esto, se levantaron los que estaban sentados, y dentro de la tienda que habían improvisado bajo el hueco de una Peña en que se hallaban, se acostaron,

no sin haberse antes abrigado bien con sus ferreuelos.

El centinela quedó solo y siguió paseando una hora, hasta que los creyó dormidos. Penetró en la cueva, y con prolijo cuidado miró á los tres uno por uno. Todos dormían profundamente. Entonces á paso recatado y presuroso corrió los cien pasos que le separaban de la muralla de Tijola, al llegar al glasis del foso sacó un silbato de adalid (1), y á su silbido seco y rápido salió á la barbacana uno de los sitiados. Era *Jumainit*, el judío gobernador de la villa.

—¿Está todo aperebido ya? dijo el centinela.

—Danos el santo, respondió el judío.

—«Santa María,» y salid por Levante, que allí estoy yo. ¡Alah os salve!

No era la una de la noche todavía, cuando un inmenso tropel de gente, saliendo de la plaza, rompía silencioso el cordon de vigilancia, deslizándose sin vista por las quebraduras de la aspereza. Los escuchas de que hablamos poco ha, dormían y nada oyeron. Figueroa daba dirección desde un punto avanzado del vivac á las sucesivas multitudes que salían de la plaza. Así se salvaron hasta dos mil personas. Un centinela del campo acertó á oír algo de lo que andaba y dió el ¡quién vive! pero no fué correspondido. Disparó su arcabuz, y dando el grito de *Santiago y cierra España* esparció instantáneamente la alarma en el campo. Todos corrieron á las armas, se encendieron teas de viento; pero ya era tarde. Los restos de los fugitivos que aun cruzaban la llanura fueron cargados por los arcabuceros leoneses y gallegos. Alguna caballería de don Pedro de Padilla, que estaba de reten, fué la que únicamente pudo acuchillar algunos centenarios por la llanura, y esto ya fué cuando rompía el alba. Don Juan mandó que inmediatamente fuese Tijola saqueada y tratada á sangre y fuego, y todo se dispuso para ello.

No bien esclareció la aurora, los tercios embocados por diferentes puertas designadas, rompieron por las calles quemando y degollando cuanta casa ó gente hallaban al paso. Dos horas después Tijola yacía para siempre envuelta en el polvo del estermínio y del olvido.

Exacerbado don Juan con la traición que había salvado á aquellos desesperados, mandó proceder con toda eficacia á la averiguación del traidor. Fué en vano: Figueroa era un voluntario muy querido y nadie sospechó de él siquiera. Mandóse echar suertes para morir, sobre la gente de la compañía de Alonso del Castillo que daba las escuchas por la parte por donde hubieron los sitiados; pero el culpable ni aun así pareció, y aquellos fueron por fin perdonados.

Poco después, hallándose en el campamento varios soldados y entre ellos Figueroa el voluntario, hablóse de los varios sucesos de la guerra, y entre ellos del saqueo de Galera. Cada uno contaba sus lances mas ó menos arriesgados; uno de los soldados, Francisco Garcés, hablando de Galera, dijo:

—Nadie puede contar lo que yo, ni con mejor fé sirvió al rey con la espada. Yo hallé en el degüello á una mora, la mas hermosa mujer que habrá en el mundo, y á pesar de que me pidió piedad, me acordé del rey y la maté. Llevaba tan ricas joyas, que en Baza me dieron buen escote por ellas, y á mas todavía me quedan unas arracadas y un collar de oro y perlas que pienso vender bien.

—¿Y no os movió á compasión tan grande hermosura? dijo de repente Figueroa.

—No tal, respondió Garcés, ya lo dije, me acordé del rey y la maté; pero por ser tan hermosa la dejé por gracia su túnica fina de seda verde, que bien me dieran por ella dos escudos, si yo no la dejara.

—¿Y en dónde guardais las joyas que os quedaron?

—Las quereis comprar?

—Puede que sí.

—Pues venid conmigo á la tienda que yo os las mostraré.

Salieron los dos soldados, y llegado que hubieron el acantonamiento de Garcés, este mostró á Figueroa las joyas, las tasó por mucho en seis escudos de oro y aquel se los pagó, y guardó dichas alhajas en el pecho. Después dijo á Garcés:

—¿Quereis salir á dar un paseo al camino de Andarax? allí hay provisiones y yo os convidaré ademas.

Aceptó Garcés y ambos marcharon.

Cuando ya habían andado buen trecho, lo bastante para no ser vistos del campo, dijo Figueroa á Garcés.

—Decidme, buen amigo, ¿si vierais el retrato de ese ángel, que decís haber muerto en Galera, le conoceríais?

—¿Cómo que si conoceria? Retratada llevo yo su gallarda imagen para toda la vida en el lienzo de la memoria.

Sacó entonces Figueroa un retrato de entre la parte de ropa que le abrigaba el corazón. El retrato era muy bien acabado con lujoso marco y en la faja de aquel decía en arabigo de este modo *Dey faty Maleha Aynia* (2). Mostróselo á Garcés y este dijo:

—Juro por la cruz de la alabarda que nunca retrato mas parecido he visto ni acaso veré.... Al recordarla de este modo, me tiembla el corazón y yo sintiera mi acción toda mi vida sino la hubiese verificado por mi rey.

Entonces Figueroa desnudó el mandoble y le dijo:

—Infame cristiano, asesinaste al pedazo de mi al-

ma, por quien yo suspiro hasta morir. Defiéndete ó temato.

Garcés no era cobarde, y cruzando su tizona, empezó á resistir á su desaforado contrario; pero fué en vano, porque Figueroa era muy diestro y atravesándole el pecho, á poco rato le dejó mortalmente herido, y en viéndole así, volvió cabe sus camaradas. Dijo que había estado jugando y mudó de trage. Algunos soldados habían visto el combate de lejos; pero por mas que corrieron no pudieron conocer á Figueroa, que ya huyera cuando llegaron: llevaron estos soldados al moribundo á Andarax y este contó todo; pero por ignorar el nombre de su contrario, que era de distinta compañía, no pudo conocerse en tan numeroso ejército. Poco después Garcés espiró. Algun tiempo había corrido desde estos sucesos cuando hallándose don Juan en su alojamiento rodeado de sus generales, llegó un moro adalid que ya le había servido fielmente en ocasiones de prueba. Le dijo que él venia á entregarle al traidor de Tijola y al asesino de Garcés. Mandó don Juan que le trajese á su presencia, y saliendo el adalid bajó á la calle en donde se hallaba Figueroa pensativo.

—Ven, dijo el moro: don Juan me concede audiencia y yo quiero que me oigas hablarle de un asunto grave; porque tú sabrás abogar por mí muy mejor de lo que yo lo hiciera.

Seguíole confiado Figueroa hasta la presencia de don Juan. Entonces el moro, tomando un aire altivo, dijo mostrando á Figueroa:

—Escelso don Juan, aquí tienes al traidor de Tijola, al asesino de Garcés; yo le conocí y le traigo por astucia á tu presencia.

Figueroa hizo un ademán de despecho; pero después permaneció impassible. Don Juan le condenó á muerte.

El-Tuzani entonces le dijo:

—Señor, un cristiano mató la única esperanza de mi vida. Juré matarle, no hallé mejor medio para encontrar al asesino que sentar plaza en vuestro ejército; lo hice así y me vengué. Ahora quitadme una vida que aborrezco.

Todos los que se hallaban presentes, mejor enterados del caso, conmovidos con las palabras del desventurado Tuzani, y mas sabiendo lo que puede una pasión en el corazón humano, intercedieron ardientemente por él, y mas que todos don Lope de Figueroa, cuyo era el tercio en que aquel había sentado plaza de voluntario.

Don Juan dijo:

—Yo perdonara aun la horrible venganza de este infiel; pero la traición de Tijola le condena irremisiblemente.

El-Tuzani añadió:

—Señor, el rey Aven-Avó venia ya con diez mil hombres de pelea á socorrerla. Yo evité el derramamiento de mucha sangre; pues si bien salvé á las personas, hice cayese en vuestro poder, insigne general, la villa, que iba á ser socorrida. Ademas os declaro que la guerra va á ser pronto terminada; el Malé, hermano de mi desventurada Maleha, me ha noticiado que se va á entregar con toda su numerosa gente á vuestra generosidad. Ahora, si quereis hacerme matar, no lo dilateis; pues la vida me es odiosa, y os juro que si mas hubieran sido los culpables en el asesinato de mi querida Maleha, los mataria sin remordimiento.

Don Juan se maravilló de la serenidad y decision del moro, y esto unido á las repetidas instancias de don Lope de Figueroa, le hizo decir:

—Ea, buen moro, perdonado vas; mas cuida cómo te portas: pues yo he de hacer te vigilen de cerca.

Entonces don Lope, que había tomado al Tuzani particular afecto, se declaró su padrino, y le agregó á su propia escolta, haciéndole devolver el retrato y joyas de la mora, que se le habían quitado ya. El moro delator huyó de allí, temiendo sin duda la venganza de El-Tuzani. Este, postrado á los pies de don Lope, su salvador, le dijo así:

—Juro por cuanto hay sagrado en el cielo y en la tierra, generoso libertador, de pagarte este favor aun á costa de mi vida.

Don Lope se lo agradeció, y no se cuidó de tal oferta.

.....

Acabada la guerra de las Alpujarras por la traición del Malé y otros caudillos moriscos, siguió don Lope á don Juan en todas sus campañas. Peleó con él en Flandes especialmente y, pasados algunos años, ya nadie se acordaba del soldado Figueroa; porque en las varias reorganizaciones del ejército se había estraviado su paradero.

En la batalla de Maestrik, en lo mas récio del combate fué rechazado el escuadron que mandaba don Lope de Figueroa, y él por reanimar á los suyos, se halló de repente cercado de enemigos. Quiso romper por una parte y lo consiguió; pero un soldado flamenco le apuntó con su arcabuz á boca de jarro para matarle. Don Lope ya se creyó muerto, el enemigo disparó, cuando un español que llegaba en su socorro, soldado del tercio de Mendoza, se interpuso entre don Lope y su enemigo. Aquel soldado cayó bañado en sangre, y don Lope le creyó muerto.

Seis meses después los prisioneros españoles de la batalla de Maestrik fueron cangeados. Había entre ellos muchos heridos, que habían quedado inutilizados para el servicio de las armas y fueron licenciados con pase para España. Entre ellos se hallaba un soldado taciturno y misterioso, manco del brazo derecho, que desdeñándose de unirse á las costumbres licenciosas de sus camaradas, marchaba solo en dirección á España, sin hacer mas descanso que en alguna vereda

(1) Monf (en algarabía morisca) saltador en despoblado.

(1) Adalid (en morisco) espía.

(2) Bella señora de mis ojos.

desiertade su ruta. Parecía preocupado por una honda melancolía. Traspuso solitario y silencioso el Pirineo, cruzó los desiertos páramos de Castilla, y entrando en Andalucía, se dirigió á Villanueva de Alcaudete, poblada entonces tan solo por los moros espulsados de Velez-Rubio. Cuando divisó al lejos las pardas almenas de la villa, volvió su rostro á Oriente y permaneció algún tiempo al parecer rezando. Despues alzando los ojos melancólicos al cielo, sacó un retrato de una hermosa doncella de encima del corazon y le besó. En la faja del marco de aquel retrato decia: «*Day Faty Maleha Aynia.*»

Aquel soldado manco licenciado, que despues de tantos años de espatriacion voluntaria, tornaba á ver sus desiertos y arruinados hogares, era el libertador, que espontáneo ofreciera su vida por don Lope en la batalla de Maestrik y le salvó. Aquel soldado habia sufrido el hambre, la fatiga y la miseria sin proferir una queja, ni aun darse á conocer á aquel por quien se sacrificaba. Aquel hombre taciturno vivia con su corazon y su conciencia nada mas.... Era *El-Tuzani*, hizo un juramento un dia á su bienhechor, y sacrificó en silencio tantos años de reposo por cumplirle. Aquel soldado fué muy infeliz, y tantos padecimientos iban todavía mezclados con la hiel de un amor sin esperanza. Besaba aun el retrato de su antigua amada; ¡porque el desdichado la amaba todavia!... ¡Desventurado Tuzani!!

UBALDO PASARON Y LASTRA.

CONVENIO DE VERGARA.

IV.

(Continuación.)

Achaque es de los partidos culpar de sus desgracias al que se hace blanco de sus tiros, y por eso han atribuido á Maroto la escision del campo carlista.

No somos apologistas de aquel general; pero es preciso estar muy obcecado ó no tener el menor antecedente de lo sucedido entre los carlistas, para desconocer que mucho antes de que Maroto estuviera á la cabeza del ejército, ya se habia declarado la division del partido. Véase el decreto de Arciniega de 29 de octubre de 1837; véase la causa formada á Zariátegui y Elio, que era una implícita acusacion á don Sebastian; la prision de los dos primeros, y dígame en vista de estos hechos si no estaba dividido el partido carlista, si no se luchaba en su seno, si no se odiaban y se perseguían unos á otros. Ya existian por este tiempo las fracciones moderada y la apostólica. En la una habia ilustracion, en la otra fanatismo: hablaban en general; pues conocemos algunas honrosas escepciones. Al bando apostólico pertenecian aquellas personas que ni se arrepienten ni se enmiendan, que querian el absolutismo con inquisicion y todas sus consecuencias; y en el moderado se contaban los militares que mas sacrificios habian hecho por la causa, que transigian con los adelantos de la época, pero nunca con tanto parásito cortesano que rodeaba á don Carlos. Maroto pertenecia al bando moderado; pero despues de lo de Estella, se formó la fraccion marotista. Si Maroto no se hubiera hecho esclusivo, hubiera sido el jefe del partido moderado; pero aquel defecto y algunas faltas le enagenaron las simpatías de muchos que se hubieran agrupado en su alrededor.

En aquel caos en que todo estaba en el campo carlista, era imposible que nadie se entendiera, así es que todos dudaban, todos temian, y el único que pudiera haber hecho frente á situacion tan angustiosa, fluctuaba siempre, carecia de carácter, le faltaba talento, y creia componerlo todo implorando el ayuda de la Virgen de los Dolores, generalísima de su ejército.

Entregadas á su misma fuerza las fracciones, natural es que triunfara la del mas valiente ó la del mas osado, y así sucedió.

V.

Hemos citado el decreto de Arciniega, etc., como una prueba de existir ya en 1837, una marcada division en el campo carlista. Vamos á presentar una carta inédita aun, que demuestra la misma escision en 1836. Es: usamos todo comentario y reproducimos íntegro el documento.

VERA 16 DE AGOSTO DE 1836.

«Amigo y compañero I....: estoy bien persuadido de los muchos y buenos servicios que vd. ha prestado y prestará en favor de la justa causa que tan heroicamente sostienen las cuatro provincias vasco-navarras; pero es el caso que habiendo observado las operaciones militares que nada han adelantado, al contrario, se ha visto y se ven pérdidas de consideracion, y viendo por otra parte las siniestras intenciones opuestas á otros principios, y nada conformes á las sanas ideas de que estamos adornados, viendo por fin que nuestra causa iba á sentir el último golpe, en el cual éramos todos abismados. Estos hechos, y el estado del rey ultrajado, abatido, y sin un género de libertad ha dado lugar á que los batallones vasco-navarros levanten el justo grito en favor de su rey, y este, heridos sus oídos de

estas voces nacidas del corazon mas noble, acaba de manifestar la sensacion que le ha causado y le ha hecho ver con el hecho siguiente.

«Antes de ayer á las cuatro y media de la tarde, hora en que la tropa estaba formada y dispuesta para la marcha á Navarra, habiendo salido el rey del palacio montado á caballo pronunció las voces siguientes. Yo, y mi hijo el príncipe, no fiándome de nadie vamos á ponernos á la cabeza del ejército, ¿me seguireis? Respondieron todos: hasta la muerte. Esto sucedió en Santisteban á la vista de todos.

«Esto, amigo I.... fué el objeto que tuve ayer tarde de salir á verme con vd. cuando tuve noticia que se hallaba en ese punto. Vd. se me negó personarse conmigo, lo sentí, pero sin embargo de esto jamás dudé de su fidelidad, y de sus buenos principios; los cuales me impelen á manifestarle mi sincero amor y deseos de servirle su afectísimo amigo que S. M. B.

«J*** M*** L***»

A mas anterior origen que al año de 36 podíamos remontar el de las escisiones carlistas; pero no es este nuestro objeto. Partiremos desde esta fecha, ó mas bien desde mediados de junio de 1837, en que se disponia don Carlos á verificar su expedicion llamada real.

Interesa y mucho dejar consignados ciertos antecedentes, que son la clave de posteriores é importantes sucesos.

Házenos dicho que deseando el gobierno averiguar con certeza los planes del enemigo, comisionó para tan delicado encargo á don Eugenio Aviraneta.

No aseguraremos que el ministerio ignorara los planes de don Carlos al emprender la expedicion; pero sea lo que quiera, Aviraneta emprendió su marcha, le puso el gobierno en relacion con los comisionados que habia en el campo carlista, y con los mejores que tuvo Aviraneta descubrió inmediatamente las intenciones del enemigo y las comunicó á Madrid.

Sus principales agentes en el cuartel de don Carlos, eran don José García Orejon, hombre astuto y diligente, y don Luis Arreche (a) Bertach, oficial del 5.º batallon de Navarra, hombre valiente y arrojado para toda clase de empresas, y el mas revolucionario del campo carlista.

De acuerdo con estos, principió Aviraneta á crear un foco revolucionario ó de discordia en el campo enemigo. Sus planes se encaminaban, por entonces, á promover, despues de internado don Carlos y sus huestes en Aragon y Cataluña, una sublevacion en el pais bajo el pretexto de los fueros, y ser una carga onerosa para el mismo don Carlos y los hojalateros.

Los planes del gobierno liberal eran mal secundados por el cónsul de Bayona, que celoso de Aviraneta, se puso de acuerdo con las autoridades francesas, para inutilizarle su proyecto y hacerle evacuar inmediatamente el territorio francés.

Aviraneta desde la corte continuó incansable su correspondencia con el campo enemigo, y sus comisionados trabajaban en virtud de sus instrucciones para introducir la discordia y aumentar la division.

El regreso de don Carlos, despues de haber divisado el real alcázar desde las lomas de Vallecas, fué un combustible mas arrojado en la hoguera de las pasiones. Las consecuencias inmediatas son conocidas.

A poco tuvo lugar una sublevacion en Estella, de la cual se culpó como á sus principales agentes ó promovedores á Orejon y á Bertache.

Los gritos de los insurrectos fueron osados y aun criminales, y don Carlos tuvo que transigir con quienes se habian hecho acreedores á severos castigos. Pero le impusieron la ley, y les quedó aun reconocidos.

Todos estos acontecimientos eran otras tantas causas de enemistades entre los carlistas, que oían mas al grito de sus pasiones que al del interés general; y no siendo ya un secreto la situacion en que iba poniéndose el real enemigo, se aprovecharon de ella sus contrarios y mantuvieron vivo aquel fuego que amenazaba consumirlo todo.

VI.

Maroto despues de los fusilamientos de Estella contaba, como antes, con su ejército, que bien podia llamarle suyo.

No hay duda que en las filas carlistas se hallaba harto arraigada la idea de la nulidad, ya que no fuera mala intencion de los que rodeaban á don Carlos; y el propósito del jefe de E. M. de ir hasta el real á proseguir las ejecuciones del Puig, halagaba á los soldados como halaga siempre á las masas todo lo extraordinario y atrevido. La transaccion que hizo don Carlos con Maroto, sometiéndose el monarca á la autoridad del súbdito, dió al ejército aquella fuerza moral basada en la material de mas importancia aun. Así que Maroto que gozaba del lisonjero triunfo de haber impuesto su voluntad, no pudo resistir al deseo de echar á volar su proclama, que si no estuviera con tan marcada pasion escrita, hubiera podido aparecer su autor, no como el jefe de un bando, que no debia ser este su puesto, sino como el campeón de la causa carlista, como el único hombre que en aquellas circunstancias criticas, reuniendo las simpatías de unos, y el temeroso respeto de otros, obrara desembarazadamente y remediara los males que la desunion ocasionara. Pero no parece sino que se propuso lo contrario la siguiente terrible alocucion.

VOLUNTARIOS:

«Vuestra heroica conducta en estos últimos dias llenará de admiracion al mundo entero, y mi corazon se hallará para vosotros eternamente agradecido, porque con vuestra subordinacion habeis ofrecido un ejemplo poco conocido en las historias, asegurando para siempre el triunfo de la justa causa que os empeñasteis en defender; con tan noble decision y constancia, garantizais el logro y fin de la grandiosa obra á que nos hemos comprometido: vencer á nuestros enemigos peleando, ó que deponiendo las armas, obedezcan á nuestro soberano, será la divisa de nuestros sentimientos. Sorprendido el rey N. S. por hombres miserables y ambiciosos que le rodeaban, se prestó á consentir se circulase y publicase un decreto impematurado, ilegal, y bajo todos aspectos extraño y calumnioso, como se ha justificado posteriormente, con la última soberana resolution que se ha comunicado, y con nuestro leal y sumiso comportamiento. Tranquila mi conciencia, nada me intimidó, ni hubiera podido detenerme, satisfecho de que el ejército y pueblos, observadores de mi conducta anterior y presente, escucharían mi voz, y seguirían mis pasos, siempre encaminados á la felicidad de todos, con desprecio de mi vida y bienestar, y resuelto á morir mil veces, antes que ceder en lo mas mínimo, una vez que cuento con vosotros. Las públicas demostraciones y el generoso entusiasmo que habeis manifestado, al penetraros de que el rey oyó mis ruegos, y los acogió en su benevolencia, han fijado en mi corazon un sello de inextinguible gratitud, y me prometen un porvenir venturoso en cambio de los esfuerzos que estoy dispuesto á poner por la obra, así para afirmar vuestra seguridad, como para asegurar el término de una guerra fratricida tan sanguinaria y atroz, como es la que nos consume y devora. Mi corazon perdona á cuantos seducidos por la falacia de viles reptiles despreciables en toda sociedad, han podido injuriarme en estos pasados sucesos y sobresaltos; pero si esta circunstancia ofrece aquiescencia á aquellos, desgraciado del que no conociendo la debilidad de sus pobres pensamientos provocase de cualesquiera manera el disgusto ó nuestra irritacion: para lo primero sirve de barrera á mi corazon la obediencia que ha debido guardarse á la voluntad soberana, mandada publicar por el encargado del despacho de la secretaria de Estado don José Arias Tejero, y estendida por el mismo, la cual, si no pudo dejar de recibirse, la moderacion, el respeto y la prudencia, aconsejaban eludir, y no adoptar pasos de tumulto y de sublevacion, que solo se asestaban contra el rey, y contra un general, cuya decision todos conocen por la justa causa, y por su lealtad nunca desmentida. Todos sabemos las cualidades que ennagrecen y vilipendian al malvado Tejero, y nadie ignora estaba sirviendo á los enemigos, y marcándose por sus hechos exaltados, cuando yo contaba largo tiempo entre los riesgos de la muerte, y unido á los fieles defensores del trono español y de nuestra santa religion; y aunque es sensible para mí recordar faltas ajenas, las circunstancias me obligan á preguntaros: ¿Cuáles eran los méritos de este hombre grosero y audaz, para que viniendo de los enemigos, acreditado con ellos por hechos bien señalados, se le pusiese á la cabeza de todos los asuntos? De aqui han nacido las fatales consecuencias que introdujeron entre nosotros la desunion; de aqui la expedicion que el rey nuestro señor hizo á las Castillas, y sus funebres resultados; de aqui el sorprendente decreto de Arciniega, las oscilaciones que hemos padecido, aun en este mismo suelo de fidelidad; el haber sepultado como á traidores á los hombres que mas se habian acreditado y distinguido; el encierro de gefes valientes y beneméritos, que siendo de la clase de vuestros primeros compañeros, los habeis visto batirse con serenidad, entusiasmo y decision, despues de haber atentado contra sus vidas, y muy especialmente en los movimientos de Estella, en que quiso Tejero arrancar del monarca un decreto de muerte contra ciertos y determinados sujetos, cuyo descubrimiento no quisiera verme en la precision de revelar, porque son secretos que guarda mi corazon para tiempo oportuno, atendida la complicacion que los enlaza y produce hoy la necesidad de reservarlos. De aqui la desgracia de Peñacerrada; la espulsion de nuevas expediciones, entregadas á la suerte. La pérdida de veinte y tantos batallones; la efusion de sangre inocente española; los robos y asesinatos cometidos sin distincion ni consideracion alguna, y finalmente, voluntarios, el desercido de nuestros sacrificios; la impostura, la envidia, y la maldad entronizadas, arrancaron sin causa ni motivo de las filas beneméritos gefes y oficiales cubiertos de heridas en el campo del honor; y sin demostrarles la razon que para ello hubiese, les consignaron puntos para su residencia comprometidos, satisfaciendo en alguno de ellos con mano aleva el veneno de sus ponzoñosos sentimientos: vuestros generales mas beneméritos perdieron la confianza, y los que no existian encarcelados, estaban confinados á ciertos pueblos, de los cuales no hubieran salido á pesar de mis reiteradas peticiones, si un temor que estos miserables abrigaron en estos sucesos, no les hubiera facilitado alguna confianza, de que ellos salvarian sus personas, bajo la sagrada sombra del rey lo manda, y su causa peligró; funcionarios detestables, que formando una faccion contra su rey, y legítima causa que defendemos, nos iban conduciendo al abismo mas calamitoso.

so, en cambio de arrancar de estos fieles habitantes hasta el alimento preciso á sus personas y familias. Nada os diré de los antecedentes que forman la apolo-gía de hombres tan execrables: Tejeiro en el año de 28 era un escribiente miserable del consejero Marcó del Pont; y don Diego García, natural de Málaga, escri-biente de aquel gobernador, por hechos que ofenden la honradez y que detesta la buena moral del fiel realista, es ascendido el año de 31 á oficial de la secretaría de Gracia y Justicia; tales elementos sostenían la causa de nuestro rey, y bajo la égida débil de otros perti-naces, guiados por el impulso de sus pasiones inno-bles, marchábamos todos á la ruina y á la deshonra, conducidos por un partido de traición que solo as-piraba á formar y engrosar peculios á costa de milla-res de personas que en toda Europa juegan su suerte en el triunfo de la legitimidad; en el entretanto que nuevos impuestos, mayores sacrificios, y mas oscura y desconocida distribución de ellos, redoblaban nues-tros trabajos y positiva escasez. Yo seré el mas feliz si lle-go á conseguir la calma de tanta aflicción, la paz y la victoria, pero solo, me es imposible; necesito personas que secunden mis votos, que se opongan á las maquinaciones de los perversos que aun están en-tre nosotros con iguales ideas de perfidia é implaca-bles hoy por la venganza. Para justificarse de realistas, no es bastante seguir maquinalmente esta bandera; es preciso acreditarse con hechos sinceros y puros, trabajando con uridad y entusiasmo, y desterrando afecciones de ambición y miras personales. Por mi parte yo os juro por lo mas sagrado de mi honor, que cuando manifestéis repugnancia á escucharme, ó á obedecerme, ó cuando el rey me mande separarme de su ejército, marcharé tranquilo al seno de mis hi-jos, si bien con la amargura de vuestras desgracias, no con el odioso epíteto que la traición quiso atribuir-me, pero en el entretanto el orden y la sumisión á mis mandatos, será solo el objeto de mis encargos; y desterrada la intriga y el avaro proceder, os asegu-ra la victoria vuestro general y compañero. Cuartel general de Durango 3 de marzo de 1839.—Rafael Ma-roto.»

No contribuía en verdad á tranquilizar los ánimos este lenguaje.

Los principales corifeos del partido apostólico que por hallarse en el extranjero nada temían de Maroto, atendieron á las mentidas instigaciones de Aviraneta, que ya hacia tiempo estaba en Francia, como dijimos, y comenzaron nuevamente á obrar. Nada ignoraba Maroto de cuanto hacían, ya por Aviraneta, á quien interesaba sostener la escisión, ya por oficiosos ami-gos que se adherían al mas poderoso. Denunciábanse á veces planes que no existían, y se exageraban tam-bien los que se empleaban.

Es cierto que á petición del cónsul liberal español se permitía á los espulsados permanecer en la fronte-ra ó en el punto que eligieron, como lo hacían, escepto el P. Lárraga, Uranga, Mazarrasa, Tejeiro y el ayu-da de cámara, que pasaron á Salzbúrgo.

Bayona, Tolosa, San Juan de Luz, Sara, y otras poblaciones eran la habitual residencia de muchos.

El inglés Michel, autor de la disparatada obra *El Campo y la Corte de don Carlos*, corresponsal del mi-nisterio, y persona que no gozaba de la mejor opinion entre la parte juiciosa de los carlistas, era el agente de los espulsados; acudiendo de uno á otro punto, con-ferenciando con ellos, y publicando en el *Herald*, á cuyo periódico enviaba su correspondencia, enérgicos artículos contra don Carlos.

Estos y otros hechos se le participaban á Maroto por diferentes conductos, añadiéndole en una co-municación reservada que tenemos á la vista, fechada en Bayona á 28 de marzo.

«Estos, dice, saben todo lo que en esa pasa y tienen noticias; pero no es extraño, pues han quedado sus ahijados en esa, y lo que es mas, y con asombro de los buenos, en las secretarías del despa-cho, base principal: en la de Estado un Tamariz iden-tificado con Arias, el de toda su confianza; ¿cómo está este y no viene Mon y Porral desterrados en Segura por Arias? En Gracia y Justicia un Reguera, íntimo del obispo. En Hacienda un Autran, un Arbizu, unidos íntimamente al obispo y á Arias, de sus mismas ideas: así es que, con escándalo, el último medio tercio que se dió en esa, lo han percibido estos espulsados por traidores; pero no es extraño estando esa gente en las secretarías. V. E. quitó las cabezas, pero siguen en esa los pies; si nó se quitan, V. E. no concluirá la gran-de obra.»

El obispo de Leon, y la mayor parte de los des-terrados sostenían activa correspondencia con su-amigos de acá, é iban empeorando su situación y la de la causa, que ya no sabia sostener el mismo don Car-los, que llegó á conspirar contra sí mismo.

A. PIRALA.
(Se continuará.)

MOSAICO.

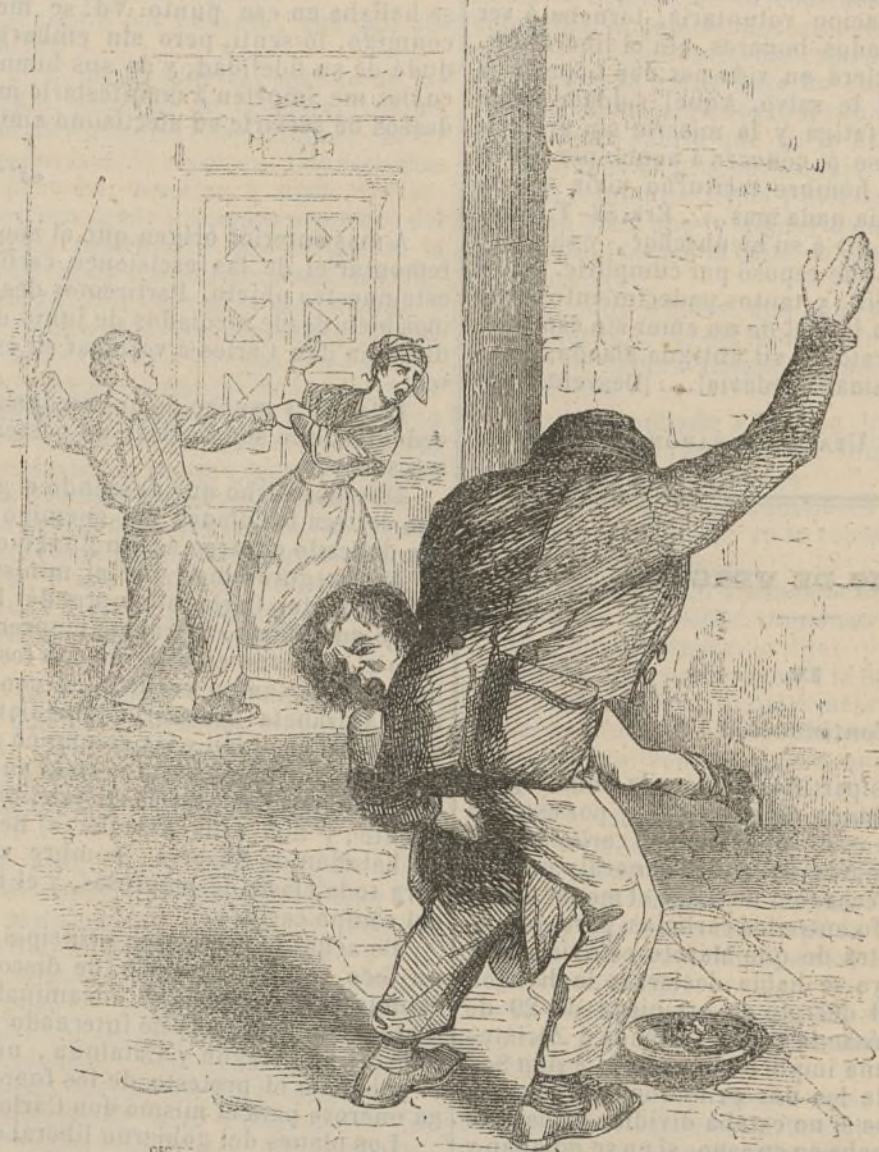
EFEMÉRIDES ESPAÑOLAS DEL SIGLO XIX.

DIA 26 de agosto.—Año de 1812. El ejército francés recibe orden de evacuar la Andalucía y levanta el sitio de Cádiz.—Soult despoja á las iglesias de Sevilla de los cuadros y riquezas mas notables: de las que en el día se hace ostentación en París como trofeos de sus derrotas.—1837. Toma de Peñacerrada por las tropas carlistas á las órdenes de Uranga.—El número

de prisioneros de la reina que quedaron en poder de aquel gefe, ascendió á 13 oficiales y 140 individuos de tropa, apoderándose ademas de 12 caballos, un obús de 7 pulgadas, un cañon de á 12 y dos de á 8, con unos 30 quintales de pólvora, 200,000 cartuchos de fusil, gran número de estas armas, 548 balas de

que las antiguas. Las de Mr. Flachier, que apenas tienen 12 centímetros de circunferencia, pueden sus-tituir ventajosamente á aquellas que tengan mas de veinte y cinco. Es tal la economía, que en los estable-cimientos que se consumían cuerdas de valor de 23 á 28,000 francos, apenas consumirán la mitad de esta

PROVERBIOS ESPAÑOLES.



Quien bien te quiera te hará llorar.

todos calibres, é importante cantidad de otros efectos.

DIA 27.—1812. El general don Pedro Villacampa, hoy director del cuartel de Inválidos, puesto á la cabe-za de 1,500 infantes y 100 caballos, bate y destruye entre Utiel y Caudete á una columna francesa com-puesta de 1,700 infantes, una compañía de jurados, 200 caballos del 4.º de húsares y 2 cañones de monta-ña.—La pérdida del enemigo ascendió á la mitad de su fuerza, quedando ademas en poder de nuestras tro-pas 200 prisioneros, sus cañones, municiones y equipa-ges. La division de Villacampa tuvo de pérdida 34 hom-bres y 100 heridos.—1837. Defensa de la Bastida.

DIA 28.—1812. Entran los franceses en Bilbao, des-pues de una heroica defensa.—1834. Accion de Ispar-te.—1837. Accion sangrienta de Nebrea, entre el ge-neral Mendez Vigo y el gefe carlista Zariátegui.

DIA 29.—1810. Accion de Retortillo.—Bloquean los franceses á Tortosa.—1837. Accion de San Juan de las Abadesas.

DIA 30.—1808. Convenio de Lisboa, por el que que-daron libres 1,800 españoles que tenían allí prisione-ros los franceses.—1836.—Accion de Matillas de He-nares.

DIA 31.—1813. Batalla de San Marcial, en la que el general don Manuel Freire fué el autor esclusivo de la victoria, que costó á los franceses 4,000 hombres entre muertos, heridos y prisioneros.—1836. Operaciones sobre Berricano, Gorvea y Villareal, quedando triunfantes las armas constitucionales á las órdenes del general Oráa.

DIA 1.º de setiembre.—1812. Salen los ingleses de Madrid.—1835. Accion de los Arcos.

FABRICACION DE CUERDAS METÁLICAS.

Acaba de hacerse un descubrimiento importante que habrá de ejercer una grande influencia en la in-dustría tan comun, pero al mismo tiempo tan atrasa-da, de la fabricacion de cuerdas.

Débase esta invención á Mr. Flachier, fabricante en Condrieux, que tuvo la feliz ocurrencia de fabricar las cuerdas con hierro y lino, y en partes iguales, con-siguiendo la ventaja de reunir la fortaleza á la fle-xibilidad. Estas cuerdas son mucho mas baratas que las que de ordinario se usan.

Las cuerdas que Mr. Flachier, fabrica de hierro y lino, desde el mas pequeño diámetro hasta el mayor, son mas flexibles, menos groseras, y tienen por término medio dos terceras partes mas de duracion de las or-dinarias, con una reduccion de volúmen dos veces ma-yor; de modo que no ocupan sino la mitad del espacio

cantidad, empleando las cuerdas de Mr. Flachier.

Este invento interesante ha sido justamente apre-ciado por la esperiencia, y varios establecimientos ya no usan otras cuerdas. Mucho nos alegráramos ver introducida en España esta preciosa invención, sobre todo en la marina mercante y de guerra.

LOGOGRIFO.



LA SOLUCION EN EL NUMERO INMEDIATO.

Solucion del logogrifo inserto en el número anterior
LA ALTANERIA ES UNO DE LOS PRIMEROS SIG-NOS UNIDOS A LA GRANDEZA.

DIRECTOR Y EDITOR, F. DE P. MELLADO.

Establecimiento tipográfico, calle de Santa Teresa, núm 8.